Ena FITZBEL

PÁNICO EN CANADÁ



Pánico en Canadá

Ena Fitzbel

Copyright **©Ena Fitzbel, 2024**

Todos los derechos reservados.

Esta novela es una obra de pura ficción. Por consiguiente, cualquier parecido o similitud con personajes, organizaciones o acontecimientos existentes o pasados es pura coincidencia.

Título original: *Panique au Canada* (Francia).

Índice

Parte 1

1

2

3

4

5

6

7

Parte 2

8

9

10

11

12

13

14

Parte 3

15

16

17

18

19

20

21

Parte 4

22

23

24

25

26

27

28

Parte 5

29

30

31

32

33

34

Parte 1

Cuando te levantes por la mañana, agradece por la luz del amanecer.

Agradece por tu vida y tu fuerza.

Agradece por la comida y por el gozo de vivir.

Y si no ves ninguna razón para agradecer, ten la certeza de que el fallo es tuyo.

Tecumseh, Jefe de los Shawnees (1768-1813)

1

Estelle Duval

Bolita: *pequeña bola.*

Sábado 28 de julio

La gran ventaja de ser soltera es que puedes ir a donde quieras cuando quieras. No necesitas consultar a nadie. Este es mi caso, ya que acabo de ser abandonada como un viejo calcetín.

Ayer, a esta misma hora, todavía tenía un prometido. Un chico que era solo mío y que me había prometido matrimonio para la próxima primavera. Creía que era sincero. ¿Por qué habría dudado de un hombre que me llamaba su "querida bolita"? ¡Aunque! Pensándolo bien, debería haberme cuidado. Bolita, bola, balón, globo aerostático, es más o menos lo mismo, ¿no? No estoy gorda, solo tengo curvas. Arriba y abajo. Claramente, mi ex prometido pepinillo prefiere las tablas de planchar ya que me reemplazó por un espárrago sin forma.

Habíamos planeado tomar nuestras vacaciones de verano juntos en el Parque Nacional de Saguenay. Estaba emocionada por ir a ver las ballenas en el fiordo homónimo. Todo había sido planificado durante meses. Las ciudades de parada, los campings, los restaurantes… Todo, excepto el hecho de que el Pepinillo me engañaría con la primera bailarina de nuestro grupo. Una bella joven que tiene todo lo que yo nunca tendré.

¡Vamos! Enumeremos las ventajas que el Espárrago acumula y que el Pepinillo parece apreciar particularmente. Ella es rubia con largo cabello sedoso. Yo arrastro una melena morena y rizada, constantemente enredada. Los ojos del Espárrago son de un azul oceánico. Los míos son solo marrones. El Espárrago es grácil y siempre sonriente. Ella baila divinamente bien. Yo me limito a crear ballets y me enojo todo el tiempo. ¡Normal! Soy la coreógrafa de *Contre Temps Danse*, una compañía de danza contemporánea basada en la ciudad de Quebec. Mis bailarines, aunque fueron seleccionados cuidadosamente –el Pepinillo y el Espárrago entre ellos–, son bastante duros de oído. Ya no cuento las veces que he tenido que gritarles para hacerme entender.

Volviendo al evento que me hizo soltera, ocurrió de manera muy brusca. Fue ayer. Al día siguiente de mi vigésimo octavo cumpleaños. ¡Vaya regalo! Había pasado la tarde haciendo compras en preparación para el viaje. Al volver al apartamento que compartía con el Pepinillo desde hace casi un año, no lo encontré allí. Había vaciado sus cajones. Sus cosas, desaparecidas. Su foto con su hermana y su madre, volatilizada. Había dejado una carta escrita apresuradamente

en la cama. En ella, pude leer algunas palabras anunciándome que se iba a vivir con el Espárrago.

Lloré mucho. Dos cajas de pañuelos fueron utilizadas en la hora siguiente a este descubrimiento. También hice mucho limpieza, para borrar cualquier rastro de mi ex prometido en lo que seguirá siendo mi apartamento. Un apartamento de soltera. Y dado que mis maletas estaban listas, y que el Pepinillo tuvo la decencia de no llevarse mi coche, de todos modos me fui de vacaciones.

Mi compañía de ballet no trabaja durante el mes de agosto. Ciertamente no me quedaré en Quebec sintiéndome miserable. Y pensar en volver a Francia para llorar en el hombro de papá o mamá, ni pensarlo. Sería una vergüenza interplanetaria. Sería sobre todo darles la razón. Mis padres ¿no habían predicho que mi experiencia en Quebec estaría condenada al fracaso? ¿No me habían advertido que los hombres de este país eran demasiado volubles? Prefiero morir antes que darles la razón.

Sea como fuere, tendré que aceptar la realidad: el gran Amor no es para mí. Como ninguna hada se inclinó sobre mi cuna, no heredé ni un físico fácil ni un carácter dócil. Los hombres siempre me hacen sentir que no soy la mujer de sus sueños. Las pocas veces que encuentro un novio, mi relación termina de la misma manera. Soy engañada de manera ignominiosa, antes de ser descartada.

Cómodamente sentada al volante de mi Toyota Corolla, intento contemplar el futuro con optimismo. Voy a revitalizarme en la naturaleza, respirar aire puro, hacer deporte, comer sano, y después de un mes de este régimen, volveré con algunos kilos menos y llena de energía. ¡Con ganas! El Pepinillo y el Espárrago pueden seguir bailando ante mis ojos, me mantendré ejerciendo mi profesión de coreógrafa con profesionalismo y pasión. El amor por la danza es lo primero. Con solo pensar en esto, estallo en llanto de nuevo. Por tercera vez desde que dejé Quebec, un pañuelo empapado en lágrimas termina en el compartimiento de la puerta. Tres pañuelos en menos de media hora, es mucho. Tendré que moderar mi consumo.

Con los ojos llorosos, me pierdo una salida, en un punto de bifurcación, lo que obliga a mi GPS a recalcular la ruta hacia Saguenay. Probablemente por esta razón termino en un camino poco transitado, bordeado de pequeñas casas idénticas, en lugar de conducir por la ruta 175 hacia el norte. Obligada a reducir la velocidad, debido al mal estado del pavimento, veo una estación de servicio y decido detenerme. De hecho, nada indica que tendré la oportunidad de llenar el tanque pronto.

Pero al abrir la tapa del combustible de mi vehículo, de repente tengo la impresión de experimentar un gran momento de soledad. Además de que el lugar está realmente desierto, la

naturaleza de lo que debo poner en mi tanque me deja perpleja. ¿Gasolina sin plomo o diésel? No tengo ni idea ya que hasta ahora el Pepinillo se había ocupado de mi coche. Desde que vine a vivir a Canadá, para seguir a ese desgraciado que conocí en París, nunca me había acercado a una estación de servicio. Valientemente, miro la tapa del tanque. Es amarilla. La palabra "gasol" está escrita encima en letras negras. Gasol, gasóleo, diésel, es lo mismo, ¿verdad? Según recuerdo, las boquillas de las bombas diésel son negras o amarillas –el verde está reservado para la gasolina sin plomo. Al menos, así es como funciona en Francia. He decidido, llenaré el tanque de mi Toyota con diésel.

Una vez mi tanque lleno al máximo, y mi cuenta pagada al gasolinero, me pongo en marcha de nuevo. Sonriendo, me felicito por haber podido prescindir de los servicios del Pepinillo. No he recorrido quinientos metros en una nueva calle bordeada de pequeñas casas cuando mi coche comienza a fallar. Preocupada, doy la vuelta. Porque la idea de que podría haberme equivocado de combustible encuentra inmediatamente un eco en los clics metálicos y las vibraciones del motor.

Así que vuelvo a la estación. ¡Hice bien! Apenas he detenido mi vehículo cerca de las bombas de gasolina cuando volutas de humo blanco salen de mi capó delantero y de mi tubo de escape. ¡Qué problema! Mis vacaciones comienzan mal. Muy mal. Sin embargo, estoy lejos de imaginar cuánto los eventos posteriores me darán la razón.

2

Estelle

Gazolina: *gasolina líquida muy volátil obtenida de la destilación del petróleo.*

Habría preferido no ceder al pánico. A diferencia de los miembros de mi compañía de ballet, detesto hacer un espectáculo de mí misma, gesticular o gritar. Cuando sucede, es solo porque mis torpes bailarines tienen dificultades para ejecutar mis coreografías. Pero el humo blanquecino que se escapa del capó se espesa peligrosamente. ¿Quién sabe si mi motor explotará de un momento a otro? Impulsada por un supremo instinto de conservación, agarro mi bolso, salto fuera de mi Toyota Corolla y corro hacia la tienda de la estación de servicio.

—¡Fuego! —grito mientras abro de golpe la puerta de cristal.

Como única respuesta, el gasolinero detrás del mostrador se encoge de hombros. Con los ojos clavados en su libro, el anciano de cabellos blancos recogidos en un catogán y piel curtida, surcada de arrugas, no me presta atención. Nada me irrita más que la indiferencia. No me gusta que la gente me ignore. Ya antes, mientras pagaba mi combustible, no me había dirigido la palabra. Definitivamente, su actitud plácida me exaspera.

—Por favor, venga a ayudarme. Mi coche está ardiendo —continúo con una voz un poco más aguda de lo que me gustaría.

—Humo blanco trae felicidad y paz —declara él con tono solemne.

—¿Qué? ¿Está bromeando? Deme un extintor ahora mismo.

Levanta sus ojos negros al cielo y suelta un gran suspiro. Su inmovilidad ante el drama que estoy viviendo es simplemente insoportable. Casi me haría llorar.

—Deberías alegrarte en lugar de lamentarte —prosigue con un aire de bonhomía exasperante. El humo blanco es un presagio de felicidad. Verás, en los próximos días, tu vida experimentará cambios. Serán positivos y agradables, si logras apreciarlos.

—¡Caray! Es como hablarle a una pared —murmuro antes de empezar a gritar. ¿Pero va a moverse? Porque si no hace nada, le predigo una explosión catastrófica.

—Está bien, iré a ver eso. Pero tienes que calmarte, señorita.

Finalmente decidido a actuar, el gasolinero dobla una esquina de la página, cierra su libro y me sigue hasta mi coche. El capó continúa escupiendo humo, lo que debería ser razón suficiente

para abrirlo y echar un vistazo debajo. ¡Pues no! El anciano de cabellos blancos lo evita cuidadosamente y se sienta en el asiento del conductor. Por mi parte, no puedo calmarme. Mi Toyota se está vaporizando —y con ella mis vacaciones— y el señor Tranquilidad no encuentra nada mejor que hacer que leer un manual recogido de la guantera.

—Es un coche de gasolina —declara después de salir del vehículo.

—¿Y qué?

—Pues, es mejor no ponerle diésel.

—No le he puesto diésel —repliqué con mala fe.

—Te vi esforzarte para insertar el surtidor en tu tanque.

—¡Quizás! Mientras tanto, mi motor sigue humeando —replico secamente mientras hiervo por dentro.

—Humo, pero no explotará. Tienes mucha suerte. Porque si hubieras puesto gasolina en un coche diésel, te habría explotado en la cara.

—Puse diésel porque decía "gazol" en la tapa del tanque. Gazol, gasoil, es lo mismo, ¿no?

—No eres de aquí, ¿verdad? Se nota por tu acento.

—Vengo de París —le explico inflando el pecho.

—¿No enseñan francés en Francia? Se puede leer "gasol", con "ina" detrás medio borrado. La gasolina es gasolina, no diésel.

¿Pero este hombre está delirando? Desde hace once meses que vivo aquí, la gente no deja de fijarse en mi acento. Algunos se burlan, otros me piden que hable más despacio. Pero jamás, nunca nadie me ha tratado de analfabeta. Incluso el Pepinillo, que a veces usa un jerga extraña, no mencionó nuestras diferencias de lenguaje y cultura en su carta de ruptura. ¿Debería recordarle a este ignorante gasolinero que el francés viene de Francia? Habiendo estudiado en una rama literaria antes de dedicarme a la danza, domino la lengua de Molière a la perfección. Sin embargo, el señor Tranquilidad tiene razón en un punto. Será mejor que me calme si quiero aprovechar su ayuda y salir de este apuro.

—¿Y ahora qué hago?

—Para empezar, tu coche no debe volver a circular. Luego, habrá que purgar el circuito de combustible. Es extraño que hayas podido insertar el surtidor en el tanque. Normalmente, hay un dispositivo de seguridad que hace imposible la manipulación. Considérate afortunada de que el taller esté justo al lado. Jean podrá ayudarte.

Hasta ahora, mi mundo se reducía a mi Toyota y al denso humo blanco que lo rodeaba. Forzándome a ampliar mi campo de visión, descubro que la estación de servicio está situada en el cruce de dos carreteras de cuatro carriles. Desde hace un buen rato, ningún vehículo las ha transitado. Son solo las diez de la mañana, pero ya hace calor. El sol reina supremo en un cielo muy azul. Quema el asfalto, hace ondular el aire encima y ilumina hileras de casas de un gris claro de una sola planta. Todas se parecen. A donde quiera que mire, bordean amplias aceras desprovistas de vegetación.

Observando un poco más detenidamente los alrededores, termino distinguiendo un taller de artista en una de las calles que desembocan en el cruce. Cerámicas de todos tamaños se secan justo enfrente. Tres casas más allá, es una galería de pintura lo que se revela ante mí. Aún más lejos, rectángulos de tela coloridos cuelgan de cuerdas tensadas entre postes eléctricos.

—No, no por ahí —me dice el señor Tranquilidad, dándome un golpecito en el hombro para captar mi atención. El taller de Jean está justo enfrente.

De hecho, en el lugar indicado por el gasolinero hay un taller de reparación de autos. Numerosos vehículos están aparcados en la acera improvisada como estacionamiento. Solo una carretera y unos metros me separan de este taller salvador. Pero, ¿cómo llegar allí si mi Toyota no puede arrancar?

—Y ahora, hay que empujar —añade el señor Tranquilidad, como si hubiera leído mi mente.

Sin siquiera pedirme mi opinión, se remanga su camisa roja a cuadros, luego agarra el volante con una mano y la puerta con la otra. Así posicionado, inicia la maniobra para mover mi coche.

—¡Vamos, al trabajo!

Unos segundos después, me encuentro empujando mi Toyota Corolla, maldiciendo al Pepinillo por meterme en semejante lío.

3

Estelle

***Patinete**: pequeño automóvil, generalmente de baja potencia y que funciona sin gasolina.*

Si hasta ahora creía que mi situación no podía ser más desesperada, era porque aún no había conocido a Jean, el mecánico. Al verlo salir de su taller, entiendo que mi descenso al infierno apenas comienza.

Es un hombre pequeño y fornido de unos cincuenta años, con la cabeza calva. Aunque viste un simple mono de trabajo, impone respeto y silencio. Su rostro redondo con mejillas de bulldog no invita a la risa. Y sus ojos, que lanzan chispas, son más llameantes que todos esos coches cuyas carrocerías arden al sol esperando ser reparados. Así que, cuando se acerca a mí, no digo ni una palabra. Apuesto a que va a empezar a ladrar.

—¡Otra averiada! ¿Pero esto nunca acabará? —gruñe mientras olfatea el aire con su nariz chata.

¡Bingo! Un perro no lo habría hecho mejor. Un poco asustada por los ladridos del señor Bulldog, me encojo y miro hacia mis pies. ¿Ha dicho eso porque mi Toyota está abollado por todas partes o debido a mi cojera? Para empujar esta mole de acero hasta el taller, he visto de todo. De hecho, el gasolinero me dejó hacer todo el esfuerzo, limitándose a sostener el volante y dar órdenes.

Resultado: estoy sudando profusamente, me duele el tobillo, y se me han roto dos uñas. ¡Qué mala suerte! Y pensar que acababa de hacerme la manicura para gustarle al Pepinillo…

—Hola, Jean. ¿Otro problema? —pregunta calmadamente el señor Tranquilidad, cuya camisa ni siquiera está empapada.

—Hola, Alphonse. Sí, estoy hasta arriba de trabajo —responde el señor Bulldog, limpiándose las manos en su mono azul todo manchado, antes de estrechar la mano del anciano de cabellos blancos. Con el pow-wow que se acerca, todos quieren todo inmediatamente. ¿Qué es esto?

—Una nueva clienta. Ha puesto diésel en un coche de gasolina.

—¡Imposible! Debió forzar como una loca para introducir el surtidor en el tanque.

—Eso parece.

—¡Si es una vergüenza maltratar a una yegua tan bonita! —añade el señor Bulldog mientras

da palmaditas en el capó de mi Toyota como si fuera una yegua.

—No lo sabía. No es de aquí.

—Se ponen al volante y ni siquiera son capaces de cuidar un coche. Deberían ir en bicicleta o en patinete.

Sintiéndome insultada, veo rojo. La sangre me sube a las sienes, y me invade el deseo de enfrentarme.

La llamada "eso" tiene mucho que decirte —grito para mis adentros.

Me gustaría explicarle al mecánico lo que pienso de sus absurdas reflexiones, pero el anciano de cabellos blancos no me da la oportunidad.

—Te estás ahogando en un vaso de agua, Jean. Como siempre. No vas a negarte a ayudar a una dama en apuros. Además, no hay mucho que hacer para reparar. Solo hay que drenar.

—Sí, no es… —comienzo, sin querer ser una mera espectadora.

El señor Bulldog me interrumpe antes de que pueda apoyar las palabras del gasolinero.

—Eso lo dices tú, Alphonse. Tengo para un buen día de trabajo. De todas formas, no será inmediato. Pasará después de todas mis urgencias —replica, señalando su lote de coches con un amplio gesto de la mano.

—¿Un día? —exclamo, aterrada.

—¿Cómo que un día? —insiste el señor Tranquilidad. Abres la válvula de drenaje, y listo.

—El motor ha sufrido —contraataca el mecánico, continuando ignorándome. Con todo el humo que ha echado, hay muchas posibilidades de que esté dañado. Tendré que drenar, limpiar todo el circuito, cambiar el carburador… Y eso por no hablar de que ni siquiera estoy seguro de tener las piezas en stock.

—¡Tonterías! Bien merecido tienes tu apodo de Castor Cobarde.

—¿Y tú me vas a ayudar? Mi aprendiz está enfermo. Tengo la Honda Civic del Gran Jefe en el elevador. Ni hablar de bajarla antes de encontrar por qué su motor ronronea…

En esta conversación, que parece un partido de tenis, me resulta imposible prever dónde caerá la pelota. No sé a qué santo encomendarme. La esperanza y la aprensión se disputan mi ánimo constantemente. Ni siquiera intento seguir lo que los dos hombres están diciendo. Lo único que me importa es saber si lograré salir de este agujero. En cualquier caso, mis vacaciones parecen comprometidas.

Absorta en mi propio destino, solo me doy cuenta de la presencia de una tercera persona cuando una mano me roza la cabeza, haciéndome sobresaltar.

—Tus cabellos… Son magníficos —me susurra una voz ronca a mis espaldas.

Inmediatamente, me desconecto de la discusión y me vuelvo hacia la recién llegada. Una joven mujer morena muy delgada y pálida, con grandes ojos negros. Debe tener unos treinta años, más o menos mi edad. Le encuentro un aire de espantapájaros con su jean y su camiseta demasiado grandes. Los mechones de cabello fino que escapan de su sombrero de paja completan la imagen. ¡Auxilio! Sáquenme de aquí.

—Yo… Gracias… —balbuceo, sorprendida.

—Realmente muy bonitos… Seguro te lo dicen a menudo, ¿verdad?

—Sí.

En realidad, ¡no! Al Pepinillo le gustaba especialmente mi conversación, pero nunca me halagó por mi físico.

—Yo soy Nicole. ¿Y tú? —me pregunta la joven de los grandes ojos negros, tendiéndome la mano.

Se la estrecho torpemente.

—Yo… Mi nombre… Estelle.

¿Por qué estoy balbuceando? No soy de las que pierden la compostura. ¿Será porque esta mujer se ha aferrado a un mechón de mi cabello? No quiere soltarlo. La intensidad de su mirada realmente me incomoda.

—No te preocupes por tu coche, señorita —continúa con su voz áspera como una lima. Jean siempre es brusco con los extranjeros, pero no es mala persona. ¿Verdad, Alphonse?

—Hola, Nicole. ¿Hoy es tu día libre? —le dice el gasolinero, interrumpiendo su conversación con el mecánico para dirigirse a ella.

—Buenos días, Alphonse. No, solo vine a ver si mi coche estaba listo, y luego vuelvo al trabajo.

—Llegas en mal momento, Nicole —interviene el señor Bulldog, haciendo una mueca. Tendrás que esperar un poco. Nuestro Gran Jefe tiene prioridad. Necesita su vehículo para reunirse con el director de Loto-Québec mañana.

—¿Todavía por ese asunto de instalar un casino en la reserva?

—Sí.

—Podrías prestarle un coche —sugiere el señor Tranquilidad.

—¿Y para mí? —me atrevo a decir, cada vez más estresada ante la idea de quedarme atrapada aquí.

—Para ti serán 800 dólares.

—¿800 dólares? —exclamo, completamente desolada.

Ni siquiera estoy segura de tenerlos en mi cuenta corriente. Tendré que transferirlos desde mi libreta de ahorros. Adiós a mis vacaciones en Saguenay. Adiós a mi viaje a Hawái planeado para el próximo invierno. Mientras tanto, usaré mi tarjeta de pago diferido. Mientras elaboro todo un plan, no reacciono cuando Nicole desliza sus dedos entre mi cabello para desenredarlo.

—Estás exagerando, protesta el gasolinero. Es caro.

—Es una suma considerable —retoma mi improvisada peluquera, que ahora se dedica a trenzarme el cabello.

Lo que yo pienso es que estoy siendo desplumada como un pichón. Pero, ¿qué otra opción tengo? Llamar a una grúa me costaría más. Aunque lograra contactar al Pepinillo, no podría esperar ninguna ayuda de su parte. Solo me queda aceptar pagar.

—¡No puedo creerlo! ¿Cómo pueden decir que es caro? —se indigna el señor Bulldog. Tengo los precios más bajos del país. Cualquier otro mecánico cobraría el doble…

—¿El doble? —repito, atónita.

—¡Exactamente! Conmigo, son solo 800 dólares, y se paga por adelantado.

Todavía en shock, abro mi bolso. Mi cabello ya tiene una trenza cuando el mecánico rechaza la tarjeta de crédito que le extiendo.

—Solo acepto efectivo.

—Pero no tengo —croo, cada vez más desestabilizada.

—Hay un cajero automático en la plaza del Tótem —me dice amablemente el gasolinero, que definitivamente es el único ser compasivo de este maldito lugar.

—Puedo llevarte si quieres.

Mientras Nicole termina de hacerme la propuesta, una segunda trenza se completa. Asintiendo como un autómata, la sigo hasta el cruce. Caminando lado a lado, lo cruzamos, luego tomamos la carretera de enfrente. Doscientos metros más adelante, giramos a la derecha en un callejón.

Todo el camino, el sol golpea con sus rayos oblicuos las filas de casas bajas, proporcionándonos algo de sombra. Cuanto más avanzamos, más personas cruzan nuestro camino. Todos llevan brazos llenos de bolsas y bolsos. Nicole parece conocerlos bien, ya que siempre tiene una palabra amable para ellos.

La plaza peatonal a la que llegamos está rodeada de tiendas y restaurantes. En su centro se erige un laberinto de puestos coloridos, rebosantes de productos frescos. Es día de mercado. Hay un ambiente animado que contrasta con la calma de las calles adyacentes. Un bullicio de conversaciones y regateos llena el aire, al que un tamborileo intenta dar ritmo. Por encima de este tumulto de colores, se distingue la parte superior de un tótem de madera. Prueba de que hemos llegado a nuestro destino.

—Aquí es donde trabajo —me explica Nicole, señalando la fachada de un bar.

De nuevo, no respondo. Mi tobillo todavía duele, y estoy ansiosa por terminar con todo esto. Voy a apresurarme a sacar dinero y devolvérselo al mecánico. Así, podrá comenzar las reparaciones. Mientras Nicole inicia una tercera trenza en mi cabello, introduzco mi tarjeta de crédito en el cajero automático adyacente a una tienda de artesanía. Cajero que resulta estar… fuera de servicio. ¡Díganme que no estoy maldita!

—¡Qué fastidio! —exclama Nicole.

¿Fastidio? Un clavo roto es un fastidio. Un tobillo torcido, también. Pero un cajero fuera de servicio es francamente horroroso.

—¿Hay otro cajero automático por aquí? —pregunto, llena de aprensión.

—No. Es el único de la reserva.

¡Vaya mala suerte! ¿Cómo voy a pagar al señor Bulldog? Con una quinta trenza en mi cabeza, mastico mi frustración. Tengo ganas de romper algo. Cualquier cosa o cualquiera serviría. No el cajero… Ya ha tenido suficiente. Nicole sería un desahogo ideal, si algunos transeúntes no se hubieran parado a mirarnos. Y si ella no fuera una de las dos únicas personas que podrían ayudarme.

4

Estelle

***Descamación**: extracción de la piel del cráneo con un instrumento afilado.*

Con los bolsillos vacíos y la cabeza cubierta de trenzas, regreso al garaje acompañada de una Nicole muy habladora. A pesar del cúmulo de preocupaciones que se ha acumulado a mi alrededor, la escucho atentamente. Lejos de tranquilizarme, sus revelaciones aumentan mi inquietud.

Así me entero de que estoy atrapada en una reserva india. La de Mendake. Todos los que he conocido desde el inicio de mi desventura son Hurones-Wendat. Indígenas americanos. Reales, como en los westerns. ¡Sorprendente y preocupante a la vez!

Sin embargo, ninguno de ellos tiene la piel roja. Muchos son blancos como pastillas de aspirina. El gasolinero está un poco bronceado, pero no mucho más. Sus ropas no difieren de las mías. No he visto plumas ni trozos de hueso colgando de sus cuellos. No obstante, la fascinación que mi cabello ejerce sobre Nicole es muy real. ¿Tendrá la intención de scalparme? ¡Oh no! No quiero terminar calva como un huevo. ¿Y cómo reaccionará el señor Bulldog cuando le anuncie que no tengo su dinero? ¿Me atará a un tótem ritual para dejarme pudrir al sol? La suma de estas sombrías perspectivas me hiela la sangre.

De vuelta en el garaje, encuentro a Alphonse y Jean en plena discusión junto a mi Toyota. Ahora que conozco sus orígenes, los observo con más curiosidad que nunca. No, definitivamente no se parecen a la imagen que tenía de los amerindios. Además, aparte de un ligero acento quebequense, hablan un francés impecable.

—El cajero automático estaba fuera de servicio —declara sin más Nicole, quitándome las palabras de la boca.

—Entonces, no hay coche —sentencia el señor Bulldog, cruzándose de brazos con un aire obstinado.

—Pero tengo ese dinero —protesto, aterrada. Podrían… No sé… Por ejemplo, podría pagar los 800 dólares al señor Alphonse, y él se los daría en efectivo.

—Lamentablemente, eso es imposible —me responde el señor Tranquilidad con un tono sinceramente apenado. No tengo derecho a sacar dinero de la caja registradora.

Aunque Nicole me acaricia gentilmente las trenzas, no obtengo ningún consuelo. Estoy a punto de perder los estribos. Demasiadas amenazas pesan sobre mis hombros. Como la de ser scalpada. O la de quedar atrapada aquí. De repente, mi cerebro comienza a funcionar a toda máquina y a proponer soluciones audaces.

—O bien… Uno de ustedes podría llevarme a otro cajero automático, lo que me permitiría sacar dinero.

—El cajero automático más cercano está a más de diez kilómetros de la reserva —me informa ese aguafiestas del señor Bulldog.

—No tengo derecho a dejar mi puesto en la gasolinera.

—Y yo, mi coche está averiado —añade Nicole.

—En ese caso, préstenme un vehículo —exclamo, con trémolos en la voz.

—No tengo ninguno libre —dice el mecánico.

Si hace unas horas solo quería llorar por la pérdida de mi prometido, ahora, la rabia y la desesperación se suman a mi tristeza.

—¡Pero no pueden dejarme pudrir aquí! —grito, al borde de un ataque de nervios.

—¿Qué es todo este alboroto? ¿Alguien puede explicarme qué está pasando?

La voz que retumba detrás de mí me silencia de inmediato. Respiro hondo y me paralizo, prefiriendo evitar una decepción. Porque ningún físico puede igualar a tal voz. Su profundidad, su terciopelo, solo pueden pertenecer a un Adonis. Un hombre perfecto, venido a sacarme de este apuro.

—Ella no quiere pagar las reparaciones de su coche. Así que, no reparo —masculla el mecánico.

—¿Es eso cierto? —continúa la voz.

Absorta en imaginar qué tipo de hombre puede tener unas cuerdas vocales tan armoniosas, no respondo. Debe ser excesivamente guapo. Lo prueban la mirada admirativa con la que Nicole lo observa.

—Disculpe, pero le estoy hablando a usted, señorita.

Como sigo sin reaccionar, una mano me da un golpecito en el hombro para incitarme. De inmediato, un calor se esparce por mi interior, poniendo mis nervios de punta. Me giro sobre mis talones. Y ahí, ¡sorpresa! Porque el individuo que tengo delante es divinamente acorde con la voz. ¡Vaya que sí! Incluso el Pepinillo, que es bastante guapo, no le llega a los talones.

Primero, es de hombros anchos y alto. Tengo que levantar la vista para encontrarme con los suyos. Ojos de un verde esmeralda, brillantes como linternas y enmarcados por largas pestañas. Da la espalda al sol, por lo que al principio solo distingo un halo de cabellos negros y finos, bañados de luz y ondeando en el aire caliente de la mañana. Su rostro de rasgos angulosos irradia una gran fuerza y seriedad. Y su boca de labios llenos, inteligencia. Bendito sea el Pepinillo, que ha devastado mi pequeño corazón de alcachofa. Aquí estoy, a salvo de un flechazo.

Viste un uniforme de oficial de policía, lo que me hace pensar que prácticamente estoy fuera de peligro. El final del túnel está cerca. Gracias a este hombre enviado por la providencia, mi situación pronto mejorará.

—Explíquese, señorita. ¿Por qué no quiere pagar?

Este sentimiento de seguridad que su voz grave y suave me inspira me da confianza de inmediato. Así, encuentro el valor para abrirme y me convierto en un verdadero molino de palabras.

—En realidad, estoy segura de que se reirán una vez que hayan escuchado mi historia. Porque todo comenzó con una desafortunada cadena de eventos…

Viendo que el policía frunce el ceño, me doy cuenta y decido acortar las explicaciones que había planeado desarrollar.

—Acababa de dejar la ciudad de Québec, cuando tomé el camino equivocado. Mi GPS me hizo pasar por aquí. Aproveché para echar gasolina…

—Ella puso diésel en su tanque —interviene el gasolinero, cuya existencia casi había olvidado. Eso fue fatal para ella.

—Sí, eso es exactamente lo que pasó. Yo…

—Ella me trajo su Toyota para que la reparara —me interrumpe el mecánico. Pero quiero que me paguen por adelantado y en efectivo.

—¡Ya conoces a Jean! —interviene Nicole, devorando al policía con la mirada. Es muy desconfiado con los extranjeros.

Con la boca entreabierta, intento inútilmente intervenir. "¡Váyanse todos al diablo!" son las primeras palabras que me vienen a la mente, pero me abstengo de pronunciarlas. No quiero dar una mala impresión de mí misma al hermoso hombre que ha venido a salvarme.

¿Cuántos años tendrá, de todos modos? Treinta… Treinta y cinco. Aproximadamente la edad del Pepinillo. Mientras trato de descubrir cómo retomar la palabra, mis interlocutores continúan adaptando la verdad a su conveniencia. El señor Bulldog es el más desagradable de todos, ya que

no deja de tratarme de estafadora. Pero el encantador policía es demasiado inteligente, en mi opinión, para creer sus patrañas.

—Bueno, creo que he comprendido el problema —concluye este último, mirándome con ojos penetrantes. Nuestro mecánico quiere ser pagado en efectivo antes de comenzar el trabajo. Y como usted no tiene, su vehículo accidentado seguirá obstruyendo la acera y desfigurando el paisaje. Por lo tanto, estamos en un punto muerto. Me veré obligado a aplicar las normas vigentes aquí y multarla.

—¿Pe… perdón? ¿Pero por… por qué? —balbuceo, incrédula.

—Abandono de vehículo en la vía pública.

No esperaba tal veredicto de parte de un hombre de aspecto soñador. Cuando uno tiene una voz tan encantadora, no debería hablar con tanta dureza. Debería estar prohibido por la ley.

—Le aseguro que no tengo intención de abandonar mi Toyota en la acera —protesto, recuperándome. Todo lo que quiero es continuar mi viaje. Pero para eso, mi coche necesita ser reparado lo antes posible.

—Lo cual no sucederá, ya que no puedes pagar —gruñe el señor Bulldog.

—Exactamente lo que estaba diciendo, tenemos un problema —replica el policía. Sígame a la comisaría, señorita, intentaremos resolver esto de la mejor manera.

—Pero…

—No vas a meter a Estelle en la cárcel, ¿verdad? —se aventura tímidamente Nicole, que de nuevo se ha aferrado a mis trenzas como si intentara retenerme.

—No tengo esa intención. Pero tampoco puedo permitir que perturbe el orden público. El hecho de que no pueda pagar su reparación está perturbando el buen funcionamiento de la reserva. Propongo que vayamos a la comisaría…

—Pero tengo el dinero…

—¿Qué hago con la Toyota que está bloqueando el paso? —gruñe el señor Bulldog.

—Guárdala hasta que encuentre una solución a nuestro problema. Acompáñeme a la comisaría, señorita.

Oye, señor Mata-pasiones, ¿vas a dejarme terminar mi frase o qué? —me irrito por dentro antes de estallar.

—¿Hay alguna palabra que no entienda cuando digo que tengo el dinero y que puedo pagar con tarjeta? ¿Es usted sordo o qué?

—Modere su lenguaje, señorita, y baje el tono —replica el policía con firmeza, señalándome con un dedo amenazador. Está insultando a un representante de la ley. Eso podría salirle caro.

—¡Eh! No estoy insultando a nadie. ¿Acaso le he llamado idiota o estúpido? No. Solo estoy diciendo que si me lleva a un cajero automático que funcione, le demostraré que tengo ese maldito dinero y que puedo pagar mis reparaciones.

—Sordo, idiota, estúpido… He oído suficiente —responde él con una calma engañosa. No espere ninguna indulgencia de mi parte, señorita. No, no me llevará fuera de la reserva, donde no tengo ningún poder. No quiero que me haga el cuento de la mujer blanca que fue maltratada por un malvado indio.

—¡Pero qué tontería! No soy una Karen —grito, furiosa. Solo estoy tratando de proponerle una solución.

En ese momento, me encantaría llamarlo estúpido.

—Su solución es defectuosa, señorita. Basta de discusión, está perturbando el orden público. Sígame a la comisaría.

—De eso nada. O me lleva a un cajero automático, o no me muevo de aquí.

Nuestro tenso intercambio se detiene bruscamente cuando saca un par de esposas de su chaqueta. Nicole suelta un pequeño grito, el mecánico cruje los nudillos, el gasolinero suspira ruidosamente y luego reina el silencio.

Enderezando los hombros y alzando la barbilla, miro a señor Mata-pasiones con un majestuoso desdén. Una actitud que desarrollé y perfeccioné durante mi adolescencia, cuando mis compañeros de clase se burlaban de mi sobrepeso. Sin embargo, detrás de la máscara inmóvil de mi rostro, la indignación bulle. Insultos y apodos afloran. "Gigantesco idiota" está en la cima de la lista.

—Usted decide, señorita —dice el policía, agitando las esposas frente a mí. O me sigue a la comisaría sin más problemas, o tendré que tomar ciertas medidas.

¡Vaya situación complicada en la que me encuentro! Por instinto, meto la mano en el bolsillo de mi jeans para apretar mi teléfono móvil. ¿Por qué no usarlo? Pero, ¿a quién llamar?

¿A mis padres? En esta época del año, están disfrutando en un crucero en medio de las islas griegas. Actualmente, están saboreando un mojito en la cubierta 12 de un crucero. Su hija es lo último de sus preocupaciones.

¿Al Pepinillo? A estas horas, seguramente está tomando el sol en su cama, con un Espárrago en sus brazos.

¿A la policía? Ja, ja, ¡qué broma! Pensarán que es una mala broma si les digo que uno de los suyos me está maltratando.

¿Contactar a un abogado? Jamás. Con mi tarjeta de residente permanente a punto de caducar, lo último que quiero es llamar la atención de las autoridades sobre mí. Podrían negarme la ciudadanía canadiense.

—¿Por qué no viene a trabajar al bar? —sugiere de repente Nicole. Necesitamos a una camarera en este momento. Así, Estelle podría ganar el dinero necesario para las reparaciones.

5

Christopher Gervais

Bastón de hablar: *principalmente usado en los consejos tribales, tiene la función de otorgar la palabra a quien lo sostiene. Aporta escucha y atención a este último, pues nadie podrá interrumpirlo. Los amerindios lo consideran como un objeto sagrado que contiene una parte del Gran Espíritu.*

Así, su poseedor no tendrá derecho a perderse en palabrerías vacías. Sus palabras deberán ser claras, concisas y exentas de agresividad.

Esta chica es una fastidiosa de primera. Una bocazas, ¡y de qué manera! Me sorprende un poco que no utilice los atributos que la naturaleza le ha dado, en lugar de gritar a los cuatro vientos.

Con su rostro en forma de corazón, su tez de leche, su boca redonda como una cereza y sus grandes ojos avellana, podría obtener todo lo que quisiera sin siquiera gastar saliva. Un par de pestañeos, y todos caerían rendidos a sus pies. Excepto que ese truco no funcionaría conmigo.

Primero, sé comportarme. A diferencia de Henri, mi amigo y adjunto, no me lanzo sobre todo lo que se mueve. No he estado con mujeres desde hace más de ocho meses, es un hecho. Pero eso no me hace susceptible.

Otra razón por la que nunca me dejo hechizar por una damisela: la delicada posición que ocupo. Mi padre es el Gran Jefe de Mendake. Como tal, este estigma de favorecido me sigue a todas partes. Me llevó años construir mi credibilidad como director del servicio de policía de Mendake. La gente ahora confía en mí. Saben que pueden contar con mi dedicación e integridad para protegerlos. ¿Qué pensarían si me dejara corromper por el primer rostro bonito que apareciera?

—¿Por qué no viene a trabajar al bar? Necesitamos a una camarera en este momento. Estelle podría así ganar el dinero necesario para las reparaciones.

La propuesta de mi amiga de la infancia suena a una gran broma. ¿Pero está hablando en serio? Espero oír carcajadas, pero no llega ninguna.

—Creo que Nicole tiene razón. Sería más sensato emplearla en el Mandella. En menos de dos semanas, ganaría lo suficiente para pagar las reparaciones de su coche.

¡Ahora Alphonse se mete! En su calidad de Sabio – uno de los ocho miembros del Círculo de Sabios –, su opinión no puede ser ignorada.

—¿Dos semanas? —croa la llamada Estelle, tan estupefacta como yo.

—Estoy de acuerdo con ellos.

Incluso Jean, alias Castor Cobarde, se suma a sus argumentos. Me cuesta creerlo. Normalmente, desconfía de los forasteros.

—¿Quieren que me quede y trabaje aquí, mientras estoy de vacaciones? —articula Estelle, completamente aturdida.

—Todos saldríamos ganando —interviene Nicole.

—Sería un contrato beneficioso para ambas partes —aprueba Alphonse.

Sus charlas empiezan a darme dolor de cabeza. Si no intervengo, llegará el mediodía y seguiremos en el mismo punto.

—Pido silencio a todos —me inmiscuyo con la autoridad que me confiere mi cargo. De ahora en adelante, solo hablarán cuando el bastón de hablar esté en sus manos.

Con eso, saco de mi bolsillo un trozo de madera adornado con dos plumas blancas y un rosario de perlas azules. No, no estoy loco. Simplemente aplico métodos probados y verdaderos. Los cuales consisten en prevenir en lugar de curar.

Es por eso que ejerzo una presión constante sobre cada uno de mis dos mil administrados. Gracias a un sistema centralizado de cámaras de vigilancia, mi equipo y yo podemos asegurar una cobertura efectiva del territorio. Podemos detectar cualquier irregularidad. Como un exceso de velocidad, la intrusión de una banda callejera o cuando cierta damisela con ojos de cierva causa alboroto en la vía pública. Y todo esto sin salir de la comisaría. Dado que la reserva no es muy grande, ya que se extiende por menos de dos kilómetros cuadrados, somos capaces de intervenir en el minuto siguiente.

Así, desde hace seis años que estoy al frente del servicio de policía indígena de Mendake, puedo enorgullecerme de tener la tasa de criminalidad más baja de todas las reservas indígenas. Al utilizar nuevas tecnologías – como la televigilancia –, he reducido a la mitad mi personal, así como la frecuencia de las patrullas. En consecuencia, se han realizado importantes ahorros. Durante la última inspección del ministerio de Seguridad Pública, sus representantes me felicitaron por la modernidad de mis instalaciones y la buena gestión de los fondos a mi disposición. Mi acción en el campo me ha ganado el respeto de mis conciudadanos y los elogios de Marc Gros-René, el Jefe de familia a cargo de la seguridad pública de la reserva. Muchas

madres desearían tenerme por yerno. Mi padre es el único a quien no he logrado impresionar. ¡Y qué poco me importa!

Mientras sostengo el objeto ritual que uso para resolver muchos conflictos, Alphonse asiente con la cabeza en señal de acuerdo. El crujido de los nudillos de Jean saluda mi propuesta.

—Pero… —comienza Estelle, que definitivamente no sabe quedarse callada.

—¡Shh!

Frunciendo el ceño de manera intimidante, coloco un dedo sobre mi boca. Ella abre los ojos sorprendida y los clava en los míos. Corrección: no tiene los ojos avellana, sino de un marrón muy claro con reflejos ámbar. Y su piel no es tan lechosa: dos adorables manchas rosas ahora colorean sus mejillas.

A pesar de la desconfianza que me inspira, siento una emoción temblorosa. Tal reacción es aún más inoportuna dado que sé qué desgracia trajo a mi familia el hecho de enamorarse de una extranjera.

Y sin embargo, no puedo negar la fuerza de atracción que emana de ella. Hay algo fascinante en esta mujer. En cuanto a su nombre, se ajusta maravillosamente bien a ella. Estelle: la estrella recién caída del cielo, venida a iluminar mi día.

¡Maldita sea, aquí me tienes divagando! Definitivamente no es el momento para entregarse a la poesía. Además, sería hora de que encontrara una novia para canalizar este súbito brote lírico. Una mujer de mi pueblo, que aceptaría vivir en Mendake y que no me acosaría por una propuesta de matrimonio. Mejor dejar de soñar. Una joya así no existe.

—El bastón de hablar es una herramienta indispensable para la buena convivencia entre las personas —nos dice Nicole, rompiendo el silencio que había logrado instaurar. Nos enseña a escuchar y respetar a los demás. Así, cada uno puede expresar su opinión sin ser interrumpido.

—Debe callarse —le ordena Jean.

—Solo estaba explicando nuestras tradiciones a mi nueva amiga.

—Ya que tienes tantas ganas de hablar, ¡adelante! —decreté, extendiéndole el bastón de hablar.

—¡Aquí está mi punto de vista! —comienza Nicole, cuyos grandes ojos atentos recorren la asamblea con aprensión. Estelle necesita dinero para pagar a Jean. Y nuestro bar busca una camarera. Creo que mi jefa no tendría inconveniente en contratar a Estelle. Su salario sería de 15 dólares la hora. Si trabajara jornadas de seis horas, en menos de dos semanas reuniría los 800 dólares. En cuanto al alojamiento, me ofrezco a hospedarla.

Sin dejar de observarnos ansiosamente, se calla. Jean cruje los nudillos, Alphonse carraspea, yo frunzo aún más el ceño, pero ella no se deja intimidar. Sus dedos se han aferrado al bastón de hablar y no parecen dispuestos a soltarlo. En cuanto a Estelle, ahora parece una estrella moribunda. Por momentos, sacude la cabeza con aire consternado, como si intentara conectar con una realidad que la supera completamente. ¡Y que a mí también me supera!

—Me parece la mejor solución, Estelle —añade Nicole, tras tomar aire. De todas formas, tus vacaciones parecen ir mal. Estarás bien con nosotros. Somos gente acogedora. Y el trabajo en el bar no es agotador. Todo irá bien.

Ante el gruñido de Jean, ella le pasa el bastón de hablar.

—Es una buena idea. Eso es todo lo que tenía que decir.

Le pasa el bastón de hablar a Alphonse y se apoya en la Toyota cruzando los brazos.

—Yo también estoy completamente de acuerdo con tu idea, Nicole. Todos saldríamos beneficiados. Tu jefa podría descansar un poco. He oído que está de los nervios desde que sus gemelos están de vacaciones. Estelle podría pagar sus reparaciones y recuperar su coche en menos de dos semanas. En cuanto a la multa que tienes intención de ponerle, Christopher, ya no estaría justificada.

Al ver que las bocas —incluida la mía— se abren a su alrededor, Alphonse hace una pausa. Levanta el bastón de hablar sobre su cabeza, como recordatorio a su audiencia de que no ha terminado su argumentación. Excepto la de Estelle, que permanece abierta, las bocas se cierran de inmediato.

—Si Estelle trabaja para el bien de nuestra comunidad, su coche ya no puede considerarse una molestia —continúa. ¿Qué piensas, Christopher?

Me pasa el bastón de hablar.

—La decisión no me corresponde, me parece —solté, antes de pasarle el objeto ritual a Estelle.

Más rápida que el rayo, Nicole se apodera de él.

—¡Acepta, Estelle! No tienes nada que perder, y todo por ganar. Te prometo que si no te sientes a gusto con nosotros, te llevaré a un cajero automático en funcionamiento… Pero no antes de que mi coche esté reparado, por supuesto.

6

Estelle

***Akiawenrahk**: nombre wendat del río Saint-Charles, que significa «río de las truchas».*

Finalmente, acepté la propuesta de Nicole. No, no estoy loca ni soy simple de mente. Pero hay que enfrentar la realidad: mis vacaciones están arruinadas, mi coche gravemente dañado y mi cuenta bancaria pronto estará vacía… Y luego, Nicole es tan simpática, tan generosa. Tiene el corazón en la mano. Me tomó un poco de tiempo darme cuenta de que era una buena persona, la ira y la desesperación oscurecían mi juicio. Pero ahora estoy convencida.

Ahora soy camarera en un bar más que rústico, donde las paredes son de troncos y las mesas, grandes troncos de árboles tumbados. Desde esta mañana, no he tenido ni un segundo de descanso. Siguiendo el código de vestimenta del establecimiento, me puse mocasines de piel demasiado ajustados y me puse una túnica con flecos y una falda larga de ante.

Ayudada por Julie, una rubia apática de unos veinte años, me encargué del servicio del mediodía mientras Nicole se ocupaba de la barra. Mis reflejos de coreógrafa pronto tomaron el control, y me encontré orquestando un ballet magistral, alzando la voz cuando era necesario y manejando entre pedidos y bandejas llenas. Así, el dolor de mi tobillo se desvaneció.

También tuve que responder a las preguntas de los clientes, que llegaron en masa en este día de mercado. Porque ni el atuendo tradicional de la reserva que llevo ni la cascada de trenzas cayendo de mi cabeza me protegieron contra la curiosidad de los nativos. Querían saberlo todo sobre mí. Les conté mi desventura. Alabé la generosidad de Nicole, sin quien todavía estaría pudriéndome en una acera o en la comisaría. Me quejé de la avería de su cajero automático, de la intransigencia del mecánico, sin olvidar de lamentar la severidad de su policía. Todos se rieron mucho y todos simpatizaron con mis miserias. Sin embargo, nadie estuvo de acuerdo conmigo respecto a Christopher. Parece que este último es objeto de verdadera adoración aquí. ¡Especialmente por parte de las mujeres, dicho sea de paso!

La sala no se vació hasta las tres y media. Ahora que está bastante vacía, y que los clientes solo piden bebidas, puedo reflexionar sobre mi loco día. Esta mañana, era una soltera reciente. Mis ojos se habían transformado en fuentes. Estaba en camino hacia el río Saguenay, donde iba a pasar mis vacaciones acompañada de ballenas. Allí, no habría tenido mucho contacto con la gente. Una perspectiva poco alentadora para alguien que, como yo, odia la soledad.

Un cambio de ruta me trajo aquí. Por un simple error de combustible, terminé atrapada en esta reserva indígena. Desde entonces, he sido la atracción estrella. Los habitantes de Mendake no me han dejado ni un momento de tranquilidad, lo que me ha evitado lamentarme. Gente que no conocía ayer, se dice ser mis amigos y actúan como tal. No como mis padres, de quienes no puedo esperar ayuda alguna.

Y ya que estamos hablando de amigos, ¿por qué no ir a charlar con la más adorable de todos? Me uno a Nicole en la barra.

—Ahora podremos tomar un respiro, ahora que hay menos gente —le digo para iniciar la conversación.

—Sí —me responde, toda sonrisas. ¿Cómo fue tu primer día?

—Sobreviví. Por favor, dime que no es siempre así.

—¡Oh no! Solo los martes, jueves y sábados, cuando hay mercado.

—¡Ah! Entonces estoy tranquila.

Ella suelta una carcajada al verme dejar caer bruscamente mi barbilla, como si acabara de quedarme dormida, y luego levantarla igual de rápido.

—Pero no te preocupes, irá mejorando —añade. Los clientes te adoran.

—Son muy… cariñosos. Especialmente los hombres. ¡Y muy demostrativos!

Ella se ríe de nuevo.

—Algunos son un poco atrevidos, pero no son malos —me explica con voz reconfortante. Y tú te las arreglas muy bien.

—¿Te refieres a cuando derramé sopa en las rodillas del vendedor de pescado o a cuando casi noqueo al tipo al fondo de la sala?

Ella se ríe tan contagiosamente que no puedo evitar unirme a ella. Con sus enormes ojos de ciervo, llenos de inocencia, Nicole es una persona muy entrañable. En mi desgracia, tuve mucha suerte de cruzarme en su camino.

—¡Ambas! —responde, una vez calmada su risa. A los hombres aquí les gustan las mujeres con carácter. Todo lo contrario a mí. Soy demasiado sosa para su gusto.

—El policía parece apreciarte bastante.

—Solo somos amigos —suspira Nicole, bajando la vista y comenzando a rascar una mancha en la barra. Solo amigos.

De ahí en adelante, se vuelve muy locuaz y me cuenta que lo conoce desde la escuela primaria. Ser el hijo del Gran Jefe de la reserva no le trajo solo felicidad a Christopher. Para hacerse digno de las esperanzas de su padre, tuvo que trabajar duro. Y nunca fue suficiente. Además, su seriedad excesiva le valía las burlas de sus compañeros. Por lo tanto, a menudo peleaba. Sin embargo, nunca atacó a los más débiles que él. Siempre defendió a aquellos que, como Nicole, eran objeto de burlas de los demás.

Según ella, su difícil infancia explica su falta de flexibilidad y su temperamento irritable. Su madre los abandonó, a él y a su padre, cuando era solo un bebé. Nunca la volvieron a ver. Malas lenguas dicen que se lanzó al río Akiawenrahk, que fluye detrás de la iglesia. Todo porque no soportaba los llantos estridentes de su hijo.

—¿Y tú, tienes novio? —me pregunta Nicole, dejando de rascar la barra para levantar sus enormes ojos hacia mí.

—Ya no. Acabo de ser abandonada por mi prometido. Fue ayer por la tarde. Había ido de compras al centro de Québec. Al volver, había vaciado completamente el apartamento de sus cosas. Solo me dejó una carta de ruptura. Ni siquiera tuvo el valor de decírmelo en persona.

—¿Lo amabas?

¡Qué pregunta! Nunca me la había planteado. Y si hubiera sido el caso, no habría sabido responder. Sin embargo, siento un ligero pellizco en el corazón al recordar los buenos momentos que compartimos. Como todas esas mañanas de pereza –el Pepinillo necesitaba sus diez horas de sueño. O esos fines de semana en la naturaleza. Aunque nunca fui una aficionada al camping, no puedo evitar lamentar la minúscula tienda en la que dormíamos. El Pepinillo se la llevó con el resto de sus cosas. Ahora, el Espárrago disfrutará de ella.

—Supongo que sí —respondo, encogiéndome de hombros.

—Todavía no he encontrado a mi alma gemela, así que solo puedo imaginar lo que sientes. Pero quiero que sepas que comparto sinceramente tu dolor.

Avergonzada de encontrar más emoción en la voz de Nicole que en la mía, toso antes de cambiar de tema.

—De todos modos, es muy amable de tu parte hospedarme. Espero no molestarte…

—¡Oh, pero para nada! —protesta, mostrando una expresión de indignación. Eres mi amiga, Estelle. Y además, la hospitalidad es una tradición para nosotros.

—Ronco por las noches. Hago un ruido terrible —aventuro, intentando probar sus límites.

Inmediatamente, recuerdo los ronquidos del Pepinillo. ¡Esos al menos no los extrañaré!

—Tengo una casa grande. Tendrás tu propia habitación. ¿Por qué no vas a comer algo? Pareces hambrienta —me dice, mientras mi estómago empieza a gruñir.

—Pero los clientes…

—Ya no hay muchos. Julie se encargará.

Echando un vistazo rápido alrededor, busco a la mencionada Julie y la veo frente a las ventanas. Todavía está soñando despierta. Dudo mucho que cumpla con su tarea. Mi estómago se manifiesta de nuevo y sofoca mis remordimientos.

—Está bien, iré a ver si queda algo de pastel de esta tarde —cedo.

Entrando como un torbellino en la cocina, me encuentro con Martha, sus dos hijos y su ayudante cocinera, Sophie.

—Tengo un poco de hambre —anuncio a los presentes. Necesito un descanso.

—Siéntate, Estelle. Ya has trabajado bastante —me dice la dueña del bar, sin levantar la vista de la masa que está amasando.

Además de largos cabellos castaños recogidos en una cola de caballo, bonitos ojos verdes almendrados y una sonrisa encantadora, luce un vientre tan redondo que me pregunto cómo sigue de pie. Está a punto de dar a luz.

—¿Te sirvo una infusión de arándano? —ofrece Sophie con cuidado.

—Con mucho gusto.

—Queda la última porción de pastel de jarabe de arce. Es para ti.

Dejando la esponja que agitaba sobre las encimeras, la anciana se seca las manos y va a hervir agua. Sus hombros encorvados, su cuerpo frágil, su piel arrugada y su cabellera blanca recogida en un moño le dan la apariencia de una centenaria. Pero su vigor y sus ojos agudos como los de un águila desmienten esa primera impresión.

Me siento en la mesa de la esquina, frente a los hijos de Martha. Dos chicos de unos quince años, idénticos en todo. Morenos, regordetes, con el rostro cubierto de granos y una gorra en la cabeza, teclean frenéticamente en sus smartphones. Francamente, ¿por qué no aprovechan el aire libre? Podrían practicar deporte o incluso bailar, en lugar de atontarse frente a pantallas.

—Hola, chicos. ¿Estáis de vacaciones? —les digo, tratando de adoptar un tono amigable, a pesar del deseo que me carcome de quitarles los teléfonos de las manos.

—Mmm —masculla uno de ellos, sin levantar la vista.

—No sacarás nada de ellos hasta que no terminen su partida —interviene su madre, aún inclinada sobre su masa.

—¿Y a qué estáis jugando? —continúo.

Otra onomatopeya me responde y confirma las alegaciones de Martha. Así que decido no gastar más energía en hablar con adolescentes mudos y me concentro en el delicioso pastel que Sophie ha colocado frente a mí. ¡Si no es un colmo perder el tiempo así en juegos electrónicos!

7

Christopher

***Jefes de familia**: son ocho en total y forman parte del Consejo de la Nación hurona-wendat, presidido por el Gran Jefe.*

Normalmente, mi vida está tan programada como una pieza de música. Todas mis acciones siguen un itinerario muy preciso. Cada día, llego al bar Mandella a las cinco en punto. Acompañado por Henri, mi adjunto y amigo, me siento en una esquina, cerca de la barra, y pido una Kwe. Una cerveza de maíz, ligeramente dulce y mucho más sabrosa que todas las que se sirven en el resto del país.

Es la familia de Alphonse, el gasolinero, quien la produce. Desde generaciones, la han estado elaborando con el agua del río Akiawenrahk. Ese mismo río al borde del cual nuestros ancestros lejanos, los Hurones-Wendat, se establecieron. Eran aproximadamente trescientos hombres, mujeres y niños cuando construyeron el pueblo de Mendake. Nuestros libros de historia sitúan el evento alrededor de 1700. Sus descendientes —entre los cuales me incluyo— ahora somos más de dos mil y todavía vivimos aquí. Yo estoy encargado de protegerlos.

Por primera vez desde que comencé mi carrera, decido romper mi rutina diaria y llego más temprano al Mandella. Para ver cómo la llamada Estelle se las arregla con los clientes. ¿Los trata con corrección y profesionalismo? Debo asegurarme de ello. ¿No es mi deber velar por el bienestar de mis conciudadanos? También quiero verificar que no traicionará a Nicole. No sé cómo lo hizo, pero logró ganarse su amistad. ¡Pobre Nicole! Ha sufrido tanto en el pasado. No quiero que esta francesa le cause dolor.

Y luego, está en juego mi reputación. ¿Qué dirían de mí si ella huye dejando su coche en la vía pública? ¿Que no sé hacerme respetar? Ya circulan demasiados rumores sobre mí. Todos hacen referencia a cómo las mujeres me tratan. Ahora, nadie ignora que mi madre me abandonó al nacer. Es de dominio público que ninguna de mis novias ha querido vivir conmigo. Porque rápidamente entendieron que tendrían que renunciar a su intimidad. Aquí, ningún secreto permanece oculto por mucho tiempo. Todos saben todo sobre todos.

A los ojos de mis administrados, entonces, no soy más que un pobre desgraciado tocado por alguna maldición. Mi belleza, mi fuerza física y mi carisma suscitan admiración, pero se compadece de mi mala suerte y mi soledad. Siempre he odiado que se compadezcan de mí. Las sonrisas compasivas y las caras afligidas me irritan tanto como los grafitis en las paredes de la

reserva. Incluso hoy, podría pelear hasta sangrar si sorprendiera una mirada de compasión. Pero como todos conocen mi punto débil, nadie se atrevería.

Mi adjunto me hizo muchas preguntas cuando me vio cargar las dos maletas de Estelle en nuestro vehículo de servicio. Me las arreglé como pude para no revelarle que lo tomaba como un asunto personal. Las mujeres —incluida mi madre— han jugado demasiado conmigo. Sería hora de cambiar las tornas. Esta vez, tendré la ventaja. Si esta bonita señorita desea irse de aquí, que lo haga adecuadamente, sin dejar su chatarra en medio de un cruce ni romper el corazón de mi amiga de la infancia.

Al entrar en el bar, me llevo la mala sorpresa de no encontrarla. Mientras mi adjunto se sienta en nuestra mesa habitual, cerca de la barra, me quedo un momento cerca de la entrada escaneando la sala. Está casi vacía. Cerca de las ventanas que dan a la plaza del Totem, dos empleados de servicios públicos beben su cerveza en silencio. Con un gesto amable, responden a mi saludo antes de sumergirse de nuevo en sus jarras. Los conozco bien. Norbert y Georges son primos lejanos míos. Además de su trabajo en la recolección de basuras, estos cincuentones ligeramente sobrepeso y con la frente despejada dirigen actividades deportivas en la Casa de Jóvenes de Mendake.

En el fondo del bar, apenas iluminado por algunas lámparas de pared, veo a tres hombres que no me agradan en absoluto. De niños, pasaban su tiempo acosando a los más débiles. Asistí a las mismas clases que ellos en Yarha —la escuela primaria de la reserva—. Los perdí de vista en la secundaria, antes de reencontrarlos en la Universidad Laval en Québec. Pero nunca nos llevamos bien. Recuerdo haberme peleado con el más grande del grupo para vengar a Nicole de sus burlas repetidas. Terminé con un enorme ojo morado.

Como yo, nunca han dejado la reserva. Actualmente, los tres ocupan altos cargos en el RCA, una entidad financiera con sede en Mendake que gestiona las pensiones y ofrece préstamos a los miembros de las Primeras Naciones de Canadá. El más antipático del grupo, Denis Vacheron, es hijo de uno de nuestros ocho Jefes de familia y de un quebequense que vino a vivir aquí. Sus aires de galán afectado siempre me han irritado. A diferencia de él, su madre es una persona valiosa que se esfuerza mucho por prevenir el suicidio entre los jóvenes indígenas de otras reservas.

—¿Entonces, vienes a sentarte? —me pregunta Henri, interrumpiendo mis reflexiones. ¡Ah! Aquí viene Julie.

Mientras me uno a mi adjunto, la mencionada camarera entra en la sala. Hay un prejuicio que dice que todos los amerindios son morenos y de piel oscura. No es el caso de Julie, una Hurona-Wendat de pura cepa, que es rubia y de ojos azules como su madre y su abuela. La razón es que

los primeros colonos franceses —la mayoría tramperos— a menudo tomaban por esposas a indígenas.

Sin embargo, entre los Hurones-Wendat, un niño pertenece al clan de su madre y no al de su padre. Además, los huérfanos de los colonos eran frecuentemente confiados a los indios, quienes no separaban a los hermanos, a diferencia de las instituciones religiosas. Se convertían entonces en miembros de pleno derecho de la reserva.

—Buenos días, Christopher… Henri —nos saluda Julie con una voz arrastrada, una vez que llega a nuestra altura.

Con las manos en los bolsillos de su falda, los ojos clavados en mí, se balancea de izquierda a derecha y de adelante hacia atrás, intentando claramente llamar mi atención. Insensible a su pequeño juego, sigo escaneando la sala en busca de Estelle.

—Buenos días, Julie. Una cerveza, por favor —pide Henri. Y tráeme también una porción de pastel de arce. Tengo hambre.

—Voy a ver si queda algo.

Ella recibe una sonrisa embobada de mi adjunto, lo que no la conmueve en lo más mínimo. Al contrario, continúa ignorándolo, fijando en mí una mirada de languidez exasperante.

—¿Y para ti, Christopher, qué será? —añade con un tono más afable.

—Una Kwe para mí también. Con cacahuetes. ¿Dónde está la nueva?

Frunciendo los labios, se tensa y saca las manos de sus bolsillos para crisparlas sobre su delantal. Si una mosca la hubiera picado, no habría reaccionado de otra manera.

—¿Quién? ¿Estelle?

—Sí —se ríe Henri, tratando en vano de captar su atención. Parece que Christopher se ha obsesionado con ella. Uno se pregunta si…

¿Pero se callará, este idiota? La mirada fulminante que le lanzo lo disuade de continuar. Julie aprovecha para retomar la palabra.

—Alguien tendrá que explicarme qué le ven —masculla mientras exhala ruidosamente. No se habla de otra cosa desde que llegó.

—¿Celosa? —se burla Henri.

—¡Bah! Qué va.

—Entonces, ¿dónde está? —insisto.

—En la cocina, por supuesto.

Encogiéndose de hombros, gira sobre sus talones y nos deja solos.

—Una obsesión —murmura Henri, tras la partida de Julie. Una mega, maxi, enormísima obsesión.

Sintiéndome objeto de sus burlas, me vuelvo hacia él. Es evidente que se contiene para no estallar de risa. De lo contrario, ¿por qué se mordería los labios? De estatura media y excesivamente musculoso, es bastante atractivo. Su piel bronceada, sus ojos de terciopelo enmarcados por largas pestañas y su cabello sedoso recogido en una coleta le aseguran un éxito rotundo con las mujeres. Su uniforme lo coloca en la cima de la lista de los solteros más cotizados de la reserva, ¡justo después de mí! Solo Julie ha resistido a su encanto. Entonces, ¿puede alguien explicarme por qué le encuentro cierto parecido con un asno?

—No estoy obsesionado —replico con un tono falsamente relajado. Simplemente estoy haciendo mi trabajo.

—¿Y forma parte de tus responsabilidades llevar las maletas de la primera extranjera que aparece?

—Debo asegurarme de que no cause demasiados problemas aquí. No tienes idea de lo que es capaz.

—¡Oh! Ya tengo una pequeña idea.

—Entonces, hablemos de tu obsesión —contraataco, queriendo cambiar de tema.

Porque si dejo que la conversación se estanque, Henri pensará que tiene razón. De ahí en adelante, se lo contará todo a su hermana, quien a su vez hablará con su prometido, cuyo abuelo es uno de los ocho Sabios de Mendake. El rumor de que me he fijado en una extranjera se esparciría como la pólvora dentro del Círculo de Sabios. Estos podrían concluir que el hijo del Gran Jefe sufre del mismo mal que su padre. ¿Quién sabe si no sugerirían algunas sesiones de purificación bajo una choza de sudoración, lo que equivaldría a presentarme como un poseído ante todos mis administrados?

—Adelante, te escucho —responde mi adjunto, de repente menos burlón.

—Julie.

—¡Pero si no me molesta en absoluto hablar de eso! Todo el mundo aquí sabe que tengo debilidad por las rubias. No sé cómo es tu protegida, pero según lo que dice Julie, debe ser una bomba.

—Que quede claro, Henri. Primero, no es mi protegida. Segundo, es completamente ordinaria. Tercero…

Dejo de enumerar cuando me doy cuenta de que la interesada ha entrado en la sala. Le hago señas para que se nos una.

—¡Eh, espere! —la llamo, al verla desaparecer como un rayo.

—¡Tranquilo! Tu protegida no va a evaporarse —dice Henri, sujetándome del brazo.

Rechazando perder tiempo en conversaciones inútiles, me libero del agarre de mi adjunto y sigo la misma dirección que Estelle. Con paso decidido, pero tranquilo. Para no despertar la curiosidad de los dos empleados de la vía pública ni de Julie, que ha vuelto con nuestras cervezas.

Esperaba que ella saliera del bar. Pero antes de alcanzar la salida, abre una puerta y desaparece. La sigo a una pequeña habitación sin ventanas, que sirve de vestuario para los empleados del Mandella. Al verla recuperar su bolso, colgado en un perchero, le hablo en estos términos:

—¿Ya nos deja?

—¿Me está vigilando? —replica ella, a la defensiva.

—Solo quería asegurarme de que todo va bien, señorita…

No termino mi frase cuando ella levanta una ceja.

—De hecho, no conozco su nombre —añado, avergonzado.

—Señorita Duval… Pero puede llamarme Estelle, como todo el mundo aquí.

—Si quiere que le llame Estelle, tendrá que llamarme Christopher —declaro de un tirón, más tenso que un arco. Y deberemos tutearnos.

—Sí, yo… estaría encantada, Christopher. Es un nombre muy… muy bonito el que tienes.

—Gracias. El tuyo también me gusta mucho. Es muy poético.

—¿Ver… verdaderamente? Es… Yo…

Un silencio deja pasar sus ángeles. Nos quedamos inmóviles como estatuas, mirándonos a los ojos. Ni un soplo de aire sale de mis pulmones mientras contengo la respiración. ¡Maldición! Ahora mi rostro se enciende. En fin, ya no soy un adolescente para reaccionar así.

—He presentado una queja ante el banco para que reparen nuestro cajero automático —digo con la rapidez de una ametralladora. Debería tomar unos días. Pero si realmente tienes prisa,

podría llevarte a un cajero en funcionamiento.

—¡Oh! Eso es muy amable de tu parte, pero la verdad es que me siento bien aquí. La gente es amable, Nicole es adorable. Y luego, me da un poco de vergüenza admitirlo, pero mi cuenta está vacía, así que…

—Entonces, todo está bien. Me tomé la libertad de recoger tus maletas. Están en el maletero de mi coche. ¿Quieres que te las lleve?

—Es que… Nicole y yo no tenemos coche —dice ella tras dudar.

—Te las traeré esta noche a su casa.

Antes de que ella abra la boca para agradecerme, salgo del vestuario. Estuve a punto de asfixiarme por falta de aire o de ser fulminado por sostener su mirada.

Parte 2

Una vez, estaba en Victoria, y vi una casa muy grande. Me dijeron que era un banco y que los hombres blancos ponían allí su dinero para protegerlo y recibir intereses.

Somos indios y no tenemos banco, pero cuando tenemos mucho dinero y mantas, se los damos a otros jefes, y ellos terminan devolviéndonoslo con interés, y nuestros corazones se sienten bien.

Nuestra forma de dar es nuestro banco.

Maquinna, Jefe de los Nootkas (1786-1817)

8

Estelle

Círculo de los Sabios*: sus miembros, en total ocho, son personas que, por sus conocimientos, sabiduría y experiencia, han merecido el respeto y el afecto de su comunidad. Han sabido dar el ejemplo y contribuir al bienestar de los demás, sacrificando a menudo un poco de sí mismos. Seleccionado por su círculo familiar, cada Sabio recibe un mandato de cuatro años renovable.*

El Círculo de los Sabios debe actuar en respeto a la cultura y espiritualidad de los ancestros wendats, velando por la preservación de sus valores.

Después de la partida de Christopher, espero varios minutos antes de cambiarme. Principalmente porque me siento un poco perturbada. Al final, este hombre no es tan implacable como creía…

Me pongo la ropa de esta mañana. Mis pies, habiendo vuelto a calzado de su tamaño, suspiro de contento. Cojeando, me uno a mi nueva amiga que espera fuera del bar. Nos ponemos en camino bajo un sol abrasador. Un poco desorientada por este día loco, guardo silencio. Caminamos unos buenos quince minutos, antes de llegar a los alrededores de una iglesia con techo puntiagudo y coronado por un pequeño campanario.

—Esta es Nuestra Señora de Loreto —me dice Nicole con un orgullo conmovedor. Fue construida en 1730. Un incendio la destruyó parcialmente en 1862, pero la reconstruimos idéntica justo después. Es hermosa, ¿verdad?

—Eh, ¡sí! Muy hermosa —murmuro, apático. No sabía que…

—Nuestra pequeña comunidad adoptó la fe católica a nuestra llegada aquí, a principios del siglo XVIII —me interrumpe, ahorrándome el bochorno de enredarme en los clichés que colecciono sobre su pueblo.

Una vez pasada la iglesia, entramos en una calle sombreada, con aceras cubiertas de verde y que termina en un callejón sin salida al borde de un bosque. Las casas bajas que la bordean están impecablemente alineadas y se parecen todas. La que Nicole comparte con su madre y su abuela está situada al final del callejón.

—Vivo justo al lado del parque del Acantilado —me dice mi amiga, señalándome el bosque que linda con su casa. No sé si tendremos tiempo de pasear por allí esta noche, pero seguro y

cierto, mañana te llevaré a ver la cascada Kabir Kouba. Está muy cerca de aquí.

—Sí, mañana es perfecto —replico, sintiendo mis ojos cerrarse de lo agotada que estoy.

—¡Ven! Te voy a mostrar mi casa.

Caminando como un zombi, la sigo adentro. Desde el exterior, uno podría pensar que su casa es muy pequeña por lo estrecho de su fachada. En realidad, es muy espaciosa. Unas diez habitaciones se distribuyen alrededor de un pasillo muy largo.

Nicole me explica que la mayoría de las viviendas de la reserva están construidas según este modelo. Es decir, reproducen la estructura de las casas largas de sus ancestros. En el pasado, estas viviendas de corteza de madera medían menos de diez metros de ancho y podían llegar hasta cincuenta metros de largo. Compuestas por una sola habitación, albergaban a todos los miembros de un mismo clan. Se podía adivinar cuántas familias vivían allí por el número de fuegos que ardían continuamente.

Soy hija única. Mi familia se resume a mi padre y a mi madre. De niña, tenía una habitación y un baño solo para mí. Rara vez veía a mis padres, porque prefería tomar mis comidas en mi habitación, frente a una serie vista en mi pantalla de computadora. Por lo tanto, me cuesta un poco imaginar cómo era la existencia de estas personas. No debían disfrutar de mucha intimidad. Por otro lado, nunca se sentían solos. No puedo contar las veces que la soledad me pesó.

Como era de esperar, la casa de Nicole está llena de vida. Un gran gato atigrado viene a frotarse contra mis piernas tan pronto como llegamos.

—Te presento Tigrou. No dudes en ahuyentarlo si te molesta —me aconseja mi amiga. Es un poco pegajoso.

El animal ciertamente comprendió las palabras de su dueña, porque le lanza miradas hostiles. Me agacho para acariciarlo.

—Siempre quise tener un gato solo para mí —replico, sobre los ronroneos de alegría del gato gordo.

Pero como mi padre es alérgico a los pelos de los felinos, nunca pude realizar mi sueño.

—Podría darte uno si lo deseas. Tigrou tuvo crías con la gata de la vecina. Acaba de parir.

—Es amable, Nicole. Desafortunadamente, no puedo aceptar. Ni siquiera estoy segura de quedarme en Canadá, sabes.

Porque por mi parte, he desarrollado una severa alergia a los hombres de este país. Los contactos prolongados con el Pepinillo me han escaldado seriamente.

—¡Oh! Eso es demasiado triste. Nunca nos volveremos a ver si regresas a Francia —se lamenta mi amiga, sinceramente apenada.

—Nos llamaremos, no te preocupes —le digo, deseosa de verla dejar esa mirada afligida.

—Sí, supongo. Pero habría preferido que te quedaras en Quebec.

Me levanto, recolectando en el camino algunos maullidos indignados. Dos pares de ojos suplicantes se clavan en mí. Avergonzada, finjo admirar el atrapasueños colgado en la pared de la entrada.

—Hay uno en cada habitación —me explica mi amiga. Son primas de Jean (ya sabes, ¡el mecánico!), quienes los hacen.

—Este es muy bonito.

—No solo son ornamentales. Capturan nuestras pesadillas y nos protegen mientras dormimos. Ven, te mostraré.

Seguidas de cerca por Tigrou, comenzamos el recorrido por las habitaciones. La mía está al lado de la entrada. Amuebladas de forma sencilla, están pintadas de blanco. Cortinas y cubrecamas coloridos aportan el toque de color. Efectivamente, un atrapasueños está bien colgado en cada ventana.

—¡Y aquí está mi taller de pintura! —anuncia Nicole, mientras me lleva a una habitación oscurecida por cortinas cerradas.

—¿Pintas?

—Es mi pasión.

Ella enciende el plafón. Una luz brillante y cruda ilumina entonces su estudio abarrotado de lienzos, caballetes y material de pintura. Un gran mural representando la plaza del mercado capta mi atención, por su abundancia de colores.

—Eres muy talentosa.

—Gracias —me responde, visiblemente orgullosa.

Tras una breve pausa contemplativa, volvemos al pasillo. Mi amiga me lleva al umbral de un amplio comedor. Decorado al estilo trampero, está revestido de madera bruta de suelo a techo. Máscaras rojas y negras de grotesca fealdad adornan las paredes. Todas son más aterradoras que las otras. Se me pone la piel de gallina. Mientras mi mirada se fija en una de ellas, Nicole se inclina hacia mí para inundarme de explicaciones.

—Es la máscara de Skadawati, el protector de nuestro pueblo. Fue tallada en la corteza de un

árbol vivo. Y dado que este último sobrevivió a la escarificación, la máscara posee grandes poderes.

—Brrr! Da miedo —murmuro, para no molestar a los cuatro hombres sentados en la larga mesa y ocupados jugando a las cartas.

—Es normal. Es una cara de espíritu. No se supone que se parezca a un humano. Todas las máscaras que ves aquí pertenecen a mi abuela. Ella es chamán. Las lleva durante las sesiones de trance en las que cura a sus pacientes.

—¿Y logra curarlos con esas máscaras?

—Con plantas también. Mi familia pertenece al clan del oso, cuyos miembros son los depositarios del saber sobre las plantas y los remedios naturales. Aún soy solo una novata en el tema, pero mi abuela es de lejos la más experta de todos nosotros. Ella me ayudó a deshacerme de mi leucemia —agrega mi amiga con un tono grave que me da escalofríos.

Sus inmensos ojos de ciervo desprenden tanta tristeza que me vería mal haciéndole preguntas sobre su enfermedad. Así que, cambio de tema.

—En todo caso, estas máscaras no parecen perturbar a tus invitados —observo, señalando con la barbilla hacia los cuatro hombres.

Muy concentrados en su juego, no nos prestan atención. Reconozco al señor Zénitude entre ellos. A excepción de sus cejas fruncidas, la fisonomía del viejo gasolinero de cabellos blancos atados en catogan irradia confianza y calma.

—Están acostumbrados a su presencia. Ya conoces a Alphonse, que trabaja en la gasolinera. Es uno de nuestros ocho Sabios —me responde Nicole.

—¿Sabio? —pregunto estúpidamente.

—Sí. Forma parte del Círculo de los Sabios, encargado de supervisar la aplicación del Código de nuestra nación.

—¡Menos ruido! —gruñe un joven moreno de mirada oscura y rasgos finos.

—Él es Daniel, mi hermano. No te preocupes, no es malo. También están Raymond y François, los novios de mi madre y mi abuela.

—¡Kwe! —nos saludan estos últimos al unísono.

—Buenas noches —replico en voz baja, intimidada por la imponente figura del primero y el largo cabello blanco del segundo.

—Te presento a Estelle, mi nueva amiga —continúa Nicole.

—¿Queréis uniros a nosotros? —nos propone Alphonse, mientras nos preparamos para dejar la sala.

—Solo estamos de paso —le explica mi amiga. ¡Quizás después de la cena!

Con eso, me lleva a la cocina, ultramoderna, donde conozco a su madre, Hélène, y a su abuela, Annie. ¡Uf! ¡Esto empieza a ser muchos nombres! Nunca lograré memorizarlos todos. De todos modos, hay uno que deseo olvidar a toda costa. A partir de ahora, borro el del Pepinillo de mi mente.

Aunque ocupadas preparando la cena, ambas mujeres me reciben cálidamente. Se parecen tanto a mi amiga que no tengo dificultad en adivinar su relación familiar. Todas tres son pequeñas, delgadas, con un cutis muy claro y grandes ojos negros. Solo difieren en su cabello. Negro para la madre y la hija, mientras que el de la abuela es blanco. Además, Nicole tiene mucho menos cabello que sus mayores, lo que me hace entender mejor su fascinación por mi melena.

—Deberías llevar a Estelle a su habitación —dice la madre de Nicole a su hija. Está dormida de pie, la pobre.

¡Oh, sí! Estoy exhausta.

—Tienes tiempo de sobra para una siesta antes de la cena, Estelle —agrega la abuela. No cenaremos antes de las 20 horas.

Con los párpados cayendo y los brazos colgando, asiento con la cabeza. Estas personas son tan encantadoras, me siento mal por no ofrecerles mi ayuda. Siguiendo a Nicole hasta mi habitación, me prometo remediarlo mañana.

Al llegar, me desplomo en la cama, cabeza primero. Tigrou se acuesta de lado contra mi cadera. Las pocas palabras amables que Nicole me dirige rozan mis oídos sin alcanzar mi cerebro. Los ronroneos del gato siguen el mismo camino. Me duermo en cuanto cierra la puerta.

Aplastada por el cansancio, caigo en un sueño agitado de pesadillas.

9

Christopher

***Pow-wow**: reunión de indígenas de América del Norte. Tradicionalmente era un evento religioso o que celebraba hazañas guerreras. Hoy en día, es un encuentro cultural.*

—¿Y qué tal fue con la extranjera? —me pregunta Henri, mientras tomamos el camino a la comisaría.

Rehusando responderle, levanto los hombros y me giro hacia la ventana. Casas grises idénticas pasan ante mis ojos. Ni siquiera las veo. Tampoco presto atención a la gente que se arrastra por las aceras. Gente que normalmente captaría mi interés. ¿No se supone que debo conocer todos los movimientos de mis administrados? Las imágenes entran y salen de mi cabeza sin dejar huella. Sin embargo, el dulce rostro de Estelle se ha grabado en mi retina.

—¿Vas a hablar o tengo que sacarte las palabras con pinzas? —sigue mi adjunto, imperturbable.

¡Que se ocupe de su volante y, sobre todo, que me deje en paz! No estoy de humor para charlas. Cuando pienso que estoy empezando a encariñarme con la primera que aparece, eso me deprime.

—¡Vamos! Cuéntaselo todo a tu mejor amigo —insiste Henri con un tono más exasperante que burlón. Te juro que no chismearé.

—Déjame en paz, ¿quieres?

—¡Oh, oh! Estás de mal humor. Entonces tenía razón. Estás obsesionado con ella… ¡Sí, sí, tengo razón! La prueba es que aún no le has devuelto sus maletas. ¿Quizás esperas visitarla esta noche?

—Tienes demasiada imaginación —gruño.

—¡OK! Ya veo. La intentaste seducir, y a ella no le gustaron tus maneras de trampero indio. Es normal. Parece que con las francesas hay que ser suave. Regalarles flores, llevarlas a cenar, ¡y eso no es todo!

—Deja de hablar. No quiero oír más.

Deseando desahogar mi estrés, vuelvo mi atención hacia la calle. Encuentro un desvío salvador.

—¡Para de inmediato! —grito a mi adjunto.

Entendiendo que no estoy bromeando, frena bruscamente y se estaciona al lado de la carretera.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

En lugar de escuchar pacientemente el final de su pregunta, me precipito fuera del 4x4 y corro hacia el bichón frisé blanco que está orinando en un poste de luz. Un torrente de ladridos me recibe, haciéndome dudar de acercarme. De niño, un perro callejero me mordió la mano. Desde entonces, mantengo una cierta desconfianza hacia estos animales de cuatro patas. Especialmente cuando me miran así, con un ojo torcido.

—¡Qué perrito más adorable! —se maravilla Henri detrás de mí.

—Ve a buscar el lazo de captura en el maletero. Apúrate antes de que se escape.

—Este caniche no le haría daño a una mosca —se opone mientras se arrodilla junto al bichón.

Este último deja de ladrar de inmediato. Después de oler con precaución la mano de mi adjunto, la lame. Sus ojos negros y redondos como canicas miran a su salvador desde abajo, con aire arrepentido.

—Entonces, nada de lazo de captura —suspiro, ofendido de no ser tan hábil como él.

Tomando al bichón en sus brazos, se levanta. El animal le lame el mentón.

—Y no hace falta atarlo. Es inofensivo.

—De todos modos, te adora —observo. Solo nos queda encontrar a su dueño.

—Mira, tiene un collar. Incluso hay una medalla grabada con un nombre y una dirección… Es el perro de los Sioui, y se llama Lucky.

—¿Qué Sioui?

Hay un montón con ese apellido. Un apellido que significa "sol naciente" en la lengua wendat y que pertenece a nuestro patrimonio cultural desde generaciones.

—La pareja de dentistas. Los que tienen su consultorio en la avenida Chauveau, a unos diez minutos de la reserva —responde mi adjunto, ocupado rascando detrás de las orejas de su protegido.

—De acuerdo. Vamos a devolverles su perro.

Sintiéndome útil por fin, vuelvo a mi vehículo de servicio y tomo el volante. Insisto en que Henri se suba atrás, con Lucky en sus rodillas. No quiero que esa bola de pelo ensucie el asiento.

Nos dirigimos a unas calles más allá, a la dirección indicada en la medalla del bichón. La casa donde reside la familia Sioui es idéntica a las que bordean la calle. Sin embargo, adivino que los ingresos de los dentistas son más altos que los de los habitantes de la reserva.

Así es como funcionamos en Mendake. Según un principio de igualdad. La riqueza material no nos hace superiores a nuestros semejantes. Solo importa el valor de nuestros actos. En esta creencia baso mis acciones. Cada día, me esfuerzo por ser un hombre mejor. Preocupado por el bienestar de mis administrados y digno de su respeto.

Una vez fuera de mi vehículo de servicio, golpeo la puerta de los Sioui. Henri, que sigue sosteniendo a su protegido contra él, me sigue. Una bonita morena con ojos azules y piel clara nos abre. La reconozco de inmediato. Asistimos al mismo instituto en Québec. En aquel tiempo, ya era muy bonita. Una horda de admiradores la rodeaba. Yo era solo un chico peleador con un ceño fruncido. Estaba enojado con el mundo entero por haber sido abandonado al nacer por mi madre. Nuestros mundos eran opuestos. Ella brillaba con luz propia mientras yo, escondido en las sombras, luchaba contra mis demonios. Probablemente le parecía insignificante. No debe recordarme.

En una sociedad matrilineal como la nuestra, donde los niños pertenecen al clan de su madre, nunca he sabido realmente cuál es mi lugar. Claro, mi padre es el Gran Jefe de la reserva, y mi vinculación a su clan —el clan del lobo— nunca ha sido cuestionada. Sin embargo, siento un profundo desapego. Soy un Huron-Wendat, no hay duda. Pero siempre tengo la impresión de que necesito esforzarme más para demostrarlo.

Al verme en el umbral de su casa, mi antigua compañera de instituto levanta las cejas sorprendida, antes de regalarme una brillante sonrisa.

—¿Christopher?

—Hola…

Hago una pausa cuando me doy cuenta de que no recuerdo su nombre. Por otro lado, me sorprende que ella recuerde el mío.

—Hola, Isabelle —interviene Henri. Te traemos el perro de tus padres.

Varios ladridos alegres punctúan su frase. El bichón comienza a agitarse frenéticamente, claramente motivado por el deseo de saltar sobre su dueña.

—¡Lucky! ¿Dónde te habías metido? Te he buscado por todas partes.

Ella se apresura a recuperarlo. Parecen felices de reencontrarse, esos dos. Mientras su perro le lame la cara, chillando como un juguete, ella lo inunda de dulces palabras que dejan a Henri

completamente embobado.

—Se escapó cuando abrí la puerta, el travieso —nos explica Isabelle, rompiendo el silencio contemplativo en el que todos nos habíamos sumergido.

—Hace tiempo que no te veíamos. ¿Dónde has estado? —le pregunta Henri, todo sonrisas.

—Estudiaba derecho fiscal en Toronto. Pero ahora que tengo mi título, vuelvo con los míos. Me habéis hecho mucha falta. Tengo muchas ganas de recuperar el tiempo perdido.

Nos guiña un ojo, lo que me hace sobresaltar. ¿Es una invitación lo que nos está lanzando? Henri, a quien la alusión no se le ha escapado, se ríe —¡ese burro!— antes de responder.

—Los tuyos te reciben con los brazos abiertos, Isabelle. También nos has hecho mucha falta. ¿Vienes a instalarte en la reserva?

—Sí. He conseguido un puesto de asistente en un bufete de abogados en Québec. Solo me falta encontrar una casa aquí.

—Si quieres, puedo hablar con mi cuñado. Uno de sus primos forma parte del comité de selección para la asignación de viviendas contingentes de Mendake.

—¡Oh, eso sería muy amable de tu parte! —balbucea, parpadeando coquetamente. Pero mientras tanto, viviré con mis padres. Podríais venir a verme, ambos. ¿Qué os parece si me lleváis a cenar esta noche?

—No puedo. Tengo trabajo —contesto secamente.

Y sobre todo, voy a visitar a Nicole. No dudo que me invitará a cenar.

—Está bien para mí. ¿Te va bien a las 20:00? —pregunta Henri animadamente.

—¡Perfecto! —responde Isabelle, con sus ojos oscilando entre mi adjunto y yo. ¿Y tú, Christopher, estás libre mañana por la noche?

—Todavía no sé si estaré disponible —murmuro, de mala gana.

—Christopher es el jefe de policía de nuestra reserva —explica Henri, un poco sarcástico. Se toma su trabajo muy en serio. No tiene tiempo para el ocio.

¡Cállate, Henri! —pienso para mis adentros.

La discusión continúa sin mí, ya que me niego a participar. Esquivo todas las preguntas con movimientos de cabeza. Al mismo tiempo, cuento mentalmente hasta cincuenta antes de interrumpir sus arrumacos.

—Tenemos que irnos, Henri. Adiós, Isabelle. Me alegra haberte visto.

Con eso, agarro a mi adjunto por el brazo y lo arrastro conmigo.

—Le has gustado —me dice Henri, una vez que hemos regresado a nuestro 4x4. Es bastante linda, ¿no? En cualquier caso, me gusta.

—Pensé que preferías a las rubias.

—¡Bah! En la oscuridad, todos los gatos son pardos. Francamente, me pregunto qué vamos a hacer contigo.

—Déjame en paz. Me las arreglo muy bien sin ti. ¡Gracias! —declaro secamente después de arrancar.

—Sigue actuando como un oso mal lamido, y terminarás solo.

—Nunca estaré solo. Os tengo a todos encima de mí de la mañana a la noche. No necesito una esposa que vigile cada uno de mis movimientos…

—Una esposa que caliente tu cama —me interrumpe.

—No tengo frío.

Una serie de pitidos suenan en nuestros dos móviles, poniendo fin a nuestra conversación. Como estoy al volante, dejo que Henri revise su mensajería.

—¿Qué es? —le pregunto, preocupado.

—Parece que tienen un problema en la comisaría. Espera, los llamo.

Durante toda su llamada, lo escucho maldecir sin lograr entender de qué se trata. Solo después de colgar me explica la situación.

—Tenemos un problema con nuestro sistema de vigilancia por vídeo. Varias cámaras han dejado de funcionar. Los chicos en el centro no saben si es un fallo técnico o vandalismo.

¡Justo lo que nos faltaba! A dos semanas del pow-wow, no podemos permitirnos esto. Tendremos que ocuparnos de ello seriamente.

10

Estelle

Máscaras de ceremonia: *esculpidas en la imagen de un animal o de un humano, casi siempre representan el espíritu de un difunto, de un animal o de un concepto (agua, viento, bosque…) Durante las sesiones de trance, el chamán las lleva para encarnarse en los espíritus de los muertos o en los de la naturaleza. Así adquiere sus poderes y es capaz de comunicarse con ellos.*

Golpes en mi puerta me sacan de mi pesadilla. La cual me había llevado a la época de la conquista del Oeste. Estaba en una caravana de pioneros, perseguida por una horda de indios beligerantes. Y adivinen quién cabalgaba al frente del grupo. Christopher. Torso desnudo y sexy como el diablo. En otra escena soñada, yo era su prisionera. Me había atado a un tótem y bailaba a mi alrededor mientras sostenía un bastón de hablar. Obviamente, el atrapasueños colgado en mi ventana no funciona.

Es precisamente la voz del policía, de una suavidad incomparable, la que resuena desde el pasillo.

—Señorita Duval… Estelle…

¿Qué hora puede ser? No podría decirlo. Todavía es de día afuera, y mi estómago grita de hambre. Eso es todo lo que mi mente nublada puede comprender. Eso, y el hecho de que no estoy en mi casa. De lo contrario, ¿qué haría este gato grande en mi cama?

—Soy yo, Christopher, te traigo tus maletas.

—Déjalas frente a la puerta —contesto con voz pastosa.

—Está bien…

Con la cabeza pesada, me levanto. Tigrou me sigue. Me estiro perezosamente. Él hace lo mismo antes de bostezar hasta casi desencajar su mandíbula.

Cojeando, me dirijo a la puerta, la abro y me encuentro cara a cara con Christopher. Durante un breve momento, nos miramos fijamente. A medio dormir, me dejo atrapar por sus ojos esmeralda, sombreados por largas pestañas. Él parece absorto en sus pensamientos. Oro para que mis mejillas no lleven las marcas de la almohada.

—Así que aquí es donde te han instalado —finalmente dice. Es encantador.

—Sí, muy.

Nicole se une a nosotros en ese momento. De inmediato, Tigrou se escabulle entre mis piernas y se refugia detrás de su dueña.

—Ah, ¿ya te despertaste? —me dice amablemente. Ven. La cena está por comenzar.

Su intervención hace que Christopher murmure algunas palabras ininteligibles y desaparezca de mi campo de visión. Mi amiga también desaparece de mi vista, con su gato en sus talones. Me apresuro a seguirlos. Al pasar frente a un espejo de pared, reviso brevemente mi reflejo. Aparte de una trenza medio deshecha, mi apariencia es aceptable. Incluso me veo mejor que esta mañana.

Cuando entro en el comedor, las conversaciones cesan y todas las miradas se dirigen hacia mí. Muchas miradas, ya que cuento nueve comensales. Hélène y Annie, la madre y la abuela de Nicole, ocupan cada una un extremo de la mesa. Los cuatro jugadores de cartas están presentes. A ellos se ha sumado una mujer rubia de ojos negros de cierta edad. Tartamudeo un buenos noches apenas audible y me siento a la izquierda de mi amiga. Justo en frente de Christopher, quien me observa con sus penetrantes ojos verdes.

—Para aquellos que aún no la conocen, les presento a Estelle —anuncia orgullosamente Nicole.

Numerosos "bienvenida entre nosotros", en todas las tonalidades posibles, se escuchan.

—Perfecto. Ahora podemos comenzar nuestra cena —declara Annie.

Sigue un breve silencio durante el cual todos oran en voz baja, la cabeza inclinada sobre su pecho, las manos juntas. Todos excepto Tigrou, acurrucado en mis rodillas, y yo, que dudo si imitarlos.

—Damos gracias al Gran Creador por esta comida —me susurra Nicole al oído. A Dios, si lo prefieres.

Después de un breve momento de recogimiento, Annie se levanta para servirnos sopa sagamité. Una sopa a base de frijoles rojos, maíz y salvia fresca. Luego sigue un guiso de pollo con maíz, y por último, una tarta de jarabe de arce. Durante toda la cena, las conversaciones fluyen. Se centran en la organización del pow-wow que se celebrará aquí en quince días.

Así aprendo que el pow-wow de Mendake es conocido por sus competencias de canto, tambor y danza. Antes de mudarme a Québec, no sabía de la existencia de estas celebraciones indígenas. Ahora sé que hay unas veinte y que se realizan durante los fines de semana de verano. Nunca he participado en uno, pero imagino que están llenos de color y emoción. Mi desventura de esta

mañana al menos servirá para que asista a uno de ellos.

Además de instruirme, aprovecho que nadie me presta atención para observar a todos estos individuos. Hablan fuerte, gesticulan mucho. Pero no discuten. Diría más bien que defienden sus ideas con fervor. En casa, mis padres nunca elevaban la voz. Formábamos una familia perfecta, sin conflictos y, debo admitirlo, aburrida. Creo que me habría gustado crecer en un hogar como este.

—¿Te gustaría ayudarnos a finalizar el pow-wow? —me pregunta Nicole, justo cuando la cena termina y su madre nos trae tisanas de arándano.

Todas las miradas se vuelven hacia mí.

—Todavía necesitamos manos para coser los trajes o pintar pancartas —agrega Alphonse.

—¿Tienes algún talento oculto que podría sernos útil? —indaga mi amiga, colocando una mano en mi hombro para animarme a hablar.

Estaría curiosa de ver la expresión en sus caras cuando les presente mi idea. La cual se formó en mi mente cuando Annie hablaba del orden de las distintas danzas durante el pow-wow. Me aclaro la garganta para despejar mi voz y entonces me lanzo.

—En la vida real (la donde no soy camarera en el Mandella), soy coreógrafa. Trabajo para una compañía de danza moderna en Québec. Me gustaría organizar un ballet para los más jóvenes entre ustedes.

De hecho, noté que el pow-wow de Mendake presenta varias danzas reservadas para adultos. Está bien la Gran Entrada, esa danza de apertura en la que los niños desfilan después de sus mayores. Pero no tienen una danza propia. Un gran silencio sigue a mi anuncio. Todos los presentes abren los ojos como platos.

—¿Un ballet para niños? —me pregunta Christopher, sinceramente sorprendido.

—Sí. Puedo entrenarlos en menos de dos semanas. Los jóvenes aprenden rápido.

Son especialmente más maleables que los adultos. No debería encontrar mucha resistencia.

—Es una excelente iniciativa —aprueba inmediatamente Nicole. ¿Qué pensáis vosotros?

Mientras su hermano Daniel se encoge de hombros con indiferencia, François y Raymond asienten con la cabeza antes de sumergirse en su tisana.

—¿Por qué no? —dice Alphonse.

—No tengo una opinión concreta sobre el asunto —dice la mujer rubia de ojos negros, quien tose antes de dirigirse a la abuela de Nicole. ¿Y tú, Annie, qué piensas?

—Mientras la carga de trabajo no sea excesiva, no veo ningún inconveniente —responde esta última.

Nuevos asentimientos de aprobación reciben su reflexión. Entendí que ella es curandera, lo que le otorga cierto tipo de autoridad.

—Habrá que respetar las costumbres de nuestra reserva —objeta la madre de Nicole, hablando por primera vez sobre el tema.

—No te preocupes, Hélène, estaré atenta —replico con seguridad.

—Si quieres, puedo mostrarte los vídeos de los pow-wow anteriores —interviene Nicole. Podrías inspirarte en ellos.

—¡Con gusto!

—Hablaré con el comité organizador del pow-wow —declara Alphonse. Estoy seguro de que aceptarán que nuestros jóvenes entren en la arena de danza.

Un coro de aprobaciones sigue a su comentario. Todos los presentes muestran una sonrisa que me brinda mucho consuelo. Todos, excepto Christopher, que frunce el ceño.

11

Christopher

Tótem: *un gran poste de madera con figuras esculpidas superpuestas. Entre los Wendats, incluye las representaciones del venado, el lobo, el oso y la tortuga, que son los animales protectores de los cuatro clanes que habitan la reserva. Un águila ("sandokwa" en wendat) corona el totem y sirve de mensajero entre los espíritus y los vivos.*

Dos días después: lunes 30 de julio

Una buena decena de cámaras fuera de servicio: ¡ese es el balance de estos dos últimos días! Todas han sido recubiertas con pintura roja indeleble. Básicamente, están arruinadas. Y como no serán reemplazadas hasta finales de semana, me encuentro con varias brechas de seguridad.

Ahora, dos sitios importantes de Mendake no estarán cubiertos por mi sistema de videovigilancia. La plaza del Totem, así como el terreno baldío que linda con la iglesia y donde se llevará a cabo la mayoría de las manifestaciones del pow-wow.

Más grave aún: el totem de la reserva fue vandalizado esta noche. Ha sido embadurnado con pinturas rojas, amarillas y azules. Dado que ninguna cámara grabó la infracción, mi equipo y yo no pudimos atrapar al culpable. Numerosos voluntarios se movilizaron para intentar limpiar el totem, pero las manchas son tenaces.

Cuando mi padre se enteró de la noticia esta mañana, fui la primera persona en quien descargó su ira. Estaba furioso por haber tenido que cancelar su reunión con los directivos de Loto-à-Québec. Según él, he minado su credibilidad y puesto en peligro su proyecto de establecer un casino en la reserva.

Parece que solo se acuerda de mi existencia para reprocharme mis fallos. Nunca oye hablar de mí en las ocasiones en que conjuro una amenaza o socorro a un administrado. Solo conoce mi número de móvil para regañarme. Entonces comprendo cuánto me detesta.

Probablemente me culpa de la partida de mi madre. Esa ingrata que me abandonó cuando tenía apenas seis meses. ¿Qué puedo hacer si mi padre se enamoró de una mujer sin honor, lo suficientemente indigna como para abandonar a su hijo?

—No hay que tener mucho en la cabeza para cometer un acto tan odioso —me dice Henri, mientras entramos al bar Mandella. Que se diviertan deteriorando cámaras de vigilancia, aún, pero un totem ritual… Apuesto a que el culpable no es de los nuestros.

Renuente a responderle, me dirijo directamente a las ventanas que dan a la plaza. Claramente tiene razón. ¿Qué habitante de Mendake sería lo suficientemente loco como para profanar un artefacto tan sagrado como el totem de los Wendats?

Llegado a las ventanas, me detengo en la mesa de Norbert y Georges. Como de costumbre, estos quincuagenarios ligeramente sobrepesados y con la frente despejada toman una cerveza, una vez terminado su trabajo en la recolección de basura. Mi adjunto y yo haremos lo mismo en cuanto termine de interrogarlos. Después de un día entero investigando el caso del totem sin obtener pruebas concluyentes, creo que bien merezco mi descanso cervecero.

—No hemos encontrado nada —me lanza Georges, el más moreno de los dos, antes incluso de que necesite preguntarle.

—Hemos revisado todos los contenedores de basura de la reserva —añade Norbert, que, con los labios cubiertos de espuma blanca, sorbe su Kwe. ¡Como nos pediste!

—No tiene sentido —interviene Henri detrás de mí. El o los grafiteros deberían haberse deshecho de las latas de pintura cerca de su delito.

—¡El o los grafiteros! ¿Han inspeccionado las alcantarillas y los callejones sin salida? —continúo, visiblemente molesto.

—Con los colegas, hemos recorrido todas las calles de Mendake —responde Georges. Y no ha dado resultado.

—¡No se lo han perdido! —exclama Norbert, girándose hacia las ventanas.

Lo imito y miro por las ventanas. Aunque no es día de mercado, la plaza está llena de gente. Numerosos curiosos se han congregado alrededor del totem pintarrajeado, que capta toda su atención. Entre ellos, reconozco a algunos miembros del Círculo de Sabios, incluido Alphonse. Con el pincel en mano, subido a una de las tres escaleras dispuestas alrededor del totem, este último repinta el águila en su cima. No distingo bien a quienes trabajan más abajo. Un poco alejado de la multitud, veo a mi padre, discutiendo intensamente con dos Jefes de familia: Marc Gros-René, encargado de la seguridad pública, y Lise Vacheron, responsable de la juventud. Tiene su cara de malos días.

—Iré a ayudarles a afinar los detalles cuando termine mi turno —nos dice Nicole, que se ha unido a nosotros.

—Eso es muy amable de tu parte —responde Henri, sonriendo ampliamente. Necesitaremos tus habilidades de pintora para restaurar este totem a su estado original.

Mecánicamente, doy una palmadita en el hombro a Nicole para agradecerle. Es reconfortante

poder contar con amigos como ella.

—Yo apuesto a que es una historia de venganza —aventura Georges. Tipos que nos odian, o algo por el estilo.

—Sea cual sea su motivo, lo pagarán —gruño entre dientes, antes de ir a sentarme a mi mesa habitual cerca del mostrador.

Aun así, podría tener razón. Muchos de nuestros vecinos envidian la prosperidad de Mendake. Piensan que se debe a la Ley sobre los Indios. Ciertamente, nos exime de pagar impuestos sobre la propiedad y los ingresos, siempre que vivamos y trabajemos en una reserva india. Además, nuestros bienes son inembargables. Pero toda moneda tiene su reverso: ningún banco quiere concedernos préstamos, ya que no podemos ofrecerles garantías hipotecarias. Solo podemos obtener créditos a través de nuestras propias instituciones financieras, como el RCA basado en Mendake.

Así, nuestros éxitos se deben solo a nosotros mismos. Nuestra cercanía con la ciudad de Quebec nos beneficia un poco, pero esa no es la única razón de nuestro éxito. Nuestro pueblo tiene sentido de los negocios. Tiene oro en las manos. ¿Sería posible que personas malintencionadas busquen hacernos daño? Si sabotearan nuestro pow-wow, las repercusiones serían terribles. Para la reserva, para mis administrados. Pero también para mi padre y para mí!

Todavía estoy reflexionando sobre la cuestión cuando Henri se une a mí en la mesa. En ese momento, la voz cristalina de Estelle me saca de mis pensamientos.

—Aquí tenéis vuestras cervezas, señores!

Coloca nuestras jarras frente a nosotros sin siquiera golpearlas contra la madera ni derramar una gota. Para ser novata, se las arregla bastante bien. Me pregunto dónde está Julie, que nunca pierde la oportunidad de venir a servirnos.

—Julie tiene el día libre —agrega Estelle, como si hubiera adivinado mis pensamientos.

—Un poco de novedad no nos vendrá mal —responde Henri. Sobre todo si viene de mano de una encantadora joven!

Picado por la amplia sonrisa que él le dirige, le doy un codazo en las costillas. ¡Para que se calme!

—He terminado mi turno, solo me queda cambiarme y estaré lista.

Con esas palabras, Estelle me lanza una mirada tímida. Asiento con la cabeza y tomo un primer sorbo intentando mantener la compostura. En realidad, la mirada insistente con la que Henri me observa me pone nervioso.

—¿Para ir a dónde? —pregunta, fingiendo inocencia.

—Christopher debe llevarme a la Casa de la Juventud. Tal vez no lo sepas, Henri, pero he propuesto montar un ballet para los jóvenes en el pow-wow.

—No deberíamos tardar, Estelle —me inmiscuyo. Tu taller de danza es en menos de media hora.

—Lo sé —suspira, rodando los ojos de una manera cómica. Espero que vaya mejor que ayer.

Inmediatamente, Henri suelta una carcajada que Estelle recibe con un gesto divertido. Su complicidad es francamente irritante.

—¡Cuéntanos! —le pregunta.

—Fue un desastre, pero Christopher te lo contará mejor que yo. Él asistió a la clase.

Ella clava sus ojos avellana en los míos. El problema es que estaba en medio de vaciar mi jarra. Estoy tan conmovido por la suavidad de su mirada que casi me atraganto y toso sin parar.

—¡Eh! ¡Quédate con nosotros! —me dice mi adjunto mientras me da palmadas en la espalda.

—La primera lección fue una toma de contacto con los alumnos —replico, una vez capaz de expresarme sin un gato en la garganta. Irá mejor la próxima vez.

—Lo dudo. Me enfrento a un grupo de adolescentes recalcitrantes —lamenta Estelle.

—Mi sobrina me dijo que se divirtió mucho ayer —interviene Henri, siempre dispuesto a meterse en lo que no le incumbe.

—¿Quién es? —le pregunta Estelle.

—Zoé, una morena de dieciséis años con ojos azules.

—¡Ah, sí! Sé exactamente quién es —responde ella, frunciendo los labios. Sus amigas y ella estaban muy inquietas.

¡Y tanto! Hacían tanto ruido que apenas se oía la música.

—¡Basta de hablar! —decreto, levantándome de la silla. Es hora de irnos.

—¡Oye, con calma! No hay que precipitar a nuestra joven amiga —protesta Henri reteniéndome por el brazo. Además, te recuerdo que tenemos una cita con tu padre. No puedes dejarme enfrentarlo solo.

—¿De qué tienes miedo? ¿Que te coma vivo? —me burlo, después de liberarme de su agarre. Explícale que hemos establecido rondas de vigilancia alrededor de los sitios sensibles de la reserva. Eso debería calmarlo.

La llegada inesperada de Nicole pone fin a nuestra discusión.

—No te preocupes, Estelle, voy a avisar a Martha de que te vas un poco más temprano. También creo que le gustaría que sus gemelos participaran en el baile de los jóvenes.

—¿Sus gemelos? —hace la interesada, mostrando una cara de consternación.

Esta noticia no parece alegrarla. ¡Y con razón! Los hijos de Martha son unos nerds adictos a los videojuegos. Verdaderos zánganos ambulantes. Bueno, no podemos negarle nada a quien gracias a ella todos podemos disfrutar de un buen rato alrededor de una cerveza o una comida caliente.

—Diles que estén listos —le digo a Nicole. Me voy en cinco minutos.

—Voy ahora mismo, Christopher —me lanza mi amiga, que ya se precipita hacia la cocina.

—Y yo, voy a cambiarme —rebota Estelle antes de despedirse.

—Si quieres, puedo ofrecerme para acompañarlos a la Casa de la Juventud —me propone Henri con aire malicioso, una vez las dos mujeres se han ido.

—¡Ocúpate de tus asuntos! —le espeto.

Esos asuntos llevan el nombre de Isabelle Sioui, con quien cerró trato desde la primera cita.

12

Estelle

Arena: *círculo central donde actúan los bailarines vestidos con su regalía (vestimenta de gala). Este lugar es consagrado antes del inicio de las celebraciones y permanece sagrado hasta que el pow-wow termina.*

¿Por qué tuve que hacerme la lista, esa noche? ¡Enseñar una coreografía a un grupo de adolescentes con acné es peor que intentar enseñar filosofía a los bailarines de mi compañía!

Cuando propuse montar un espectáculo para niños, pensé que me encontraría con adorables pequeños. Pero el comité organizador del pow-wow se opuso a que sujetos demasiado jóvenes actuaran en la arena, donde se llevan a cabo las demostraciones de baile.

Según Alphonse, quien vino en persona a explicarme lo que el comité esperaba de mí, la arena es un lugar sagrado reservado para bailarines adultos. De manera experimental, sus miembros, incluido él, aceptan que esté abierta a jóvenes cercanos a la mayoría de edad. Aquellos que se han ofrecido voluntarios para intentar la aventura tienen todos sus dientes y saben cómo usarlos. Ayer, pude comprobar su resistencia a la autoridad. ¡Me hicieron sufrir, los malditos! Ni una sola de mis propuestas les satisfizo.

Como si eso no fuera suficiente, estaba bajo estricta vigilancia. Recibí una buena decena de visitas de los miembros del comité organizador. Algunos solo pasaban. Otros se plantaban en un rincón de la sala y me observaban. Para colmo, Christopher asistió a mi desgracia. Un rictus enigmático no lo abandonó durante toda la sesión. ¿Se burlaba de mí? No lo sé. Sea como sea, estaba a punto de cometer un asesinato. ¡Pero hoy no! Hoy no será así. Tengo un plan a prueba de bombas.

Así que con la mente tranquila, me instalo en el asiento delantero del 4x4 de Christopher. El silencio de los gemelos sentados en la parte trasera del vehículo me da una pequeña idea del desafío que estoy a punto de enfrentar. Pero me gustan los desafíos. Me siento viva cuando las circunstancias me empujan a superarme.

En el camino a la Casa de los Jóvenes, guardo silencio. Christopher se esfuerza por llenarlo. Hace mil preguntas a los hijos de Martha, quienes le responden con onomatopeyas. Insiste especialmente en lo que implica su participación en las danzas rituales. Deber y honor: esos son los principios. Les enumera todo tipo de reglas que deberán seguir durante el pow-wow. Prohibido llevar gorra, tocar el alcohol, el smartphone o una pluma caída de un atuendo de gala.

Así aprendo que las plumas de águila tienen un carácter sagrado. Solo un veterano tiene derecho a recogerlas.

—Estas instrucciones también se aplican a ti —me dice, mientras aparca el coche en el estacionamiento de la Casa de los Jóvenes.

Estaba a punto de seguir a los gemelos, que habían salido precipitadamente del 4x4, pero su comentario me detiene. Me giro rápidamente hacia él con la intención de replicar. Mi mirada se lanza al asalto de la suya. Me mira con tal aire preocupado que abandono mi posición de ataque.

—Un pow-wow no es solo un espectáculo de baile. Para nosotros, es una ceremonia sagrada que debe llevarse a cabo con respeto a nuestras tradiciones —continúa.

—Alphonse y Nicole ya me han informado, estoy al tanto.

—Lo que significa que debes evitar la música de discoteca.

—Desde anteayer por la noche, he tenido la oportunidad de ver numerosos vídeos. Así que sé qué tipo de música es apropiada.

—Perfecto. Veamos si has escuchado lo que les he explicado a los gemelos. ¿Cómo entra un bailarín de pow-wow en la arena? —me pregunta de repente.

—Siempre desde el este, en dirección al sol.

—¿Qué zapatos debe llevar obligatoriamente?

—Mocasines. A propósito, los que tengo en el bar son demasiado estrechos. ¿Sabes dónde puedo comprar un par?

—Nicole te informará mejor que yo —objeta, haciendo un gesto con la mano. ¡Continuemos! ¿A qué rinden homenaje las danzas de pow-wow?

—Glorifican la cultura y la espiritualidad de nuestro pueblo.

—¿De qué manera?

—De muchas maneras diferentes. El bailarín puede imitar tanto los movimientos de los animales como los de los cazadores y guerreros. Es por eso que avanza lentamente, golpeando el suelo con sus pies y balanceando el cuerpo. Planeo usar figuras de street dance para modernizar todo esto.

—De eso nada, Estelle —corta él, frunciendo el ceño.

—¡Oh, por favor! Deja de ser un aguafiestas, Christopher. No es la primera vez que las danzas de pow-wow sufren modificaciones. Alphonse me contó que hace poco más de cien años, se

introdujo una coreografía que simulaba el esquivar balas de rifle en los pow-wow. ¡Hay que vivir con los tiempos!

Parece que lo he convencido, porque no insiste más. Sus ojos de un verde esmeralda me escudriñan con tal intensidad que me cuesta sostener su mirada.

—Ya ves, los pow-wow ya no tienen secretos para mí —le digo, intentando ocultar mi vergüenza.

—¡Admitido! Y ¿podemos saber con qué música harás bailar a nuestros jóvenes?

—He seleccionado varias. Como *Big Hands*, interpretada por Les Tambours du Bronx.

—¿Esos tipos sin camisa que golpean como locos los bidones?

—Sí. Es un grupo de percusión francés que, en mi opinión, está en armonía con el espíritu del pow-wow —me justifico, segura de mí misma.

—Demasiado cliché.

—Entonces podemos recurrir al solo de batería de *Moby Dick*, tocado por John Bonham.

—¿El John Bonham de Led Zeppelin?

—Él mismo.

—¡Demasiado mítico! —replica Christopher de inmediato.

—*Who Are You* del grupo The Who, con su pieza de batería endiablada. Es el tema de la serie CSI…

—Y es interpretada por Keith Moon, quien inspiró al baterista loco de The Muppet Show. ¡Demasiado grotesco!

—Keith Moon es todo menos grotesco. Es el…

Me interrumpo bruscamente, cansada de argumentar en vano. No deseo gastar mi energía innecesariamente. La reservo para seis adolescentes apáticos —no, de hecho ocho, contando a los hijos de Martha!

—¿Por qué no vas a dirigir el tráfico en un cruce o a salvar a un gato atrapado en un árbol, en lugar de entrometerte en mis asuntos? —protesto.

—Porque al primer paso en falso de tu parte, la culpa recaerá sobre nosotros dos. Estoy acostumbrado a que mi padre se ensañe conmigo. Ya no me afecta. Pero tú podrías no disfrutar de sus represalias.

—¿Tu padre… El Gran Jefe?

—Él mismo. Odia la mediocridad —frunce el ceño.

—Deberías saber, Christopher, que nunca he fallado en mi tarea. La danza es toda mi vida. Tengo la intención de montar este ballet, y lo haré sin errores.

—Te deseo éxito.

Negándome a polemizar más, salgo del vehículo y me dirijo a la sala de baile dentro de la Casa de los Jóvenes. Dicha sala ofrece un ambiente propicio para la expresión de mi arte. Suelo de madera, barras de trabajo, bancos, un espejo en toda una pared y equipo de sonido. También hay ocho adolescentes dispersos por los cuatro rincones de la habitación. Presiento que me van a dar guerra.

¡Ánimo, todo va a salir bien!

—Buenos días, jóvenes. O kwe, como decís vosotros. ¿Listos para nuestra segunda lección? —exclamo con un tono alegre, mostrando una amplia sonrisa. ¡Vamos, a motivarse! Todos en calcetines o descalzos.

¡Ninguna reacción! A mi izquierda, los gemelos siguen jugando en sus móviles. A mi derecha, una rubia pequeña no para de reír mientras un muchacho alto y de gran estatura le hace ojitos. Ya los había notado ayer, pasaron la sesión coqueteando. Cerca del espejo, cuatro chicas están en cuchicheo y me lanzan miradas poco amigables.

—Para empezar, voy a poner un poco de música.

—¡Espero que no sea la misma que ayer! —me reta Zoé, la morena de ojos azules. Casi nos dormimos.

—Será música pop latino. No es dancefloor, pero debería mantenerlos despiertos —agrego, dirigiéndome a Christopher que acaba de entrar en la sala.

—Buenos días a todos. Apuraos a hacerle caso a la señorita Duval y quitáos los zapatos, por favor —interviene él, cortando a una Zoé reticente. Y guardad vuestros móviles, no los necesitaréis.

¡Vaya! Parece que ha decidido apoyarme. Mientras los jóvenes obedecen, me acerco al rincón donde está instalado el equipo de sonido. A diferencia de ayer, que me llevó buenos diez minutos hacerlo funcionar, hoy lo enciendo en tiempo récord. Inserto la USB con la playlist que Nicole me ayudó a preparar. En cuanto suenan las primeras notas de música, se levantan gritos de protesta. Christopher, que se ha colocado al otro extremo de la sala, muestra una expresión contrariada.

—No os preocupéis, os pondré canciones más emocionantes cuando entremos en materia. Por

ahora, me gustaría que nos conociéramos mejor. Reunías en el centro de la sala. Vamos a formar un gran círculo.

Un silencio incómodo sigue a mi petición, y el aire parece congelarse. Los jóvenes se vuelven hacia Christopher, quien asiente con la cabeza. Inmediatamente, se forman en círculo.

—Perfecto. Vamos a presentarnos todos. Empezaré yo. Me llamo Estelle. Tengo veintiocho años. Soy francesa y ejerzo el maravilloso oficio de coreógrafa. También me gustaría que me tratéis de tú. ¡A ti! —digo señalando con la barbilla a mi vecina de la derecha.

—No es necesario. Aquí todos me conocen —me responde ella, adoptando un aire aburrido.

—¿Por qué no empezamos a bailar ya? —replantea Zoé con un tono áspero.

—Haced lo que Estelle os pide —interviene Christopher.

En el momento siguiente, los jóvenes van diciendo su nombre uno por uno. Así me entero de que todos son nacidos en Mendake, que tienen más de dieciséis años y que todas las chicas ya han practicado más de cuatro años de danza jazz. Por otro lado, los chicos nunca han tomado clases de baile.

—Bien. Ahora, los chicos y yo nos colocaremos dentro del círculo y formaremos un círculo más pequeño. Este círculo girará, lo que nos permitirá hacer un abrazo y luego un choque de manos a cada chica.

—El choque de manos está bien. Pero el abrazo es estúpido —suelta el muchacho alto y de gran estatura.

—¿Para qué sirve todo esto? —masculla uno de los gemelos.

—En un ballet, los bailarines están destinados a interactuar muy, muy de cerca —les explico calmadamente. Es primordial que se familiaricen unos con otros. Deben poder tocarse sin sentir vergüenza, ¿entiendes?

—No.

—Estamos perdiendo el tiempo —se queja Zoé, mientras sus compañeros miran hacia Christopher.

Creo que tengo un serio problema de autoridad. Y aunque me cueste admitirlo, tengo que reconocer que no saldré adelante sin ayuda externa.

—¡Christopher! —le llamo, fingiendo una perfecta tranquilidad. ¿Por qué no te unes a nosotros? Nos falta un chico para el círculo interior.

Si supieran lo que me cuesta admitir mi derrota. Además, dudo que le guste que le tutee como

si fuéramos los mejores amigos del mundo. Pero no tengo opción. Sin él, los jóvenes no me escucharán. Y si no logro crear una complicidad con ellos, jamás conseguiré montar este maldito ballet.

13

Christopher

Cabaña de sudar: *Tienda similar a un sauna donde reina un calor muy intenso. Se entra para comunicarse con el Gran Creador. Durante esta ceremonia bastante larga, se canta, se ora para prevenir enfermedades, curarse, purificar el cuerpo y el espíritu.*

—¡Christopher! ¿Por qué no te unes a nosotros? Nos falta un chico para el círculo interior —me dice Estelle.

A primera vista, esta solicitud parece un grito de auxilio, aunque me la hace con un tono despreocupado. Pero hay algo en esa familiaridad que suena falso.

Como tardo en responder, las miradas se intensifican. A través de los alegres tonos de la música latina, creo oír el aire chispear. La presión sobre mis hombros se intensifica. Los jóvenes esperan verme ratificar su negativa a cooperar; su profesora espera lo contrario. Está desesperada. Sabe que sus alumnos no colaborarán si no le brindo mi apoyo.

No puedo permitir que la sesión degenera como ayer. Si mi padre pasa por aquí y descubre que esta iniciativa es un fiasco, descargará su furia sobre mí. La verdad, eso me importa un bledo. Pero al ver con qué fervor Estelle defiende este proyecto de ballet, no puedo evitar admirar su valentía. Estos niños no le están haciendo las cosas fáciles, y, sin embargo, ella se mantiene firme. Cualquiera en su lugar ya habría tirado la toalla. Demuestra una determinación notable.

Creo que ha llegado el momento de entrar en el baile. Sin decir palabra, me quito los zapatos, la chaqueta y me remango las mangas de la camisa por encima de los codos. Luego me uno a Estelle en el centro del círculo.

—Gracias —me susurra, visiblemente aliviada.

—¡De nada! —respondo bruscamente, rehusando revelarle cuánto me afecta ese simple gesto de gratitud.

En el instante siguiente, los tres chicos se colocan a nuestro lado. Sigue la escena más desubicada, más extraña que jamás haya vivido. Yo, el jefe de policía de Mendake, el hombre más temido de esta reserva, me veo arrastrado a juegos infantiles. Así, comienzo a repartir abrazos y palmadas a todas las chicas del gran círculo. A petición de Estelle, repito la operación varias veces.

Con el tiempo, los abrazos se vuelven más amistosos, los juegos de manos se complican. Avanzamos a la pata coja, hacemos molinetes con los brazos, nos golpeamos en los muslos, en las manos, siguiendo secuencias cada vez más complicadas. Poco a poco, el ambiente se relaja, y sucede el milagro. Las carcajadas estallan. Incluso Zoé, la sobrina recalcitrante de Henri, logra soltarse. Me sorprendo riendo de las bromas que lanzan los gemelos. No lo parecen, pero son verdaderos payasos.

En cuanto a Estelle, muestra una expresión radiante que no le conocía. Es la primera vez que la veo tan feliz. Su buen humor ilumina su persona de una manera nueva. Su sonrisa radiante, sus ojos entrecerrados de alegría, sus trenzas que se agitan sobre su cabeza la hacen muy atractiva. Me pregunto cómo se verá con el cabello suelto.

—Ahora, vamos a hacer lo mismo entre miembros del mismo círculo —nos anuncia, justo cuando termino mi decimoquinta -o quizás vigésima- ronda de abrazos y palmadas.

—Entre chicos será menos divertido —se queja el chico de cuerpo de beisbolista.

—¡Duro con mis manos! Están hechas puré —agrega uno de los hijos de Martha en tono trágico-cómico.

—A mí me duelen los pies, no los siento —añade su hermano, igual de animado. ¡Creo que enviaré un Snap a mi madre para decirle que caliente el pegamento!

Mientras los gemelos simulan gestos de cojera, las chicas estallan en risas. Echo un vistazo a Estelle: sigue sonriendo ampliamente. La alegría triunfante que ilumina su rostro produce un extraño efecto en mí. Una inmensa ola de calor me sube al pecho y mi corazón se acelera. ¡Maldita música latina que me ablanda el cerebro! ¡Ya te enseñaré yo, con tus "Despacito" y tus "Quiero desnudarte a besos despacito"!

Deseando terminar cuanto antes este momento de debilidad, me apresuro a retomar mi papel de policía intransigente y vuelvo mi atención a los jóvenes. Las payasadas de los gemelos han provocado una risa prolongada que solo puede perjudicar el buen desarrollo de la clase. Por lo tanto, decido intervenir.

—¡Calmaos y escuchad a vuestra profesora! —ordeno con tono imperioso.

Inmediatamente, las risas cesan, lo que me proporciona un verdadero alivio. Nada como el orden y la autoridad para disipar los accesos de sentimentalismo. En el momento siguiente, las chicas se sitúan en un rincón de la sala, mientras los chicos, Estelle y yo ocupamos el extremo opuesto. Luego reiniciamos nuestras rondas de abrazos y palmadas.

Cada vez que me encuentro frente a Estelle, me siento extraño, como si hubiera bebido tres

jarras llenas de cerveza. Luchando por no caer bajo su encanto, no consigo evitarlo. Abrazarla me provoca escalofríos por todo el cuerpo. Empiezo a temblar cuando ella pone sus manos sobre mí. Definitivamente, tiene una sonrisa encantadora. Y su mirada… su mirada es tan tierna que me dan ganas de aullarle a la luna para que me devuelva la razón.

—Bien. Creo que podemos detener este ejercicio y pasar al baile —nos dice después de un rato. Voy a enseñarles algunos pasos que nos serán útiles para el ballet.

¡Salvado! —pienso mientras trato de recuperar una respiración normal.

—¿No elegimos la música? —pregunta Zoé con voz suavizada.

—No todavía. Primero debéis dominar algunas figuras básicas. Poneos por parejas, así podréis ayudaros entre vosotros.

No ha terminado de hablar cuando los murmullos vuelven a empezar. Ya se están formando parejas. Aprovecho para intentar retirarme, pero Estelle me retiene por el brazo. Su palma ardiente sobre mi piel envía lava a mis venas. Conteniendo la respiración, me quedo inmóvil. Sin embargo, evito mirarla.

—Quédate, Christopher. Te necesito para explicarles los pasos.

Sorprendido por su tono suplicante, me giro hacia ella. Mis ojos se fijan en los suyos, y recibo un golpe. Con la boca ligeramente abierta, permanece inmóvil y me observa con insistencia. La vida a nuestro alrededor se convierte en una sucesión de imágenes a cámara lenta. La música se atenúa. Apenas si oigo las risas y las conversaciones alrededor. Ni un parpadeo, ni un suspiro rompen este vínculo invisible que me une a su mirada. Esa mirada… Me habla. Me dice casi todo sobre ella. Esta mujer necesita a un hombre como yo. Ella aún no lo sabe, pero yo sí.

—¡Por favor! —termina susurrando.

Esas pocas palabras me atraviesan de parte a parte y terminan de romper mi coraza.

—De acuerdo —murmuro, fingiendo aceptar a regañadientes.

En realidad, cada extremo de mi cuerpo vibra de alegría.

—Relájate un poco. Estás todo tenso —me susurra al oído antes de dirigirse a los jóvenes. Vamos a comenzar con una figura de Krump.

—¿Qué es eso? ¿Una marca de detergente? —interviene uno de los gemelos.

—¡No! —se ríe una de las chicas. Es *street dance*.

—Correcto, el Krump nació hace unos quince años en las calles de los barrios pobres de Los Ángeles. Su objetivo era canalizar la ira de los jóvenes a través de desafíos de baile. Muchos

movimientos imitan escenas de combate, pero en realidad es una danza no violenta… ¡Todos frente al espejo! Mirad bien: Christopher y yo vamos a descomponerles la primera figura. Vamos a empezar separando las piernas a la anchura de las caderas, bajando los hombros…

Mientras continúa sus explicaciones, Estelle se coloca detrás de mí y me da ligeros golpes en las pantorrillas para que doble las rodillas. Luego agarra mis muñecas y me muestra cómo posicionarme. Puños levantados a la altura de la cara y una pierna retrasada. Después coloca sus pies contra los míos y da pequeños impulsos para obligarme a moverme.

La dejo manipularme como si fuera su marioneta. A lo largo de nuestros movimientos, la presión de su pecho contra mi espalda me tortura. Ardo por completo. El sudor moja mi camisa. Y me siento ridículo. El reflejo que me devuelve el espejo, además, no es muy halagador.

—Te manejas muy bien —me consuela Estelle, quien parece haber adivinado mis pensamientos.

—Quizás, pero no tengo intención de participar en el ballet.

—¡Eso se sobreentiende!

¡Y que no cuente conmigo mañana para ser su títere! El resto de la sesión transcurre como en una densa niebla. Mis seis sentidos siguen operativos, pero soy incapaz de ver más allá de Estelle. A través de sus comentarios, me entero de que los jóvenes se muestran diligentes. También se divierten mucho, ya que risas frecuentes llegan a mis oídos. Gracias a los ánimos de mi profesora, tengo la impresión de progresar. Me enredo mucho menos los pies, y mis movimientos son más fluidos.

Cuando la clase termina, la niebla que me envolvía finalmente se disipa. Mientras Estelle se aleja hacia el equipo de sonido, los jóvenes recogen sus cosas y abandonan la sala. Me quedo en medio de la habitación, con los brazos colgando, hasta que la música se detiene y escucho una voz familiar.

—Así que esto es a lo que te dedicas.

Mi padre, en todo su esplendor. Apoyado contra una pared, con los brazos cruzados, me mira severamente. Ignoro si ha estado aquí mucho tiempo, pero imagino que ha visto suficiente. Yo, en mangas de camisa, descalzo, con la frente sudorosa y probablemente con aire algo perdido. Me recupero rápido. Como cada vez que estoy en su presencia, enderezo los hombros y me coloco la máscara de indiferencia.

Desde muy joven, aprendí que no debía mostrarle mis debilidades. Siempre despreció las lágrimas y las quejas. Estoy a punto de lanzarle una réplica mordaz, pero la intervención de

Estelle me corta.

—¿A esto le llamas divertirte? —le espeta mientras avanza hacia él. Estamos trabajando en la danza de los jóvenes para el pow-wow.

—¿Qué danza de jóvenes? Nunca ha habido tal cosa en los pow-wow. ¿Y tú quién eres?

—Estelle Duval, francesa, coreógrafa y de paso por aquí. ¿Y tú?

Con las manos en las caderas, se planta frente a él. Debo admitir que no le falta valor. Mi padre la supera en altura. Con los años, se ha ensanchado. Su frente despejada y sus ojos oscuros le dan un aspecto aún más severo que en mis recuerdos de infancia. Sin embargo, Estelle no parece preocuparse. Reconozco que es un espectáculo gratificante. Todo lo que moleste a mi padre me complace. Sin embargo, no había previsto su reacción. En lugar de presentarse orgullosamente, como suele hacer, estalla en carcajadas.

—¡Ah! ¡Así que tú eres la que ha vuelto loco a mi hijo! —exclama, entre risas.

Abro la boca para protestar, porque si tal rumor se esparce por la reserva, estoy destinado a la cabaña de sudación. Pero Estelle me adelanta.

—Entonces, eres el padre de Christopher. El Gran Jefe.

—El mismo, en carne y hueso.

—Pues, no te felicito. ¡En cuanto a la cortesía, mejor ni hablar! Que sepas que no he vuelto loco a nadie, y mucho menos a tu hijo. Christopher es un policía íntegro que cumple escrupulosamente con su deber.

¿He oído bien? ¡Estelle me defiende! ¿Qué le pasa? No entiendo su súbito interés por mí. No tiene sentido. Y además, no necesito su ayuda para enfrentarme a mi padre. Picado, me uno a ellos.

—Ya veo, ya veo —responde mi padre, cuya mirada brillante oscila entre Estelle y yo.

—No te hagas ilusiones —le digo, exasperado por su pequeña sonrisa socarrona. Estoy aquí para supervisar que todo marche bien.

—Sí, claro. ¿Cómo vas con eso del tótem? No permitiré más actos de vandalismo en mi reserva.

—No te preocupes por eso, me encargo yo —replico secamente.

—Espero que así sea —suspira antes de volverse hacia Estelle. En cuanto a ti, pareces una persona inteligente. Por lo tanto, te confío la tarea de crear una danza para nuestros jóvenes que honre nuestra reserva.

—Me ocuparé de ello —responde Estelle, levantando el mentón. No te preocupes por eso, conozco mi oficio, señor…

—Sr. Gervais. Pero aquí todos me llaman Richard.

—Y a mí, puedes llamarme Estelle.

—Encantado de conocerte, Estelle. Te deseo una muy buena estancia en Mendake. Y no te dejes desestabilizar demasiado por mi hijo. Gruñe mucho, a menudo está de mal humor, pero no es malo.

Mientras le ofrece una amplia sonrisa, mi padre le extiende una mano que ella estrecha. No tengo nada en contra de que estos dos se entiendan. Sin embargo, si pudieran evitar hacerlo a mi costa, ¡me iría perfectamente!

14

Estelle

Cascada Kabir Kouba: *cascada de veintiocho metros de altura, ubicada en el río Akiawenrahk. Una leyenda cuenta que una serpiente que vivía en este río golpeó con fuerza su cola para poner fin a las rivalidades entre los ribereños. Este golpe de advertencia dio origen al cañón y a sus meandros.*

Martes 31 de julio

En unas horas comenzará mi trabajo en el Mandella. Y un día loco empezará. En este día de mercado, los clientes afluirán en masa al bar. Dado que Julie es perezosa y que a Nicole no le gusta atender en sala, tendré que esforzarme mucho.

Debo estar loca por haber accedido a tal arreglo, cuando debería estar descansando. No conozco a nadie lo suficientemente loco para ocupar sus vacaciones de esta manera. Pero, ¿qué pasaría si llamara a una grúa y, a pesar de mis problemas financieros, alquilara un coche y me fuera a ver las ballenas a Saguenay?

No puedo considerarlo. Por Nicole, cuya amistad me calienta el corazón. Por su familia, tan acogedora. Por Martha, embarazada hasta los dientes, y que no encontrará a otra camarera en mucho tiempo. ¿Cómo se las arreglaría sin mí? ¿Y qué decir de estos jóvenes que se alegran ante la idea de bailar en el pow-wow de su reserva? Si me fuera, tendrían que renunciar. Sin olvidar a Christopher, ese hombre que –admitámoslo– no me deja indiferente. Todo esto pesa mucho en la balanza en comparación con mis queridas vacaciones…

Me despierto un poco más temprano de lo habitual esta mañana. Aún no ha amanecido, pero no tengo ganas de volver a dormir. Sin embargo, sé que el desayuno no se servirá hasta dentro de dos buenas horas. ¿Por qué no voy a estirar las piernas?

Me apresuro a ponerme un traje de deporte y salgo de la casa. Afuera, una pálida claridad caída de un cielo lívido envuelve el barrio. Ninguna nube empaña su pureza. Hará buen tiempo y calor.

En lugar de subir la calle hacia la iglesia, dirijo mis pasos hacia el parque del Acantilado. Anoche, Nicole cumplió su promesa de mostrármelo y me llevó hasta la cascada Kabir Kouba. Nos encontramos con mucha gente –principalmente habitantes de Mendake. Algunos iban a bañarse, otros aprovechaban la frescura del lugar para pasear. A esta hora temprana, apuesto a que no habrá mucha gente.

Me adentro en el bosque que linda con la casa de Nicole. Pronto me doy cuenta de que soy la única que toma el sendero que baja hasta el río Akiawenrahk. Bajo el dosel de los grandes árboles, no veo muy claro. La mano en la barandilla de madera que marca el camino, me dejo guiar por el ruido uniforme de la cascada. A medida que me acerco, la penumbra se desvanece. Mi camino se ilumina con luces azuladas que el resplandor luminiscente de la cascada proyecta.

Pronto, llego al pie de la cascada. Allí reina un estruendo ensordecedor. Torrentes de agua caen desde lo alto del acantilado en un amplio velo chispeante de blancura. Se estrellan veinte metros más abajo sobre montones de rocas y engrosan el río. Finas gotas escapadas de la columna de agua espumosa salpican mi rostro. Es muy revitalizante.

Este trozo de naturaleza en estado puro me inspira tal sentimiento de libertad que, con los brazos levantados al cielo, giro sobre mí misma esbozando algunos pasos de baile. Y grito. Muy fuerte. Hasta quedarme sin voz. Giro como un trompo y grito para hacer eco al rugido de las aguas. Grito mi soledad, mis frustraciones. Grito mi rabia de ser solo Estelle, la chica a la que el Pepinillo dejó. La que nunca se parecerá al Espárrago. Si supieran cuánto bien hace soltarse y purificar la mente.

Llevada por un impulso de entusiasmo, continúo mi paseo por el sendero que sigue el río. Al igual que mi humor, la corriente termina por calmarse. Cuando llego a la altura de una gran poza, la superficie del agua se ha vuelto tranquila. Mi espíritu también. Todavía se oye el ruido de la cascada, pero ya no cubre el canto de los pájaros. Ni el sonido de una voz que conozco demasiado bien.

—Buenos días, Estelle.

De inmediato, mi ritmo cardíaco se acelera. Los ojos entrecerrados al máximo para atravesar la penumbra, giro la cabeza en todas direcciones antes de descubrir a Christopher, sumergido en la poza, el agua hasta el cuello. Nada hacia mí. Maquinalmente, me acerco al borde. Pequeñas olas vienen a chapotear a mis pies sobre un lecho de grandes guijarros.

—Buenos días, Christopher —replico, sin aliento, mientras ya no estamos a más que unos metros el uno del otro.

—Eres muy madrugadora.

—Si yo…

Me interrumpo de golpe al verlo levantarse y emerger de la poza. El agua le llega a las rodillas. Su piel mojada iluminada por las primeras luces del amanecer brilla con reflejos satinados. Está desnudo. Completamente desnudo. Con la boca abierta, observo su cuerpo liso y musculoso evitando detenerme en ciertas partes de su anatomía.

—¿Sin bañador? —le pregunto con voz ahogada.

—Siempre me baño desnudo.

—Entonces, ¡sin bañador! —repito estúpidamente.

—Así es.

¡Rápido! Encontrar algo inteligente que decir.

—Yo, siempre duermo desnuda —suelto de repente.

¡Vaya! He metido la pata. Mi comentario me hace encoger varios centímetros, tanto deseo hundirme bajo tierra. Tiene un efecto similar en Christopher, quien se sumerge de nuevo en el agua.

—Cada uno con sus manías —masculla. ¿Podrías pasarme mi toalla, por favor?

Al ver el trozo de tela de toalla que me señala, me apresuro a recogerlo y se lo extiendo. Sale del agua, lo agarra y se apresura a envolverse la cintura con él.

—Así que crees que soy un policía íntegro —suelta de repente.

Esas palabras las pronuncié ayer, al final de mi clase de baile. Estaban dirigidas a Richard, quien había empezado a menospreciar a su hijo. Como Christopher fija sus hermosos ojos verdes en mí, se forma un nudo en mi garganta, y tiemblo por todo el cuerpo. Aun así, logro asentir con la cabeza.

—Fue amable de tu parte —continúa. Cerraste la boca a mi padre, lo aprecié mucho.

—Vosotros dos no os lleváis muy bien.

—¡Eso es! Pero me importa un bledo.

—En tu lugar, estaría muy molesta. Mi familia se reduce a mis dos padres. No puedo permitirme estar mal con ellos.

—¿Solo ellos son tu familia? —se sorprende.

—No estoy sola, protesto, aunque soy consciente de decir medias verdades. Tengo amigos.

—¿Un novio o un prometido? —pregunta con un tono falsamente despreocupado.

—No tengo ninguno desde el viernes pasado. Se fue con una de las bailarinas de mi compañía.

Durante todo nuestro intercambio, Christopher se ha mantenido a distancia. Sin embargo, el aire crepitaba y todavía crepita a nuestro alrededor. Su perfume almizclado me ha acosado sin

descanso, como ayer cuando le enseñaba Krump y estábamos pegados el uno al otro. No puedo evitar pensar en el de El Pepinillo. Una mezcla de vetiver y cítricos con la que se rociaba todo el día. Nunca me había causado la languidez que siento en este momento.

—Lo siento —finalmente me dice Christopher.

Esa voz profunda. Esa mirada cautivadora… ¡Es demasiado! Cediento a un impulso de locura, me acerco a él, lo agarro por los hombros y lo tiro hacia mí. Me abraza, presiona sus labios contra los míos y me besa. Es la respuesta que esperaba. Profundizo su beso. Su respiración se acelera, mi corazón se desboca. De repente, un gran silencio nos envuelve. Incluso los pájaros dejan de cantar. Al menos, esa es mi impresión.

No estamos siendo razonables. ¡Hay que parar esto, y rápido! Pero es tan agradable sentir su calor difundiéndose en mí, deleitarme con su aroma embriagador, de…

—¡Aquí creo que hemos metido la pata! —masculla de repente, empujándome con fuerza.

Aturdida, abro los ojos. Christopher ha retrocedido varios pasos. Ya es un poco más de día que antes, de modo que puedo ver el rictus de ira que deforma su rostro.

—¿Qué te pasa? —le pregunto, asombrada.

—Esto va demasiado rápido —responde con voz agria.

Con eso, recoge sus cosas y se va corriendo.

Parte 3

Soy pobre y estoy desnudo, pero soy el Jefe de la nación.

No queremos riquezas, pero insistimos en educar correctamente a nuestros hijos.

Las riquezas no nos servirían de nada. No podríamos llevarlas con nosotros al otro mundo.

No queremos riquezas. Queremos paz y amor.

Nube Roja, jefe de los sioux oglala (1822-1909)

15

Estelle

Gran Manitú: *es el primero de los espíritus. Se le atribuye un gran poder. Habita el mundo superior, inaccesible para el mundo de los mortales. Por eso, todas las criaturas aladas son a menudo utilizadas como intermediarios entre los dos mundos*.

Martes 31 de julio

Y el premio a la mayor pavota se otorga a… ¡Estelle Duval! Por favor, no aplaudan. ¿Alguien me puede explicar qué diablos pasó por mi cabeza esta mañana? No es la primera vez que estoy cerca de hombres atractivos. Bueno, vale, admito que Christopher es increíblemente sexy. ¡Pero los bailarines de mi compañía no están nada mal!

Ya no recuerdo por qué quería besarlo. ¿Fue por su mirada penetrante, por mis chakras demasiado abiertos? ¿Quién sabe? El hecho es que me rechazó. Tal vez al señor no le gusten las mujeres demasiado atrevidas. ¡Qué imbécil!

Esta tarde, me refugié en la cocina inmediatamente después de su llegada al bar. No quiero acercarme más a él. Cambiando sus hábitos, vino a tomar una cerveza alrededor de las cuatro y media. Henri lo acompañaba. Dejé que Julie los atendiera. Por una vez, no se quejó de estar sola en la sala. Ya sería el colmo. No se esforzó mucho hoy al mediodía, mientras los clientes llegaban en masa…

—Apúrate, Estelle, Christopher te espera —me lanza Nicole.

La repentina irrupción de mi amiga en la cocina me saca de mis cavilaciones.

—Pero todavía no es hora —protesto, después de echar un vistazo al reloj de pared que marca las 16:50.

—Dame eso —interviene Martha quitándome la cuchara llena de mermelada de arándanos de las manos.

Intento recuperarla. Mientras sacude la cabeza, la esconde detrás de su espalda. Su vientre prominente forma una barrera infranqueable. Había ofrecido ayudarla a hacer tartas. Normalmente, Sophie se encarga de ello. Pero su ayudante de cocina, de edad más que avanzada, no vino a trabajar hoy. Por sus reumatismos.

—Primero tengo que terminar de verter el relleno —me quejo.

—Puedo terminar sola —insiste Martha.

—Christopher dice que tu clase se ha adelantado. Llegarás tarde si no te apuras —continúa Nicole con convicción. A propósito, ¿te molesta si asisto a la sesión?

¿Tarde? Se supone que estoy de vacaciones. Sería bueno no olvidarlo. Trago las palabras ásperas y me esfuerzo por sonreír.

—Eres bienvenida, Nicole. Verás, los jóvenes han asimilado bien las dos lecciones anteriores. ¿Verdad, chicos?

Me vuelvo hacia los hijos de Martha. Sentados en un rincón de la cocina, teclean como locos en sus móviles. Tan callados como siempre. Sigo sin poder recordar sus nombres. Y mucho menos diferenciarlos. Sin embargo, me parecen más simpáticos desde que los escuché bromear.

—¡Sí! Nos lo pasamos genial —suelta el gemelo nº 1, sin apartar la vista de su pantalla.

—Totalmente genial —aprueba su hermano.

¡Ah! Han encontrado su lengua.

—Está bien divertirse, pero también deben escuchar las enseñanzas de Estelle —les regaña Martha.

—Pero mamá, escuchamos todo —ronronea el gemelo nº 2.

—Sí, totalmente —se suma el gemelo nº 1. Ahora sabemos bailar Krump. ¿Verdad, Estelle?

Todas las miradas se dirigen a mí. Me apresuro a asentir.

—En efecto. Habéis sido muy aplicados.

—¡Ves! Eso es lo que decíamos —triunfa el gemelo nº 2 levantándose de su silla.

—Vamos, Estelle. Christopher nos espera —añade su hermano.

Bajo la mirada atónita de su madre, guardan sus móviles en el bolsillo trasero de sus pantalones y se dirigen directamente hacia la salida.

—Sí, sí, ya voy —gruño.

—¡Vaya! Has logrado un verdadero milagro —exclama Martha, con las manos en las caderas. No reconozco a mis chicos.

—Estelle es muy buena —interviene Nicole, mientras me regodeo de esta pequeña victoria sobre la adversidad. Alphonse pasó por el bar hace un rato. Dijo que estaba encantado con los progresos de ayer.

—Tengo ganas de ver el resultado final —responde Martha. Id, ambas. No hagáis esperar a Christopher.

¡Que le den a ese! —murmuro por lo bajo.

—¡Hola, gente! —lanza una voz grave detrás de mí.

Pego un brinco, sorprendida por la irrupción de Henri. Luce una sonrisa que muestra sus dientes blancos, en contraste con su piel morena. Su jovialidad es agradable de ver. Lo que sigue, un poco menos.

—¡Estelle! Christopher te espera en el coche con los gemelos. Si fuera tú, no me demoraría. Está especialmente gruñón.

Me hace un guiño que me hiela la sangre. A pesar del calor que hace aquí. ¡Maldición! ¿Sabrá lo de Christopher y yo? No me digan que todo Mendake está al tanto del beso fallido de esta mañana. Terriblemente avergonzada, balbuceo un "adiós" y, cabizbaja, salgo precipitadamente de la cocina. Nicole me sigue, así que nos encontramos solas en el vestuario.

Cada una por su lado, nos cambiamos. Mis mocasines demasiado pequeños fuera, mis dedos de los pies finalmente recuperan su libertad. Aprecio el silencio de mi amiga. Tal vez sospeche algo… ¡Tal vez no! En cualquier caso, el hecho de que tenga la decencia de no hablar de ello me ahorra molestias. Justo cuando estoy a punto de salir del vestuario, ella se lo piensa mejor.

—¿Estelle? —me llama, tirando de mi manga.

—¿Sí?

Preparándome para un bombardeo de preguntas, me enfrento a su mirada. Me examina con una expresión que me quita toda gana de atacar. Los rasgos de su rostro se han vuelto preocupados. Una arruga de inquietud surca de arriba abajo su frente pálida. No recordaba haber visto a mi madre mostrarme tanto interés.

—Si tienes la regla, puedo pedirle a mi abuela que te prepare una poción.

—¿Mi regla? No, no la tengo —respondo, aliviada de que mi aventura de esta mañana no haya sido el tema de conversación. ¿Qué te hace pensar eso?

—Pareces especialmente tensa.

—Es día de mercado. Hubo mucha gente. Pero mañana irá mejor.

—Es por Christopher, ¿verdad? —continúa, no convencida por mis explicaciones.

Hago una pausa. Ella también. Sus grandes ojos de ciervo me miran con una compasión inquietante.

—No, en absoluto —suelto, con la mandíbula apretada.

—No lo niegues. Todo el mundo ve que hay algo entre vosotros.

Bueno, no cuenten conmigo para contarle sobre la escena de esta mañana.

—¡Ah! Ahora que lo mencionas, se ofreció como conductor para llevarme a la Casa de los Jóvenes —eludo.

—Creo que le gustas. Solo tiene dificultades para expresar sus sentimientos. Sabes, la vida no ha sido fácil para él. Primero fue su madre, que lo abandonó. Conociste a su padre: no es muy cariñoso con su hijo. Luego, Christopher siempre se topó con las personas equivocadas. Pero contigo es diferente. No eres como esas mujeres que se enamoraron de él y lo hicieron sufrir.

—¿Y tú qué sabes? ¿Quién dice que no soy una bruja, llena de mí misma y egoísta?

—¡Lo sé! —responde Nicole con firmeza. Tu bondad está grabada en tu rostro.

No quiero seguir esta conversación más tiempo. Porque podría terminar decepcionándola. Ya no quiero ser la chica simpática a la que todos pisotean. Identificarme con los deseos y sufrimientos de la gente nunca me ha traído nada bueno. Intentar cumplir los unos y aliviar los otros, mucho menos. ¡Que todos los Pepinillos del mundo sigan su camino y me dejen en paz!

—¡Da igual! —suspiro. En menos de dos semanas, habré ganado el dinero para mis reparaciones. Recuperaré mi coche y me iré.

—Estás equivocada si crees que puedes controlarlo todo. Es el Gran Manitú quien decide nuestro destino.

Me encojo de hombros. El Gran Manitú no me impedirá irme de aquí cuando llegue el momento.

Seguida de cerca por Nicole, me apresuro a salir. Una vez afuera, dejamos atrás el lugar abarrotado de puestos y quioscos. El 4 x 4 de Christopher nos espera en una calle adyacente. Como Henri ocupa el asiento delantero, subimos a la parte trasera del vehículo. Nicole se sienta al lado de los gemelos, apretados contra la puerta derecha. Me acurruco contra la de izquierda, evitando así la mirada escrutadora de Christopher en el retrovisor.

—Veo cuatro personas en este asiento trasero, donde solo hay tres cinturones de seguridad —declara este último mientras golpea nerviosamente el volante. No podré arrancar.

—Y además, el del medio está roto —grita uno de los gemelos, tirando como loco de la correa sin lograr desenrollarla.

—Entonces tenemos un problema —insiste Christopher.

—¡OK, salgo! —exclamo, con la mano en la manija. Os seguiré a pie.

Un clic suena. Christopher acaba de bloquear mi puerta. Genial. Me espera una pequeña charla.

—No. No tú, Estelle —ruge. Nicole, lo siento mucho, pero voy a tener que pedirte que me esperes en la acera. Vuelvo a buscarte en un momento.

—Sí, claro, yo…

—Quédate, Nicole —la interrumpe Henri, antes de girarse hacia su amigo y jefe. ¡Tranquilo, Christopher! No pasa nada si no se abrochan los cinturones en la parte trasera.

—¡Este coche está diseñado para llevar cinco pasajeros, no seis!

—No te preocupes. No nos pasará nada. La Casa de los Jóvenes está a solo unos cientos de metros de aquí. Y el camino es seguro.

—La ley es la ley, Henri. Se aplica a todos. Como representantes de la ley, debemos dar el ejemplo.

—¡Relájate, Christopher! —protesta de nuevo Henri. Te prometo que nadie nos multará. Arranca ya. He oído que todos los Sabios asistirán a la clase de hoy. Incluso tu padre.

Mientras el 4 x 4 arranca bruscamente, una serie de juramentos sofocados le responde. Durante todo el trayecto, reina un silencio austero. Siento muchas miradas sobre mí. Las de mis compañeros de asiento. Las que Henri gira de vez en cuando hacia mí. Christopher se concentra en la carretera. Sin embargo, tengo la desagradable impresión de que le han crecido ojos en la espalda y que me están mirando.

Cuando el coche finalmente se detiene frente a la Casa de los Jóvenes, intento salir. Mi puerta sigue sin abrirse. En cambio, la de la derecha no está bloqueada. Espero pacientemente a que los gemelos y luego Nicole salgan para seguirlos. Pero cuando llega mi turno de bajar del 4 x 4, la mano de Christopher me agarra firmemente por el brazo.

—¡Quédate! —me pide en voz baja, antes de dirigirse en voz alta a los demás. ¡Id adelante! Os alcanzamos en un momento. Tengo algo que decirle a Estelle.

¡Vaya lío!

16

Christopher

Pipa de la paz: *pipa utilizada por los amerindios para fumar tabaco. La creencia popular quiere, erróneamente, que solo sirva para concluir la paz entre dos enemigos. En realidad, acompaña todos los actos importantes de la vida y permite curar los cuerpos y las almas.*

¡Por fin solos! Me cae muy bien Nicole. Henri es mi mejor amigo. Y encuentro a los hijos de Martha divertidos. Pero como aguafiestas, no hay quien les gane. Ni una sola vez he podido quedarme a solas con Estelle desde nuestro encuentro improvisado en la cascada. Quizás sea mejor así. El malentendido que se ha instalado entre nosotros me deja perplejo. Tengo la clara impresión de que las palabras no serán suficientes para disiparlo.

De todas formas, estaba demasiado ocupado gestionando urgencias como para desactivar la situación. Informes que redactar, la circulación en los alrededores del mercado que regular. Además, el plan de controles de carretera contra el alcohol al volante me ha dado muchos quebraderos de cabeza.

Como Lucky, el perro de los Sioui, había escapado otra vez y como Henri quería complacer a Isabelle, su nueva conquista, tuve que asignar a dos agentes de policía para buscar al bichón. El cual se instaló después en la comisaría. Pasó la mañana ladrando, mordiendo los pies de las sillas y orinando sobre los ficus en maceta. También hincó sus dientes en los pantalones de Marc Gros-René, el Jefe de familia a cargo de la seguridad pública. Era la primera vez que ese maldito perro me proporcionaba escalofríos placenteros.

Como vice-Gran Jefe de Mendake, Marc Gros-René es la mano derecha de mi padre. No lo soporto. Normalmente, viene a verme todos los días. Supuestamente por pura cortesía. En realidad, me vigila por cuenta de mi padre. Es aún peor desde que nuestro tótem ritual fue vandalizado. La frecuencia de sus visitas se ha duplicado. Quiere saber cómo evoluciona la investigación y si se ha hecho todo lo posible para atrapar a los culpables. ¿Por qué no me acompaña al baño mientras está en ello?

Antes de la llegada de Isabelle hacia el mediodía, me costó mucho concentrarme tanto estaba hirviendo de ira. Casi estrangulo a la señorita cuando me pidió que cuidara a su Lucky hasta la tarde. En el rotundo no que le di, puse todo mi rencor contra aquellos que creen tener ascendencia sobre mí. Como mi padre y sus secuaces. O esa bonita francesa caída del cielo como una estrella fugaz.

Afortunadamente, la tarde fue más tranquila. Las cámaras aún no habían sido reparadas, así que patrullé por la reserva. Al volante de mi 4 x 4. Henri me acompañaba. El bichón también, ya que mi torpe adjunto nunca ha sabido resistirse a los parpadeos de una damisela en apuros. Sin embargo, insistí en que cubriera el asiento trasero con plástico. Si hubiera podido también pegarle cinta adhesiva en la boca, habría tenido una paz real. Porque en la categoría de "molestos", ¡él se lleva la palma!

Durante toda nuestra ronda, me preguntó sobre Estelle. Inevitablemente, solté el grano. A saber, que habíamos intercambiado un beso furtivo en el parque del Acantilado. Inmediatamente, empezó a hacer castillos en el aire. Según él, acabaría casado antes del próximo año y me convertiría en el padre de tres encantadores niños.

Finalmente, fue la bola de pelos tumbada en el asiento trasero la que me salvó de un ataque de nervios. Cuando pasamos cerca de su casa, Lucky dejó de morder la correa de seguridad central y comenzó a aullar a muerte. Aproveché para acortar la conversación y devolver al bichón a su dueña. ¡Buenas noches!

Luego retomamos nuestra patrulla, y Henri volvió a charlar… charlar. Excepto que esta vez, su discurso se centró en Isabelle. Escuchándolo hablar sobre las aspiraciones de su novia, empecé a pensar en Estelle. Si bien es cierto que no sé mucho de ella, puedo afirmar que es muy diferente a las mujeres que han cruzado mi camino en el pasado. Todo lo contrario de esas trepadoras únicamente preocupadas por su carrera.

Para nosotros, los amerindios, ganar dinero no es el objetivo final a alcanzar. Subir los escalones de la pirámide social no tiene sentido. Nos consideramos elementos de un gran Todo. Íntimamente ligados al mundo de los espíritus y arraigados en nuestras tierras, mantenemos una relación estrecha con la naturaleza. En este sentido, aspiramos a una fraternidad universal. Es dentro de nuestra propia comunidad donde esta se expresa mejor.

Por supuesto, no somos tontos. Sabemos que para subsistir en esta sociedad occidental que nos ha sido impuesta, necesitamos dólares. Para construir nuestras casas, criar a nuestros hijos, llevar una existencia decente. Se acabó el tiempo en que vivíamos de la caza, la pesca y cultivábamos maíz, frijoles y calabazas. Así, muchos de nosotros acogemos favorablemente la instalación de un casino en la reserva. Si puede crear empleo, ¿por qué no?

Volviendo a Estelle, no encontré en ella ese carácter calculador y oportunista que tanto me repugna. No parece correr tras el dinero y la gloria. Su pasión por la danza parece prevalecer sobre cualquier consideración material.

Mientras Henri seguía con su charla, entendí que me había comportado muy mal con ella.

¡Necesitaba un regalo para disculparme! Nuestra conversación de la noche anterior volvió a mi memoria.

—Los mocasines que tengo en el bar son demasiado estrechos. ¿Dónde puedo comprar un par? —me había preguntado.

Sabía lo que tenía que hacer. Todo sucedió muy rápido. Fui a la fábrica de mocasines de Mendake y pretexté un asunto urgente para obligar a Henri a quedarse en el 4 x 4. Una vez en la tienda, llamé a Nicole, que me dio la talla de los zapatos de Estelle. Tan pronto como compré los mocasines, me apresuré a guardarlos en el maletero de mi coche, lejos de miradas curiosas. Por falta de intimidad, no pude dárselos a Estelle durante mi descanso para tomar cerveza ni en el camino a la Casa de los Jóvenes. Ahora que Estelle y yo estamos solos en el 4 x 4, pienso recuperar el tiempo perdido.

—Quédate —le susurro mientras la retengo por el brazo.

Ella no reacciona, pero la oigo suspirar de exasperación. Desde la acera, Henri, Nicole y los hijos de Martha me miran con curiosidad. Tengo que darme prisa en desactivar cualquier posible protesta.

—¡Id adelante! Os alcanzamos en un momento. Tengo algo que decirle a Estelle —añado antes de dirigirme de nuevo a mi pasajera. Cierra la puerta, por favor, y abróchate el cinturón.

Estelle vuelve a su lugar detrás de mí y se abrocha. No esperaba que obedeciera sin discutir. Me apresuro a arrancar. No puedo quedarme estacionado frente a la entrada, cuando los Sabios y mi padre podrían aparecer en cualquier momento.

—Deberías saber que mi clase va a empezar pronto —masculla Estelle, mientras conduzco rápidamente hacia un aparcamiento de almacén que sé que está desierto.

—Todavía no es la hora. Vamos con tiempo.

—¡Menudo escándalo para que me apurara! ¿A dónde me llevas?

El aparcamiento ya no está muy lejos, guardo silencio. En unos momentos, nos detendremos y ella obtendrá su respuesta. Pero al doblar la esquina de una calle, entiendo que no será tan pronto. Jóvenes en motocicleta están compitiendo en el aparcamiento. La semana pasada, los atrapé haciendo lo mismo en una carretera con mucho tráfico. Les di una buena reprimenda. ¡Buenos chicos! Han escuchado mis advertencias. Aquí, al menos, no arriesgarán sus vidas. En cuanto a mí, tendré que buscar un lugar más tranquilo.

—¡Eh! ¿Me oyes? —me grita Estelle, dándole una patada a mi asiento. ¿A dónde vamos?

—Necesitamos hablar —respondo con tono neutro, mientras me dirijo al cementerio.

—¿De qué? ¿De ese cinturón que no me puse antes? —se burla, con sorna.

Abro la boca para justificarme, pero un evento inesperado me obliga a cerrarla de inmediato. A menos de cien metros frente a mí, una anciana cruza la carretera mientras el semáforo para peatones está en rojo. Me tiro de los frenos. Mis neumáticos chirrían. Evito por poco la colisión y me detengo a unos metros de la infractora. Lo que no parece inmutarla, ya que sigue avanzando a paso lento.

—¡Vaya! ¡Aquí dan el permiso de conducir muy fácilmente! —exclama Estelle detrás de mí.

Su comentario burlón llega a mi corteza cerebral al mismo tiempo que se enciende la señal de alarma "prohibido cruzar". Tengo la opción de callarla o de llamar a la anciana con mi megáfono. No me habría venido mal su multa, ¡a esa! Opto por una tercera opción y vuelvo a arrancar.

—¡Ah, vale! ¡Hola, justicia! Si hubiera sido yo, me habrían multado una barbaridad.

¡Cállate, Christopher, o vas a perder los estribos! —me ordeno, con las manos crispadas en el volante.

De todos modos, el cementerio ya no está muy lejos. Solo una calle más y estamos allí.

—No, claro que no. ¡Qué tonto soy! ¡Habría acabado en prisión! —se ríe, cada vez más irritante. Sí, en prisión.

¿Busca pelea? No la tendrá. No responderé a la provocación simplemente porque no quiero sabotear mi plan de reconciliación.

—No tenemos prisión en Mendake —replico con una contención loable, dada mi tensión. Solo algunas celdas de desintoxicación en la comisaría.

Ah, por fin. El aparcamiento del cementerio está a la vista. ¡Desierto! Me estaciono a la sombra de un gran árbol y salgo a recuperar el par de mocasines del maletero. Dado que Estelle me ha calentado bastante, estaría más inclinado a lanzarle los zapatos a la cara.

¡Tranquilo, Christopher! Nada de reacciones primarias, por favor —me regaño.

La pipa de la paz no se enciende con las brasas de la ira. Abro la puerta trasera derecha y me siento en el interior del 4 x 4. Inmediatamente, Estelle se aleja al otro extremo del asiento, y nuestras miradas se encuentran. Sus ojos oscurecidos y sus labios apretados muestran claramente su hostilidad hacia mí.

—No te acerques a mí —escupe, con los brazos cruzados y apretados contra su pecho. Y no cuentes conmigo para repetir el error de esta mañana. No volverá a suceder, te lo prometo…

—¡Shh! Cállate y déjame hablar —la interrumpo, sacando mi bastón de hablar de un bolsillo de mi chaqueta para brandirla bajo su nariz.

—¿Puedo saber por qué debería someterme a tu estúpido juego?

—Porque quiero que escuches mis explicaciones hasta el final. Nos hemos malentendido.

—Tranquilo, entendí perfectamente tu mensaje —replica ella con aspereza, su boca torciéndose en un gesto despectivo. No te gustan las mujeres fáciles ni las que dan el primer paso.

—Te equivocas, Estelle.

—¿Ah sí? Entonces explícame por qué has sido tan desagradable. Parecía que disfrutabas de nuestro beso.

—De hecho, así fue. Pero nunca debería haber… —comienzo.

Como ella hace ademán de interrumpirme, levanto de nuevo mi bastón de hablar. Esta vez, ella obedece y guarda silencio.

—Nunca debería haberte rechazado esta mañana. Acepta mis disculpas, Estelle, así como esta muestra de mi profundo respeto.

Recupero los mocasines envueltos en papel de seda rojo que estaban detrás de mí y los coloco en el asiento entre nosotros. Estelle se queda un largo rato observándolos fijamente, un poco aturdida. Luego levanta la vista y me extiende una mano. Le devuelvo el bastón de hablar.

—¿Qué es esto? —me pregunta antes de devolverme la vara.

Su voz se ha vuelto ligeramente ronca.

—¡Vamos, ábrelo y verás! —le digo con aprehensión.

Mientras se muerde el labio inferior, deshace el paquete. Pasa varios minutos examinando los mocasines desde todos los ángulos. ¿Le gustarán? Los elegí de color beige. Una bordadura de perlas rojas y negras adorna la parte superior y representa un águila en vuelo.

—¿Te gustan?

Asiente con la cabeza y me sonríe. Su mirada brilla de gratitud. Me siento totalmente conmovido.

17

Estelle

Run Boy Run: *canción escrita e interpretada en 2012 por Woodkid (alias Yoann Lemoine, artista francés).*

Unos mocasines. Christopher me ha regalado unos mocasines. Es realmente adorable. Son mucho más bonitos que los que usamos en el Mandella. Y, además, son de mi talla. Si mi clase no estuviera a punto de empezar, no me cansaría de admirar estos pájaros rojos y negros con alas desplegadas y bordadas con finas perlas.

—Ahora que todo está claro entre nosotros, podemos irnos —concluye Christopher, quien se vuelve a sentar detrás de su volante.

No estoy segura de que nuestra situación se haya aclarado, pero puedo afirmar que mi enojo hacia él se ha calmado. Él arranca el coche. Durante todo el trayecto que nos lleva a la Casa de los Jóvenes, guardamos silencio. Él se concentra en la carretera. Yo sigo observando el silencio ya que no poseo el bastón de hablar. Finalmente, encuentro este pequeño trozo de madera muy práctico cuando no se tiene nada inteligente que decir.

«Gracias, pero no hacía falta!» —hubiera querido decir como agradecimiento.

Sin embargo, tal regalo me llena de alegría. Es exactamente lo que esperaba de Christopher sin haberme atrevido a admitirlo. Un gesto de amabilidad que rompe la mala impresión dejada por sus lamentables modales de esta mañana.

—¡Puntual como siempre! —exclama mi conductor, mientras nos detenemos frente a la Casa de los Jóvenes.

Con el freno de mano ya puesto, se acerca a abrirme la puerta y me ayuda a bajar del coche. ¡Qué caballerosidad!

—Puedes dejar los mocasines aquí. Los recuperarás cuando te lleve de vuelta a casa de Nicole —añade, con su mirada penetrante fijándose en la mía.

Sorprendida por tanta consideración, me pierdo en el verde de sus ojos. Mientras que hasta ahora había logrado controlar mis emociones, me sonrojo. El exceso de sangre que afluye a mi rostro inunda mi cerebro y levanta un torrente de preguntas.

¿Somos amigos? ¿Nos convertiremos en amantes? No quiero enamorarme. Cualquier

dependencia afectiva está fuera de cuestión. El Pepinillo, habiendo lastimado gravemente mi corazón, no quiero sufrir más. Pero tampoco deseo una relación efímera. Los rollos de una noche nunca han sido lo mío.

—¿Has perdido la lengua, Estelle?

—Es por el bastón de hablar… No lo tengo… —improvisé, avergonzada, mientras agitaba las manos sobre mi cabeza.

—Yo tampoco lo tengo. Lo guardé en mi bolsillo. El ejercicio ha terminado.

—¡Ah, sí! ¡Por supuesto! No lo sabía. Bueno, ¡allá voy!

—Te sigo.

Apurada por escapar de la intensidad de su mirada, me doy la vuelta. Él me sigue hasta la sala de baile. Allí me espera una gran sorpresa. Además de los jóvenes reunidos en el centro de la sala, una quincena de adultos ocupan los bancos pegados a las paredes. Nicole y Henri están de pie, apartados. Todos dejan de hablar cuando me ven en la puerta.

—No te intimides —me susurra Christopher al oído, mientras dudo en avanzar más.

—¿Qué hacen aquí? —replico en voz baja.

—Asistir a tu clase. A la izquierda del espejo, están los Sabios de la reserva. Ya conoces a Alphonse y François.

Miro en la dirección que indica. Seis hombres y dos mujeres, bastante mayores, me observan con una mirada amable. Entre ellos, reconozco efectivamente a Alphonse y al novio de Annie, la abuela de Nicole. Me saludan amigablemente con la mano.

—Enfrente están mi padre y los Jefes de familia de Mendake —continúa en voz baja Christopher. Adelante, entra, no te van a comer.

Cuatro hombres y otras tantas mujeres de unos cincuenta años están situados a ambos lados del Gran Jefe. Tienen una expresión seria, pero no parecen malintencionados. Sin embargo, el padre de Christopher impone con sus ojos oscuros, su amplia espalda y su mandíbula firme. Se levanta. De pie, es aún más imponente. Inmediatamente, me enderezo y me preparo para enfrentarlo. Porque la última vez que hablamos, nuestra conversación tuvo aires de combate de boxeo. Se acerca a mí. Mantengo su mirada severa todo el tiempo. No se parece mucho a su hijo, pero es tan alto como él. Tengo que levantar la barbilla para seguir mirándolo a los ojos.

—Buenos días, Estelle —me dice mientras me estrecha la mano.

Su apretón es firme y vigoroso. Este hombre tiene un carácter fuerte. ¡Un carácter de líder!

—Buenos días, Richard. Hay mucha gente hoy.

—De hecho, hemos venido en número para evaluar tu trabajo.

—Será excelente —interviene Christopher detrás de mí.

Aunque su comentario me desconcierta, no lo demuestro.

—Eso está por ver —le responde su padre.

Tomándolo por su palabra, voy a encender el sistema de sonido, cargo una nueva lista de reproducción y luego me uno al grupo de jóvenes. Hoy, están particularmente bien dispuestos hacia mí, ya que me saludan en coro. Les explico que dedicaremos la clase a formar los grupos y asignar los roles en el ballet. Me escuchan con atención. Nadie, ni siquiera Zoé, protesta cuando les anuncio que bailarán al ritmo de *Run Boy Run* de Woodkid.

Miro alrededor de la sala. Muchos asentimientos entre los Sabios acogen mi propuesta. Nicole, que me ayudó anoche a elegir la canción, levanta ambos pulgares. Henri me regala una de sus sonrisas más blancas que blancas. De pie a su derecha, con los brazos cruzados sobre su pecho, Christopher muestra una expresión impasible, pero no reprobatoria. ¡Debe ser mi día de suerte!

Por el lado de los Jefes de familia y del Gran Jefe, la adhesión es menos evidente. Incluso diría que la atmósfera es gélida. Pero eso no me afecta en lo más mínimo. Las reticencias de mis padres respecto a mi carrera como coreógrafa nunca lograron desestabilizarme. No será la desconfianza de completos desconocidos la que lo logre.

Rápidamente, vuelvo mi atención a mis alumnos. Comenzamos por calentar, antes de repasar las figuras de Krump aprendidas el día anterior. Agrego algunas nuevas e introduzco el Popping y el Locking. A través de movimientos bruscos, ya sea lentos o rápidos, estas técnicas de baile permiten simular los gestos de un robot, imitar un títere desarticulado, retorcerse como un gusano, retroceder en cámara lenta mientras se da la ilusión de avanzar como en el Moon Walk de Michael Jackson. Los gemelos resultan ser especialmente hábiles para este tipo de ejercicios, ya que complementan su actuación con una serie de gestos cómicos que hacen reír a las chicas.

Una vez impartida esta enseñanza, me dedico a formar los grupos. El que ocupará el centro del ballet se moverá en un registro guerrero. Simbolizará la batalla librada por los nativos americanos para conservar sus tierras y su derecho a cazar y pescar en ellas. Es por eso que elijo a Zoé y Kevin, el chico grande y de fuerte constitución. Además de tener un carácter combativo, son los mejores bailarines. Los grupos laterales asumirán el papel de las plagas que amenazan a los pueblos indígenas. Cada uno de ellos estará compuesto por dos chicas y uno de los gemelos.

Los últimos treinta minutos de la clase están dedicados a la presentación del ballet. Nicole se sitúa cerca del sistema de sonido para interrumpir la canción o volver a reproducirla, cada vez que se lo pida. Henri acepta filmar la escena con su teléfono móvil. El video nos servirá como herramienta de trabajo en los próximos días.

Por mi parte, asigno un lugar en la sala a mis alumnos y les explico que no podrán moverse de ahí hasta que no les asigne otro. Para que cada grupo sepa cuál es su papel en el ballet, bailaré algunas partes de la coreografía tres veces. No la interpretaré de un tirón, ya que tendré que reubicar a mis alumnos en la sala según la evolución del ballet.

—¡Música! —le grito a Nicole, colocándome entre Zoé y Kevin.

Un corto silencio sigue. La tensión es tan palpable en la sala que puedo oír el crujido de los nudillos y los carraspeos. No me impedirán concentrarme. Echo un vistazo rápido a Henri. Está filmando: ¡perfecto! Adopto la postura desarticulada de un zombi y me quedo inmóvil. Comienza *Run Boy Run*, entro en acción.

Cuatro tintineos de campana suenan: imito a una marioneta a la que se le cortan los hilos uno por uno.

—¡Todos los grupos deben hacer lo mismo! —grito, mientras me colapso en el suelo.

Inicio del primer verso:

> Run boy run! This world is not made for you.
> Run boy run! They’re trying to catch you.

Inmovilidad de los grupos laterales y figuras rápidas de Krump para el grupo central. Mientras avanzo, piso fuerte, boxeo el aire, ondulo el torso. Al terminar el segundo verso, lanzo un proyectil imaginario al grupo de la derecha.

—Es vuestro turno —comento mientras me uno a ellos.

> Run boy run! Running is a victory.

Realizo figuras estáticas de Krump y concluyo el tercer verso saltando como un jugador de balonmano que lanza a la portería del equipo contrario. Así lanzo el proyectil imaginario al grupo de la izquierda.

Run boy run! Beauty lays behind the hills.

Me apresuro a acercarme al grupo de la izquierda para mostrarles cómo deben bailar y vuelvo a agitar el aire, golpear el suelo con mis pies. Justo antes de terminar el estribillo, detengo la música para explicar a mis alumnos que Zoé chocará contra los miembros del grupo de la izquierda mientras Kevin la imita con los del grupo de la derecha.

La música se reanuda con un interludio rítmico. Tambores retumban y resuenan en toda la sala. Se organizan en dos series idénticas de ocho golpes rápidos, una pausa, seis golpes rápidos, una pausa, un golpe. Todos los bailarines deben contorsionarse al unísono. Contraigo, relajo mis músculos, cayendo cada vez más con cada golpe de tambor. Mis movimientos son bruscos, violentos. Como si fuera alcanzada por un tiroteo automático.

Estrofa siguiente: los bailarines del grupo central enfrentarán a los de los grupos laterales que se sumarán uno a uno a la secuencia a ejecutar. Actuarán en modo de pregunta-respuesta, un gesto llamando a otro.

Run boy run! The sun will be guiding you.
Run boy run! They're dying to stop you.
Run boy run! This race is a prophecy.
Run boy run! Break out from society.

Me esfuerzo en todos los sentidos para mostrarles cómo proceder. Uso puños, pies. Realizo torsiones del torso, piruetas, splits –tres de las chicas saben hacerlos.

Segundo interludio rítmico. Los bailarines son nuevamente derribados por ráfagas de ametralladora.

—Todos se acurrucan en el suelo, excepto Zoé que recogerá un palo para la siguiente secuencia —grito, mientras comienza el estribillo.

Tomorrow is another day.
And you won't have to hide away.
You'll be a man, boy!
But for now it's time to run, it's time to run!

Con un palo imaginario, golpeo el suelo, piso fuerte, grito y agito furiosamente la cabeza. Ejecuto varios saltos de mariposa. Durante el ballet, los chicos se unirán a Zoé con botes de basura en los que golpearán. Hacia el final del estribillo, las cuatro otras chicas cruzarán el círculo formado realizando saltos de ciervo y grandes jetés.

El interludio rítmico que sigue es más largo, encadenando cuatro series de ocho golpes, una pausa, seis golpes, una pausa, un golpe.

—Zoé y los chicos dejan palo y botes. Las cuatro chicas bailan en las dos primeras series.

Al decir esto, salto, giro sobre mí misma, caigo, reboto. Llega una estrofa. Le sigue un interludio. Ejecuto la coreografía en un estado cercano a la trance. La danza me lleva hacia cimas de emoción sin igual. Me trasciendo, olvido hasta mi nombre. Me lanzo al aire. Al instante siguiente, ruedo por el suelo. Mis brazos hacen todo tipo de arabescos, mientras que mis piernas se agitan en ritmo.

Durante los dos últimos estribillos, vuelo al son de los violines. Los tambores siguen golpeando, golpeando, golpeando. Bailo, bailo, bailo.

Terminada mi tercera y última interpretación, me derrumbo en el parqué.

Silencio.

Aplausos retumban. Provienen de Nicole y Henri que golpean sus manos lentamente. Entrecierro los ojos y poco a poco salgo de mi aturdimiento. Sentada en el suelo, en un gran espagat, asisto, atónita, a una escena improbable. Alphonse y François se levantan para aplaudirme. Acto seguido, los demás Sabios y los jóvenes hacen lo mismo. Los aplausos se aceleran y llenan mi corazón de alegría. Un "bravo" surge del lado de los Jefes de familia. Dos de ellos dejan su banco y se unen a la larga y cálida ovación. Sus colegas no tardan en imitarlos. No sé dónde meterme. Llega el turno del Gran Jefe quien, mientras aplaude, se acerca a mí con una amplia sonrisa en los labios.

Solo Christopher no ha reaccionado. Mantiene los brazos cruzados sobre su pecho. Su rostro sigue llevando una máscara rígida e impenetrable. Sus ojos clavados en mí arden. ¿De ira? ¿De exasperación? ¡O quizás de admiración! Lo dudo. Con mocasines o sin ellos, me importa un bledo. Llena de felicidad, me levanto y estrecho la mano que el Gran Jefe me tiende.

—Felicidades, Estelle. Nos has convencido —me dice con un tono jovial.

18

Christopher

Wampums: *perlas tubulares moradas y blancas hechas de conchas (buccinos y almejas). Siempre han tenido un valor considerable entre los pueblos indígenas del este de Canadá. Montadas en pulseras, collares o bufandas, sirven para confirmar lazos, pedir matrimonio, expiar un asesinato o pagar un rescate para liberar a prisioneros. Los cinturones se utilizan para validar tratados. Guardadas con cuidado, son soportes para la tradición oral.*

En el pasado, fueron utilizadas durante mucho tiempo como moneda de cambio en el comercio de pieles. En las colonias holandesas, donde faltaban las monedas metálicas, el wampum incluso fue adoptado como moneda legal. Así, en 1637, cuatro perlas valían un penique. Y una piel de castor costaba aproximadamente mil cuatrocientos wampums.

—Bravo… Magnífico… Fantástico…

¿Pero van a callarse todos? ¿Por qué aplauden como locos? Estoy lejos de compartir su entusiasmo. Estelle ciertamente bailó muy bien, pero de ahí a que se me salgan las lágrimas, ¡no hay que exagerar!

—Felicidades, Estelle. Nos has convencido —la felicita mi padre.

¡Que contenga su alegría! Y que le suelte la mano. No digo esto por los mocasines. Si se los regalé a Estelle, definitivamente no fue para marcar mi territorio. Solo quería disculparme por haber sido un poco brusco esta mañana. ¡Nada más!

¡Mentiroso! —grazna una voz en mi cabeza.

¿Pero qué se ha creído esa? No estoy mintiendo. Simplemente estoy diciendo verdades. Agradezco que Estelle se haya interesado en mí. No me es indiferente. Pero puede que estos ocho meses sin novia hayan oscurecido mi mente. Después de un desierto así, ¿cómo no creerse enamorado de este especimen exótico venido de Francia?

Sí, debo admitir que me dejé engañar por esta pequeña mujer tan diferente de las que he conocido antes. Erróneamente, le atribuí virtudes que probablemente no tiene. ¡Generosidad, altruismo, amabilidad! ¡Tonterías! Nadie es tan perfecto como para acumular todas estas cualidades. Además, encuentro bastante sospechoso el entusiasmo que ella despierta. Nicole la trata como a una hermana. Henri cumple todos sus deseos. Y ahora, mi padre le come de la mano.

¿Celoso?

¡Oh, cállate! Quienquiera que seas – tú, la voz que me molesta –, estás muy equivocado. No estoy celoso. Solo estoy cauteloso. La duda es parte integral de mi trabajo. Un buen policía nunca debe fiarse de las apariencias. Es tan fácil equivocarse sobre alguien cuando solo te fijas en sus ojos de cierva.

No, definitivamente nunca debería haber ido a la fábrica de mocasines. Un simple "Lo siento" habría sido suficiente. Escuchar demasiado a Henri y sus cursilerías sobre lo que les gusta a las mujeres te vuelve tonto. De hecho, mi subordinado debería prestar más atención a sus amistades. Su Isabelle y su bichón están enloqueciéndolo.

Es con una mente lúcida que asisto a la mayor farsa de todos los tiempos. Después de solo treinta minutos de piruetas de todo tipo, Estelle logró engañarlos a todos. Mi padre, conocido por su gran escepticismo sobre el valor de sus semejantes, la felicita calurosamente. ¡Inaudito!

Los Sabios y los Jefes de familia ahora forman un grupo compacto a su alrededor. Solo puedo ver el cráneo medio calvo de mi padre, pero lo escucho repartir sus ridículos cumplidos. Su "Bailas divinamente bien" me irrita. No va a echarle el guante, ¿verdad?

—Deja de preocuparte. No te la va a quitar, tu Estelle. Es demasiado joven para él.

Esta vez, no es mi pequeña voz interior la que me susurró estas palabras siniestras al oído, sino la de Henri. El codazo en las costillas que lo acompaña también es suyo.

—Pero si no me preocupo en absoluto, viejo —replico al instante.

—Por la cara que pones, uno podría pensar lo contrario.

—Mi cara está perfectamente bien. Y además, no es mi Estelle. Es libre de hacer lo que quiera.

—¿Ah sí? Se lo diré a mi primo Étienne. Le gusta ella —responde mi subordinado con un tono meloso.

Me giro rápidamente hacia él para fulminarlo con la mirada. Una mirada que vale por un "Ni lo intentes" estruendoso. Él sonríe, el tonto.

—¡Buena elección! —me lanza Marc Gros-René, antes de dirigirse rápidamente hacia la salida.

¿Cómo que "Buena elección"? No tengo tiempo de preguntarme más. Los otros Jefes de familia que le siguen asienten con la cabeza en señal de acuerdo. No me gustan mucho las sonrisas cómplices que me dirigen.

—Ya te había dicho que Estelle era muy fuerte. Los ha conquistado a todos —anuncia Nicole, que se nos ha unido. Henri, espero que hayas grabado todo, ¿verdad?

—¡Sin problema, ya está!

Los Sabios también se dispersan. Alphonse se detiene a mi altura para darme una palmadita en el hombro.

—Presiento que harán grandes cosas, los dos, para nuestra reserva —declara con tonos de predicador.

¿"Los dos"? ¡Eh, espera! ¡No empieces tú también!

—¿Nos vamos? —me pregunta Henri, mientras solo quedan Estelle y mi padre, inmersos en una charla secreta.

Desde que los miembros de ambos círculos han dejado la sala de baile, puedo verlos claramente, pero no escucho sus voces. Sus labios se mueven sin que ningún sonido llegue a mis oídos.

—Vayan a esperarme al coche. Los alcanzo en unos minutos —explico a Nicole y a Henri.

Extrañamente, mis compañeros no se hacen rogar para obedecer. Aprovecho su partida para acercarme a los dos conspiradores.

—Debo llevar a la señorita Duval a casa de Nicole —declaro, evitando mirar hacia Estelle.

Porque sospecho que no dejará de preguntarse por qué este "señorita Duval". Debe entender que, de ahora en adelante, debemos mantener nuestra distancia. Me gustaría que cesaran todas esas insinuaciones maliciosas sobre mi relación con ella.

—No es necesario, Estelle viene conmigo —replica mi padre.

Le hace un guiño que me deja helado en el sitio. Ella asiente. Me quedo sin palabras. ¿Qué están tramando estos dos?

—La llevaré a casa de Nicole al final de la noche —añade con una sonrisa cómplice hacia Estelle que me hace saltar.

—No irá a ningún lado. Se va a su casa —declaro.

—Vamos, vamos, Christopher. Deja de preocuparte por tu amiga. Nos ha demostrado que es sensata.

—¿Y a dónde la llevas, así?

—No tengo que darte explicaciones, hijo mío. Ve a descansar. Tienes mala cara.

¿Pero esto es un sueño o me ha despedido como a un despreciable? Con los puños apretados, los veo alejarse. Si Nicole y Henri no me esperaran en el coche, ya estaría en camino para seguirlos. Ahora estoy convencido de que nunca debería haber ido a la fábrica de mocasines. ¡Debería haberle regalado a Estelle un collar de Wampums!

19

Estelle

Naciones Indígenas de Quebec*: Quebec alberga 10 naciones amerindias y una nación inuit. Representan el 1 % de la población de Quebec y están distribuidas en 41 comunidades amerindias y 14 aldeas inuit. En cada comunidad, el poder local lo ejerce un consejo tribal. En el caso de los Hurones-Wendat, este consejo está formado por ocho Jefes de familia y el Gran Jefe.*

¡Vaya la cara que puso Christopher! No era nada bonito de ver. Su padre lo puso en su lugar como es debido, y no pude evitar sentir lástima por él. Por otro lado, se lo merecía. ¿Cómo se puede ser tan grosero? Es cierto que me regaló un par de mocasines, pero fue el único que no me aplaudió. No soy narcisista por naturaleza, pero me gusta que se reconozca mi trabajo. Al menos, podría haber hecho un esfuerzo. Ser educado, ofrecerme una sonrisa. No pedía más. Parece que me tenía rencor. ¿Pero por qué?

De todos modos, me da igual. Hoy, he ganado puntos. La confianza de los Sabios y de los Jefes de familia ahora es mía. Voy a disfrutar como una loca montando este ballet. La coreografía funciona, pude asegurarme de ello hace un rato. Todavía no la había probado, ya que esta creación es de anoche. Como le expliqué al padre de Christopher, mis alumnos estarán listos a tiempo para las festividades. Además de ser adorables, están llenos de buena voluntad. Así que se mostró tan entusiasta como podía.

Para él, los jóvenes representan el futuro de Mendake. Se preocupa por mantenerlos alejados de las amenazas y excesos que los acechan. Alcohol, desocupación, suicidios, adicciones de todo tipo, agresiones sexuales son algunos de los flagelos que golpean a la juventud de las comunidades indígenas demasiado aisladas. Debido a su proximidad con la ciudad de Quebec, Mendake está relativamente a salvo. Según Richard, la idea de hacer participar a adolescentes en el pow-wow, junto a bailarines experimentados, sorprenderá a más de uno ya que desafía las tradiciones. Pero solo puede valorar a estos jóvenes y ayudarlos a entrar en la edad adulta.

—Acomódate cómodamente. Y abróchate el cinturón de seguridad, de lo contrario, mi hijo bien podría arrestarnos —me dice Richard con una risita, mientras llegamos frente a su vehículo. Creo que lo he enfadado mucho.

—Sí, lo he visto.

—Se le pasará.

Si acepté seguir al padre de Christopher, hay una buena razón para ello. Me dio muy buena impresión. Después de elogiarme por mi trabajo, me invitó a cenar esta noche. ¡Con toda la decencia! Según él, es parte de sus funciones dar la bienvenida a los huéspedes distinguidos de Mendake. Y luego, no parece un psicópata. Es un hombre respetado por sus iguales. No sé a dónde me lleva, y no es mi costumbre confiar en desconocidos, por muy loables que sean. Sin embargo, en este caso específico, hay excepciones. Nada de lo que he vivido estos días es normal.

—Ahora que no hay oídos indiscretos cerca, puedo revelarte nuestro destino —declara, mientras tomamos un camino que sube hacia el norte. Quiero mostrarte lo que apasiona a mis administrados. Por lo que luchamos día a día.

Como no me atrevo a insistir, continúa.

—El sector Tourilli es nuestro pequeño orgullo. Está situado en la reserva faunística de las Laurentides, a media hora de aquí. Recuperamos su gestión hace unos treinta años. Es todo lo que nos queda de nuestros territorios ancestrales de caza y pesca.

—Sí, entiendo —replico de inmediato, feliz de que nuestra conversación se oriente hacia un tema que me ahorra largos discursos.

—Lo que debes entender sobre todo, es que el reconocimiento de nuestros derechos nos obliga a una lucha constante —continúa mientras se concentra en el camino. Nunca se da nada por sentado. El sector Tourilli es una prueba flagrante de ello. Durante la guerra de los Siete Años que enfrentó a británicos y franceses por la conquista de Quebec, mis ancestros apoyaron a sus compatriotas. Tras la caída de la ciudad de Quebec, acompañaron al ejército francés en retirada hacia la región de Montreal. Pero la ciudad de Montreal también estaba a punto de caer en manos de los ingleses. Así, el 5 de septiembre de 1760 – tres días antes de la capitulación de Montreal –, mis antepasados fueron a ver al general inglés James Murray. Se concluyó un tratado de paz. Nos pusimos bajo la protección de los británicos, y se nos concedió un salvoconducto para regresar a Mendake sin sufrir represalias. Así, este tratado nos garantizaba la libertad de comercio y el libre ejercicio de nuestras costumbres en los territorios que frecuentábamos en ese momento. A saber, Mendake y el sector Tourilli. Sin embargo, tuvimos que esperar hasta 1990 para que la Corte Suprema de Canadá nos reconociera el derecho a disponer del sector Tourilli a nuestro antojo y construir un campamento. Hasta el día de hoy, todavía hay gente en este país que disputa nuestro tratado.

—Ah, ¡vaya! No lo sabía. Soy francesa. Y solo llevo un año viviendo en Quebec. Todo esto

es bastante nuevo para mí. Estas cosas no se aprenden en nuestros libros de historia.

—Me imagino que Luis XIV y la corte de Versalles ocupan un lugar destacado. Por eso quería llevarte al sector Tourilli. Para que entiendas lo que significa pertenecer a nuestra comunidad.

Eh! ¿Debería aclararle que no tengo intención de quedarme para siempre en su reserva? ¡Definitivamente, no! Podría arruinar el ambiente. Pero realmente me gustaría saber quién pudo haberle metido tal idea en la cabeza. Espero que no sea por lo que pasó esta mañana entre Christopher y yo. Según Nicole, nada permanece en secreto por mucho tiempo en Mendake. Cruzo los dedos para que esté completamente equivocada.

El resto del viaje transcurre en un silencio monacal. Encantada de escapar a otra lección de historia, guardo silencio y observo el paisaje. El sol ya está bajo en el cielo, pero no parece tener prisa por ponerse. Esparce destellos dorados sobre los matices de verde que jalonan nuestro camino.

Mientras entramos en un denso bosque, me dejo llevar por el ronroneo del motor. Mi mente divaga, y me encuentro proyectada doscientos cincuenta años atrás. A una época donde estos lugares estaban llenos de soldados ingleses y franceses, de amerindios al servicio de unos y otros, de animales salvajes, de tramperos dispuestos a todo por su cuota de pieles. Se necesitaba mucho valor para aventurarse aquí.

Me saco de mis ensoñaciones cuando nos detenemos al borde de un gran lago, tranquilo como un espejo. Justo al lado del muelle de una cabaña de troncos.

—¡Aquí es! Aquí vamos a hacer un picnic. ¿Te gusta? —me pregunta el padre de Christopher.

—Oh, ¡sí! Es muy hermoso.

Y realmente lo pienso. La superficie del agua es tan lisa que los árboles circundantes se reflejan perfectamente en ella. Bajo del coche e inhalo profundamente. Un aire puro, cargado con el aroma de los pinos, llega a mis pulmones.

—Muchas especies crecen en este bosque. Arce, pino, abedul amarillo, tilo, roble rojo… Debes verlos vestirse de colores al final del verano. En invierno, es aún más mágico cuando la nieve lo cubre todo.

—¡Me lo imagino! —exclamo, encantada.

Mientras Richard abre el maletero de su coche para sacar dos bolsas y una nevera, presto atención. Unos golpeteos repetidos y lejanos llaman mi atención.

—Son castores los que escuchamos. Golpean la superficie del agua con su cola para advertir a

sus congéneres de un peligro. Pero no son los únicos que hacen ruido. Si tenemos un poco de suerte, oiremos aullar a los lobos.

—¿Ha… hay lobos? —balbuceo con aprensión.

—Sí. Lobos, pero también ciervos, osos negros, alces y pequeños animales. Venimos a menudo aquí a cazarlos.

—¡Pero eso es horrible!

—La caza y la pesca son parte de nuestra cultura. Las practicamos con el objetivo de alimentarnos. También hemos abierto el sector Tourilli al turismo construyendo viviendas como esta —dice, señalándome la cabaña con las contraventanas cerradas. La gente viene aquí para dedicarse a la pesca y a la caza deportiva. Pero no te preocupes, estas actividades recreativas están reguladas. Todo cazador debe poseer un permiso. No puede matar más de un oso al año.

Bueno, creo que me voy a callar. Tolerancia y comprensión, eso es lo que necesito. Porque nunca he soportado que se haga daño a los animales. Aún puedo aceptar que se cace para comer, pero cazar por el placer de matar me repugna profundamente.

Apartando de mi mente estos pensamientos nefastos, cojo la bolsa que el padre de Christopher me tiende y lo sigo al muelle que se adentra en el lago. Nos sentamos allí, con las piernas cruzadas. Mientras él enciende un espiral antimosquitos, coloco entre nosotros un mantel, un hornillo de gas, platos, así como los alimentos que componen nuestra comida. Cerveza india, salchichas de bisonte, mazorcas de maíz, pan bannock sin levadura y pastel de jarabe de arce.

Nuestro picnic comienza en silencio. No me atrevo a romperlo, por miedo a que la conversación se desvíe de nuevo hacia temas perturbadores. Poco a poco, el ambiente se relaja. El sol ha desaparecido detrás de la cumbre de los grandes árboles, y el cielo se ha vuelto lechoso, pero aún se ve perfectamente.

—Solía traer a mi exesposa aquí —me dice Richard, mientras comenzamos nuestro postre. A ella le encantaba este lugar.

—¿La madre de Christopher?

—No, mi exesposa…

Hace una pausa. Me quedo inmóvil, esperando la continuación. Sus ojos se han fijado en los míos, pero tengo la impresión de que no es a mí a quien miran. Incómoda, toso, lo que lo saca de su mutismo. Suelta un suspiro y se lanza.

—¿Sabes guardar un secreto, Estelle?

Todos los secretos que el Pepinillo me confió nunca pasaron mis labios. Nunca divulgué sus micosis en los pies y su vejiga demasiado pequeña. ¡El Espárrago los descubrirá bastante pronto!

—Sí, sé guardar secretos —replico de inmediato.

—Mi exesposa no es la madre de Christopher.

—¡Ah! —digo, intrigada.

—Christopher es un niño abandonado al nacer. Seguramente la desdichada víctima de un drama. Fue mi madre quien lo encontró detrás del altar de nuestra iglesia. Estaba envuelto en una sábana con su nombre bordado en ella. La persona que lo dejó con nosotros probablemente conocía nuestro sentido de la hospitalidad. Sabía que lo acogeríamos y que no terminaría en un orfanato. Mi madre de inmediato pensó en traérmelo. Para ser honesto, mi exesposa y yo no podíamos tener hijos… Yo no podía tener hijos.

Hace una pausa. Esta vez, es él quien parece avergonzado.

—Lo siento sinceramente —digo de corrido.

Eso es lo que se dice en estos casos, ¿no? No presta atención a mi comentario.

—Ese hijo, el Gran Manitú me lo envió. Lo deseaba con toda mi alma —añade después de un momento. Así que lo acogí en mi hogar. Pero mi pareja ya estaba al borde de la ruptura. La llegada de este bebé no arregló las cosas. Mi exesposa no lo quiso. Ella deseaba un hijo de su propia carne. Así que se fue. Nunca fue la madre de Christopher. Pocas personas lo saben. Me las arreglé para que todos creyeran lo contrario.

—¿Por qué se lo ocultó a su hijo?

—Cuando mi exesposa y yo nos separamos y ella volvió a vivir a Vancouver, Christopher solo tenía cinco meses y medio. ¡Intente explicar eso a un bebé! Los años pasaron, y nunca encontré el momento de hablarle de ello.

—Nunca es tarde para hacer lo correcto.

Como única respuesta, él encoge los hombros. Y yo, me quedo perpleja. ¿Por qué me ha contado todo esto?

20

Christopher

Rueda de Medicina: *También llamada "círculo de la vida", la rueda de medicina es, originalmente, un círculo sagrado dispuesto en el suelo con piedras. Es utilizada por los amerindios para obtener curación o tomar decisiones importantes. Actualmente, está simbolizada por un disco dividido en cuadrantes rojos, blancos, negros y amarillos. Cada uno de ellos está asociado a un punto cardinal, un elemento (viento, fuego, agua, tierra), una estación, un área (espiritual, mente, emocional, corporal), un remedio medicinal.*

Voy… no voy… Voy…

¡Paz! Voy. Hace más de dos horas que estoy esperando estúpidamente. Es hora de actuar. Esta noche, Estelle recibirá una visita. Y tendrá que explicarse.

No la he visto desde que siguió a mi padre a quién sabe dónde. Inmediatamente después de su partida, llevé a Henri y Nicole a sus casas. Luego regresé a mi casa donde he estado rumiando mis quejas contra todos los molestos del mundo. Mi padre encabezaba la lista. Estelle le seguía de cerca. En cuanto a ellos, solo podía imaginar lo peor.

¿Mi padre había decidido encontrar una nueva novia? Que yo sepa, todavía está con la directora de la escuela primaria Yarha. Pero tal vez fue Estelle quien lo atrapó en sus redes. Si realmente tenía la intención de descartarme y vengarse por mi falta de entusiasmo hacia sus talentos como bailarina, había caído muy bajo. ¡Y eso no iba a pasar así!

Me apresuré a cenar, luego fui a la iglesia detrás de la cual me escondí. Mi padre tendría que pasar por allí obligatoriamente para llevar a Estelle a casa. Llegó poco después de las once. Vi su coche dirigirse al callejón donde vive Nicole. Salía unos minutos más tarde. Podría haberme contentado con eso, pero quería asegurarme de que Estelle había entrado bien. Así que dejé mi 4x4 detrás de la iglesia y me deslicé por el oscuro callejón que lleva al parque del Acantilado y al final del cual se encuentra la casa de Nicole. Con la ayuda de la noche, nadie me vio.

¿Y luego, me dirán? Pues he esperado como un idiota. Sí, como un idiota. Porque no hay otro nombre para un tipo que se esconde bajo una ventana para vigilar el apagado de las luces.

Ahora que todas las luces están apagadas, estoy a punto de violar la ley e introducirme en una propiedad que no es la mía. Está mal. La violación de domicilio es un delito grave. Si estuviera en mi estado normal, me daría dos bofetadas y volvería corriendo a casa.

¡Pero aquí estoy! Necesito saber qué han estado tramando mi padre y Estelle juntos. Viajaron en el mismo coche. ¿Le hizo él el truco de la avería? ¿Se besaron? Me enfurece solo de pensarlo.

La mejor manera de saber más sobre su escapada de esta noche es preguntarle a la principal interesada. Así que, me acerco a la ventana del taller de Nicole. Mi amiga siempre la deja entreabierta en verano, por los olores de la pintura. Me deslizo hacia adentro con la plena conciencia de que merezco prisión. No es momento de preocuparse por eso. Me ajustaré cuentas a mí mismo más tarde. Primero, una cierta dama de ojos de ciervo me debe unas explicaciones.

Una vez dentro, enciendo la lámpara de mi móvil y avanzo con pasos sigilosos por el pasillo. Un silencio prometedor me indica que todos duermen. Sin embargo, redoblo la precaución para no hacer ruido. Y sobre todo para no despertar al horrible gato de Nicole. Así llego a la habitación de Estelle.

Después de tomar una profunda respiración, apago mi lámpara, abro la puerta que no está cerrada con llave, la cruzo, la cierro y me apoyo de espaldas al panel de madera. Todo eso sin exhalar. Con el corazón latiendo a toda prisa, permanezco inmóvil, esperando que mis ojos se acostumbren a la oscuridad. Un fino rayo de luz lunar se filtra tímidamente por la ventana, lo que finalmente me permite distinguir un conjunto de siluetas fácilmente identificables. Una cómoda, una cama y Estelle. ¿Está dormida?

Presto atención. El sonido de su respiración me llega. Ligero y regular. Como magnetizado por este pulso hipnótico, me acerco a ella. Al llegar al borde de su cama, me doy cuenta de lo loco que estoy. Sí, completamente loco. Obviamente, ella duerme. Sería imprudente despertarla. El edredón subido hasta el cuello, se ve tan inocente. Su rostro bañado por un rayo de luna se asemeja al de una santa. Nunca debería haber entrado en su habitación. Pero mientras pienso en esto, una visión maliciosa se impone en mí: ¡ella se ha deshecho de sus trenzas!

Veo claramente su cabello esparcido sobre su almohada. Una masa oscura que hace que su piel parezca casi diáfana. ¿Son tan suaves como en mis fantasías? Impaciente por verificarlo, me siento en el borde del colchón y coloco una mano sobre su cabello. Son a la vez gruesos y sedosos.

¡Perfecto! Ahora que he obtenido mi respuesta, solo me queda marcharme. Excepto que no puedo. Desde que los toqué, la savia del deseo ha subido en mí. Y un montón de descargas eléctricas recorren mi piel.

¡Vete, Christopher! ¡Y rápido! —me ordeno internamente, reprimiendo un gruñido de frustración.

De nuevo, es un fracaso total. En lugar de huir a toda prisa, permanezco clavado en el

colchón, dejándome envolver por el aroma embriagador de Estelle. Mi imaginación se desborda. Atrapo uno de sus mechones y lo acaricio ávidamente. Mi atracción por ella es tan fuerte que me desato con su cabello. Los peino, los aliso. Mis dedos se enredan en ellos. Probablemente tiré de ellos con demasiada fuerza, porque Estelle emite un pequeño gemido de molestia. Por miedo a despertarla, trato de quitar mi mano, pero, como esas lianas de las selvas, su cabello me retiene prisionero. Casi como si estuvieran vivos. Y tan hambrientos como yo.

—¿Qué…? —murmura Estelle, girándose hacia mí mientras parpadea lentamente.

Con los dedos aún atrapados en su cabello, me quedo inmóvil. Sus ojos se fijan en mí, pero realmente no me está viendo, ¿verdad? Si me mantengo discreto, se volverá a dormir y podré regresar a casa. ¡Como si nada hubiera pasado!

—Shh, duerme —replico en voz baja, ilusionándome erróneamente de que me escuchará.

Entonces, ella agarra mi muñeca y se levanta bruscamente. La sábana se desliza sobre su pecho, revelando un escote impresionante. Aparto la mirada.

—Christopher… ¿Eres tú?

—¿Estás… estás desnuda? —balbuceo, tragando saliva con dificultad.

—¡Por favor! No es manera de entrar en la casa de alguien mientras duerme.

—Lo sé.

Aunque ahora ha subido la sábana, todavía no ha soltado mi mano.

—Puedes irte, no te detengo —me dice, sin embargo.

—Me gustaría quedarme contigo… Por la noche.

—No sé si es razonable. Conociéndote, terminarías arrepintiéndote.

—No será como esta mañana, te lo prometo —afirmo, con la voz ahogada por la emoción.

—¿Estás seguro?

—¡Seguro y cierto!

—En ese caso…

Ella rodea mis hombros con sus brazos. La beso. Con ternura. Con delicadeza. No necesito el consejo de una rueda de medicina para saber qué debo hacer. Voy a hacerle el amor como a un dios.

21

Estelle

Debo estar soñando. No hay otra explicación para la presencia de Christopher en mi habitación. Cuando nos separamos hace un rato, no estábamos precisamente en buenos términos. Incluso creo que habría querido estrangularme si hubiera tenido la oportunidad. Y ahora, está aquí. En mis brazos.

Soy incapaz de decir cuánto tiempo hemos estado abrazados. Me parece una eternidad. Me siento feliz. Increíblemente feliz. Estoy flotando en una nube.

—Quizás deberías irte —sugiero, escuchando la voz de la razón. No estaría bien que te encontraran aquí.

—No tengo muchas ganas —me responde, apretando su abrazo. ¿Quién sabe si no desaparecerás… como todas las demás?

—Te aseguro que no —replico amablemente, después de darle un beso en la nariz. Puedes ser el peor de los pesados, pero me caes bien.

—No vas a hacerme creer que deseas continuar trabajando como camarera.

—No me disgusta. La gente es adorable conmigo. Considero a Martha y Nicole como amigas. Me necesitan en el bar. No puedo dejarlas tiradas. Tampoco puedo abandonar a mis jóvenes alumnos. Le prometí a tu padre que estarían listos para el pow-wow.

Como si una abeja lo hubiera picado, se endereza bruscamente sobre un codo y clava su mirada en la mía. Sus ojos lanzan chispas. ¡Ay! Tema altamente sensible. Debería haberme abstenido de hablar de Richard. Dado lo que he aprendido sobre su nacimiento, entiendo mejor las razones de su incomodidad. Todos esos secretos sobre su filiación han creado un clima de malentendido entre su padre y él.

—¿Así que eso es de lo que hablasteis antes? —gruñe entre dientes.

—De eso y de otras cosas.

—¿Y también puedo saber qué hicisteis juntos?

—Tu padre me llevó a vuestra reserva de caza…

—¿El sector Tourilli? —pregunta.

—Exactamente. Cenamos junto al lago…

—Espero que no te haya hecho propuestas indecentes, ¿verdad? —me interrumpe de nuevo.

—Por supuesto que no. ¿De dónde sacas esas ideas? Simplemente me contó la historia de tu gente.

—¿Nada más? —insiste con aire de sospecha.

—Nada más.

No le revelaré lo que he aprendido sobre sus orígenes. Aunque soy consciente de que esas revelaciones podrían ayudarlo a reconciliarse con su padre, debo guardar silencio. Prometí mantener el secreto.

—Me siento aliviado —dice recostándose de nuevo. Hablemos ahora del futuro. Si entiendo bien, te quedas en Mendake el tiempo necesario para pagar tus reparaciones.

—No, Christopher, estás equivocado. Me quedo en Mendake el tiempo necesario para montar el ballet de los jóvenes. También aprovecharé para seguir ayudando a Martha en el bar. Su ayudante de cocina sigue enferma.

Mientras me envuelve con una mirada llena de ternura, me atrae hacia él. Siento un escalofrío por todo mi cuerpo.

—No quiero que te vayas, Estelle —susurra.

Su boca está a solo unos centímetros de mi oreja, de modo que su aliento cálido me acaricia agradablemente.

—En diez días tendrá lugar el pow-wow. Será el momento de hacer balance. Mientras tanto, podríamos intentar conocernos mejor —le sugiero.

—¿Me estás proponiendo una relación temporal?

—Sí, una especie de período de prueba. Como aquellos a los que las jóvenes de Mendake sometían antiguamente a sus prometidos. ¿Qué te parece?

Parte 4

Que las estrellas ahuyenten tu tristeza,

Que las flores llenen tu corazón de belleza,

Que la esperanza seque definitivamente tus lágrimas,

Y que, por encima de todo, el silencio te haga fuerte.

Dan George, actor de Hollywood y Jefe de los Capilanos (1899-1981)

22

Christopher

Matrimonio entre los Hurones-Wendat: *tradicionalmente, era la joven quien elegía a su futuro esposo de otro clan que el suyo. Lo llevaba a la casa larga de su clan donde permanecía por un periodo de prueba. La unión se sellaba al nacer un hijo, pero ambos cónyuges siempre tenían la posibilidad de separarse. Si la prueba no era concluyente, el joven regresaba a su casa, y la joven se quedaba con los regalos.*

Viernes 3 de agosto

¡Vivamos felices, vivamos ocultos! Ese es el lema de la reserva. Nunca ha sido tan cierto como en este momento. Mantener una relación con Estelle sin que nadie se dé cuenta me exige un ingenio enorme.

De noche, nada más fácil que reunirme con ella en su habitación. Me quedo hasta el amanecer antes de regresar a casa, ducharme y comenzar mi servicio. Sin embargo, durante el día, me cuesta mucho no delatarme. Pienso en ella constantemente. Tanto es así, que siempre encuentro una excusa para aparecer en el bar de improviso. Y cuando asisto a sus clases de baile – no me he perdido ninguna –, debo estar alerta para no mirarla con ojos de carpa enamorada. Es tan hermosa, tan talentosa que me pregunto qué hombre podría resistírsele.

« ¡Estelle por siempre! » son palabras que me tatuaría con gusto si no estuviera sometido a este periodo de prueba. Diez días es a la vez demasiado largo y demasiado corto. En tan breve lapso, no es improbable que falle en demostrarle mi valía. A medida que pasan los días, su indecisión me irrita cada vez más. Para parecerle atractivo, debo esforzarme constantemente. ¿Por qué necesita tanto tiempo para aceptar lo obvio? Estamos hechos el uno para el otro. No tengo ninguna duda sobre esta verdad. Quiero hacer mi vida con ella. Ella es la mujer que necesito. Pero cada vez que le pido que se mude conmigo, encuentra la manera de cambiar de tema.

—Y eso es todo. Con estas nuevas cámaras, estamos tranquilos —dice Henri, mientras nos despedimos de los dos técnicos encargados del mantenimiento de nuestra red de vigilancia.

Al oír su voz alegre, vuelvo a la realidad. Llueva o haga sol, mi adjunto y amigo siempre mantiene su buen humor. Ayer, su Isabelle canceló su cita en el último momento, lo que no parece haberlo afectado. Si Estelle hubiera hecho lo mismo, todavía estaría peinando la ciudad en busca de un chivo expiatorio.

—Les ha llevado una semana cambiarlas —replico con irritación. ¡Once miserables cámaras!

Seis en la plaza del Tótem y cinco alrededor del terreno baldío detrás de la iglesia. Ese mismo terreno que acogerá el ruedo del pow-wow y en el que nos encontramos. Por ahora, solo se han erigido algunas tiendas. Los asientos del ruedo están en proceso de montaje. Ahora que los técnicos han terminado su trabajo y que las nuevas cámaras están operativas, solo queda esperar que podamos proteger el lugar de manera efectiva.

—Eres tú el que siempre se queja —se burla Henri, dándome una palmada en el hombro. Mira el lado positivo. No tendremos que patrullar día y noche. Así tendremos más tiempo para elaborar el plan de seguridad del pow-wow.

—Y tú eres demasiado optimista. Como siempre. ¿Quién te dice que los que dañaron las cámaras no lo volverán a hacer?

—Es mi naturaleza siempre ver el vaso medio lleno —me responde con ese tono ligero que tanto me exaspera. Si yo fuera tú, no me preocuparía demasiado. Los que hicieron eso no volverán a pisar nuestra reserva. Saben que corren un gran riesgo al venir a provocarnos.

Por el contrario, creo que aquellos que mancharon nuestro tótem ritual querían enviarnos un mensaje. Sea cual sea, no tiene nada de amistoso. Estoy convencido de que estos maleantes repetirán su fechoría tan pronto como tengan la oportunidad. Pero mejor no discutir con mi felizmente ignorante adjunto. No querría traumatizarlo. Sin decir una palabra más, nos dirigimos a mi 4x4 bajo el sol radiante de la tarde. Dejo que Henri tome el volante.

—Aún no son las 5. ¿Regresamos a la comisaría o vamos directamente al bar? —me pregunta, mientras gira la llave de contacto sin arrancar.

Sus ojos oscuros brillan con una malicia diabólica. Y su pregunta huele a trampa. De hecho, son solo las 4:10, demasiado temprano para ir a tomar una cerveza al Mandella. Henri lo sabe perfectamente. Pero supongo que quiere verme arrastrarme como un buen perrito a los pies de Estelle. No le daré ese placer.

—A la comisaría —digo con determinación.

—¿Estás seguro? Porque hace más de tres horas que no pasamos por el bar. Y está empezando a afectar negativamente a tu humor.

—No sé de qué hablas —le respondo secamente.

—Estás de mal humor.

—Siempre estoy de mal humor cuando te entrometes en mi vida privada. Ocúpate de tus asuntos. De hecho, ¿por qué no vamos a visitar a tu novia? Así podrías preguntarle por qué ella y

su bichón te dejaron plantado anoche.

Con movimientos calmados, Henri apaga el motor y se gira hacia mí. Una sonrisa todavía flota en sus labios, pero puedo decir que ya no tiene muchas ganas de bromear.

—Isabelle —suelta, después de sostener mi mirada sin parpadear durante varios segundos.

—¿Perdón?

—Mi novia… Se llama Isabelle. Y su bichón, Lucky.

—Gracias, pero ya lo sabía —respondo, gruñón. Entonces, ¿qué te parece si vamos a ver a Isabelle y le preguntamos?

—No me dejó plantado. Solo había olvidado su cita en la ciudad con sus amigas del gimnasio.

—¡Claro! ¡A quién quieres engañar! —me burlo.

—Porque tú sabes mucho sobre mujeres como para darme consejos, ¿verdad? Con Estelle, parece que no te va muy bien.

No soy el tipo de persona que comparte sus dudas e inquietudes con sus seres queridos. La intransigencia de mi padre al menos me enseñó una cosa: para inspirar respeto, nunca debes revelar tus sentimientos. Los quejicas solo atraen desprecio. Sin embargo, por alguna razón, de repente siento la necesidad de desahogarme. Mi relación con Estelle es tan diferente de las que he tenido en el pasado. Me avergüenza admitirlo, pero me siento un poco perdido.

—No quiere mudarse conmigo —me lamento amargamente.

—Dale tiempo, eventualmente aceptará. Te ama.

—Te equivocas. Solo se queda en Mendake para preparar el ballet de los jóvenes y ayudar en el bar. Después del pow-wow, se irá.

No he terminado de hablar cuando Henri levanta los ojos al cielo y exhala ruidosamente.

—No hay mejor policía que tú en todo Quebec. Eres inteligente, íntegro, eficaz. Pero en lo que respecta a las mujeres, eres un desastre. Abre los ojos, Christopher. Estelle está loca por ti.

—Ha establecido un periodo de prueba entre nosotros. Si no le satisfago en los próximos siete días, terminará nuestra relación. ¿Eso es lo que llamas "estar loca" por alguien? —objeto, más que escéptico.

—¡Qué terco eres! Te aseguro que está enamorada de ti. Varios lo pensamos.

—¿Varios? ¿Y cuántos son "varios", exactamente? —frunzo el ceño, con la desagradable sensación de haberme convertido en el centro de atención de la reserva.

—Isabelle, Nicole, su madre, su abuela, Alphonse, François, Martha…

—¡OK, OK! —interrumpo rápidamente. Puedes parar la lista.

Oficialmente, todo Mendake sabe sobre Estelle y yo.

—Entonces, ¿comisaría o bar? —me pregunta Henri con seriedad, la mano en la llave de contacto.

—El bar. Vamos, apúrate, arranca.

—A sus órdenes, jefe.

Con eso, nos dirigimos al Mandella. Entramos un poco antes de nuestra hora habitual. El lugar está prácticamente vacío.

Norbert y Georges toman una cerveza en su mesa cerca de las ventanas. Dos de sus colegas del servicio de recolección de basura los acompañan. Interrumpen su conversación para saludarnos. Detrás del mostrador, Nicole nos da un pequeño saludo amistoso antes de volver a sumergirse en sus cuentas. Al fondo del salón, veo a Vacheron y sus dos secuaces en plena discusión. Incluso a esta distancia, me resultan tan antipáticos como siempre. Escaneo el bar en busca de Estelle. Debe de estar ayudando a Martha.

Fingiendo despreocupación, me siento en mi mesa habitual. Henri ya está allí. Sin embargo, no quito los ojos de la puerta que comunica con la cocina. La cual no tarda en abrirse, revelando a Julie. Con paso indiferente, se dirige directamente hacia nosotros con una bandeja llena de jarras de cerveza.

—Hoy has sido extremadamente rápida —la felicita Henri, recibiendo su llegada con una amplia sonrisa.

—Siempre soy rápida —responde ella, con los labios apretados.

Coloca una jarra frente a él, junto con un tazón de cacahuetes, y luego gira sobre sí misma, pretendiendo irse.

—Falta una —protesta Henri, justo cuando estaba a punto de reclamar lo mío.

Como única respuesta, ella golpea una jarra sobre la mesa, salpicando mi pantalón en el proceso. ¿Qué le pasa? Acaba de arruinar mi uniforme de policía. No puedo quedarme así. Furioso, me levanto. Ella va a oírme. Demasiado tarde. Ya se ha escapado hacia las profundidades del salón con su bandeja.

—¡Ahí tienes a una que has decepcionado profundamente! —se burla mi adjunto.

—Sí, bueno, habrá que enseñarle respeto. Si ves a Estelle, dile que volveré enseguida.

Empujo mi silla y comienzo a rodear la mesa, pero Henri me detiene por el brazo.

—¿A dónde vas así? No vas a ponerle una multa, ¿verdad?

—No me faltarían ganas —murmuro. No, voy a lavar mi pantalón.

—Te tomas muchas molestias por nada. Con este calor, se secará rápidamente.

—En nuestro trabajo, el uniforme es una herramienta de trabajo. Al igual que un par de esposas o una Glock 19 —insisto, feliz de poder desahogarme con alguien. Gracias a él, somos capaces de encarnar la autoridad e imponer la ley. Siempre debe permanecer limpio. Deberías saberlo.

—¡Vaya! No hace falta que te alteres. Vete tranquilo. No tocaré tu cerveza y no hablaré con Estelle sobre tu pequeña escena doméstica con una de tus admiradoras.

—¡Vete al diablo!

Apurado por quitar la mancha que ensucia mi entrepierna, me dirijo al baño, tapándome mentalmente los oídos para no oír las risas de Henri. Apenas he humedecido la tela con agua cuando Estelle aparece.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta, señalando con la barbilla la parte superior de mi pantalón.

¡Genial! Solo faltaba ella para completar el cuadro. Odio encontrarme en una posición de debilidad. Y el espectáculo que le ofrezco no juega a mi favor.

23

Estelle

Régalia: *traje de aparato de los bailarines de pow-wow. Tiene un carácter sagrado. A menudo muy colorido, bordado, acompañado de perlas, plumas, collares o pulseras de hueso, refleja la pertenencia a un clan o un vínculo con un animal guía.*

Desde que Christopher entró en mi vida, pienso constantemente en él. No sé si el amor rige nuestra relación. Todo ha sucedido tan rápido entre nosotros que soy incapaz de desenredar el ovillo de mis sentimientos. Es demasiado pronto para sacar conclusiones. Sobre todo, debo proteger mi pequeño corazón.

Es por eso que impuse a Christopher una especie de período de prueba. Aunque su posesividad hacia mí tiene algo de halagador, no tengo ganas de comprometerme en una relación tóxica. ¿Quién me dice que no me dejará como un viejo calcetín cuando se canse de mí? ¿No es así como los hombres tienden a tratarme?

Sí, necesito pensar en el futuro. Pronto me iré. ¿Qué será de nosotros? Nuestros mundos son tan diferentes. Él es policía, yo soy coreógrafa. Él vive en Mendake, yo volveré a Francia tan pronto como termine mi contrato con mi compañía de danza. Porque no tengo intención de quedarme en Quebec, viendo al Pepinillo y al Espárrago acurrucarse.

—Ya es hora de ir —nos anuncia Gregory, después de guardar su móvil en el bolsillo.

—¡Qué pena! No he terminado mi partida —se queja Anthony.

—La danza es lo primero, hermanito.

¡Los gemelos! Me tomó tiempo saber quién era quién, pero ahora puedo diferenciarlos. Echo un vistazo al reloj de pared. Quedan buenos treinta minutos antes del final de mi turno.

—Hoy están muy apurados —replico con una sonrisa cómplice. Tendrán que esperar un poco. Todavía tengo que lavar los platos.

Alphonse planea traernos trajes, que dos de sus amigas han cosido. Se parecerán mucho a los regalías de los bailarines de pow-wow, sin serlo realmente. De hecho, ninguna pluma de águila los adornará, ya que están reservadas para los veteranos. Imagino que Gregory está ansioso por probar el suyo.

—No puedes recibir los trajes con esa ropa —me dice Martha, que parece haber adivinado

mis pensamientos. Ve a cambiarte, yo terminaré sola.

—Me niego a dejarte con todo este trabajo —protesto, señalando la pila de vasos y platos sucios en el fregadero.

—No te preocupes por mí, Estelle. Pediré a Julie que te reemplace.

—Ella está sirviendo en la sala.

—Entonces, Gregory y Anthony me ayudarán. ¿Verdad, chicos?

—Sin problema. Somos unos ases de la limpieza —se jacta Gregory.

Animada por los asentimientos de los gemelos y el aire sereno de su madre, salgo de la cocina. Una vez en la sala, soy recibida por la sonrisa amable de Nicole. Desde hace algunos días, ya no necesitamos hablar para entendernos. Nos hemos convertido en verdaderas amigas. Ella lanza una mirada hacia la mesa asignada a Christopher. Yo la imito. Henri ya está sentado allí y me saluda con un gesto de cabeza. Dos jarras de cerveza están dispuestas frente a él, pero Christopher no está a su lado.

—Fue al baño —susurra Nicole, que ha seguido mi razonamiento. Deberías ir a verlo. Creo que tiene un problema con su uniforme.

Sin hacerme más preguntas, me apresuro hacia los baños de hombres. Allí encuentro efectivamente a Christopher rociando generosamente la parte superior de su pantalón.

—¿Qué te ha pasado? —me apuro en preguntarle.

—Cerveza… en mi uniforme.

Se ve de mal humor.

—Puedo ayudarte a limpiarlo si quieres.

—No, está bien —gruñe, sin dejar de rociarse.

Si tuviera un poco de sentido común, saldría de aquí de inmediato y me dirigiría a los vestuarios para cambiarme. Porque no tengo ninguna gana de que nos sorprendan juntos. Ni Christopher ni yo queremos que nuestra relación se haga pública. Pero su falta de destreza despierta en mí unos instintos maternales insospechados.

—Déjame hacer —decreto con tono autoritario. Arreglaré esto.

Inmediatamente, cierro el grifo, tomo un poco de jabón del dispensador de pared y lo aplico sobre la tela húmeda.

—Estelle, detén eso inmediatamente.

Con esas palabras pronunciadas con firmeza, intenta apartarme, pero no cedo.

—No te preocupes, Christopher, estoy acostumbrada. Me apuraré, y verás: tu uniforme quedará como nuevo.

Mientras me arrodillo frente a él, comienzo a frotar vigorosamente la tela para que el jabón penetre. Esta escena ya la he vivido más de cien veces. No es raro que derrame alimentos sobre mi ropa. Entonces, tengo que correr al fregadero más cercano para quitar la mancha. Afortunadamente, la que mancha el pantalón de Christopher no es muy persistente. No debería tener problemas para eliminarla.

—Estelle, detente ya y sal de los baños para hombres —se irrita.

—¡Listo! Casi he terminado. Solo queda enjuagar y…

Un chirrido de puerta resuena, y mi frase queda en suspenso. Al mismo tiempo que Christopher se sobresalta, yo salto a mis pies. Denis Vacheron está en el umbral de los baños y nos mira con una luz burlona en los ojos.

No me gusta mucho este hombre. Dotado de una buena presencia, juega mucho con ella y se da aires de superioridad. A menudo viene a comer o tomar una cerveza al bar con sus dos secuaces. Cada vez que me toca servirles, aprieto los dientes para no reaccionar a sus bromas insulsas.

—¿Interrumpo? —pregunta, levantando una ceja.

—El comisario Gervais tenía una mancha de cerveza en su pantalón. Solo estaba ayudando a… —empiezo a decir de corrido, roja de vergüenza, antes de ser interrumpida por un Christopher pálido de ira.

—La señorita Duval me asistía en el ejercicio de mis funciones. Eso es todo.

—Ya veo —responde Denis Vacheron con voz arrastrada, deslizando una mirada cáustica hacia las piernas de Christopher.

—No hay nada más que añadir.

Entendiendo que ese comentario también me va dirigido, me callo. Un silencio incómodo sigue. En un ambiente cargado, los dos hombres se miden con la mirada. Yo mantengo los ojos bajos. ¡Qué mal me siento!

—No hay problema —finalmente dice Denis Vacheron. Los dejaré terminar sus asuntillos. Volveré más tarde.

—No tenemos asuntillos —ruge Christopher, furioso.

Pero su interlocutor ya está lejos.

—Bueno, creo que también me iré —empiezo, dando algunos pasos hacia la puerta.

—¡Espera! —me llama Christopher.

—No puedo quedarme. Es demasiado arriesgado. Podrían murmurar sobre nosotros dos si otras personas nos descubrieran solos aquí.

—¿Porque te imaginas que ese idiota se va a contener de contar lo que vio?

—No estábamos haciendo nada malo —me indigno, ofendida por su expresión de disgusto.

—Estabas arrodillada frente a mí, Estelle. Las manos en la parte superior de mi pantalón. No necesito dibujártelo.

—¿Por qué te importa tanto la opinión de los demás? Después de todo, si fueras tan feliz de estar conmigo como dices, no te avergonzarías de nuestra relación.

—No tiene nada que ver contigo, Estelle —replica secamente. No puedes entenderlo, no eres de aquí.

—Entonces, explícame.

Suspira exasperado. El verde de sus ojos se vuelve aún más brillante.

—Mis conciudadanos me consideran un fracasado en cuestiones de mujeres. Tan pronto como se corra la voz de que estamos juntos, comenzarán las apuestas para determinar cuándo me dejarás. Porque siempre así es como terminan mis aventuras amorosas. No quiero darles la razón. No quiero que te vayas. ¿Entiendes?

Asiento con la cabeza, sin saber qué decir.

—Porque te irás, ¿verdad? —añade.

Asiento de nuevo sin decir nada. ¿Para qué negarlo? Nunca le oculté que tenía la intención de seguir mi camino una vez terminado el pow-wow.

—Eso pensaba…

Al oírlo suspirar de nuevo, siento un nudo en la garganta y salgo corriendo.

24

Christopher

El pájaro del trueno: *es una criatura mágica importante en la mitología de los nativos americanos del noroeste. Representa tanto el peligro como la belleza de la naturaleza. Trae el rayo y el granizo, y no deja detrás de él más que muerte y desolación. Sin embargo, también trae la lluvia indispensable para los cultivos y los hombres. El batir de sus enormes alas es responsable del rugido del trueno, mientras que sus penetrantes ojos escupen relámpagos.*

No visitaré a Estelle esta noche. Su negativa a quedarse en Mendake obviamente no tiene nada que ver. No soy un idiota, sé que pronto me dejará. Este período de prueba que me impuso es un engaño. Un truco que le permite esquivar.

No, no intentaré vengarme de nada. De todos modos, las mujeres que cruzan mi camino siempre terminan yéndose. ¿Qué se supone que debo hacer?

Es solo que el deber me llama. La llamada que acabo de recibir es muy preocupante. Viene de Charles, uno de mis operadores de televigilancia. Me informa que se ha perpetrado un vandalismo en el terreno baldío donde se celebrará el pow-wow.

Estaría tentado de ir rápidamente al lugar. Pero dos de mis agentes ya están allí. No lograron atrapar al individuo que roció una bomba de pintura roja sobre las tiendas. Tal vez sean más hábiles para recoger pistas.

Según el operador, las nuevas cámaras grabaron la escena. Curioso por ver cómo es nuestro delincuente, me apresuro a la comisaría. La encuentro desierta. No hay ni un solo policía alrededor. Sorprendido tanto como irritado por estos abandonos de puesto, recorro las oficinas - todas igual de vacías - antes de entrar en la pequeña sala de televigilancia. Entonces entiendo el porqué del asunto.

Aglomerados alrededor de un pupitre, con el rostro bañado por luces azuladas, los tres agentes de guardia esta noche parecen hipnotizados por las pantallas de control. Henri también está presente y no parece estar en mejor estado que ellos.

—Ven a ver esto inmediatamente! —me dice, al notarme.

Inmediatamente, los dos sargentos encargados de la recepción se desvanecen, avergonzados. Una vez frente al pupitre, puedo ver con mis propios ojos al culpable en plena acción. La cabeza cubierta por una capucha bajada, aparece en dos pantallas. Una primera cámara lo muestra de

espaldas. En la oscuridad de la noche, se vislumbra su silueta fugaz, casi fantasmal, ocupada en rociar una tienda con pintura en spray. La segunda cámara lo presenta de perfil y un poco más cerca. Como su ropa lo cubre por completo, ningún signo distintivo nos permite identificarlo.

Al igual que mis hombres, me dejo hipnotizar por este espectáculo malsano de degradación. La escena se repite en bucle en las dos pantallas. Comenzamos viendo al infractor deteriorar varias tiendas. No parece notar que está siendo filmado, ya que se toma todo su tiempo. No puedo evitar apretar los puños y rechinar los dientes mientras lo veo empeñarse en el Arbour, esa tienda destinada a los tambores del pow-wow. Ese bastardo no se saldrá con la suya. La llegada de los dos policías enviados al lugar lo hace huir, lo que pone fin a la secuencia.

Observo la escena un número incalculable de veces. Una y otra vez hasta que un detalle – un detalle muy pequeño – me golpea como una bofetada.

—¡Detén! ¡Detén la película inmediatamente, Charles! —le ordeno al operador.

—¡Eh! ¿Qué te pasa? —me pregunta Henri, a quien mi intervención ha sacado de su letargo.

Ansioso por verificar si no he soñado, ignoro su pregunta y sigo dirigiendo a Charles, un jovenzuelo de unos veinte años recién salido de la escuela.

—Retrocede un poco… Más… Más… No, te has pasado… Avanza lentamente ahora… Más despacio, por favor… Sí, eso es. Casi estás… ¡Stooop!

Los dedos crispados sobre la silla de Charles, grito tan fuerte que Henri salta.

—¡Pero qué, te has vuelto completamente loco o qué? —me lanza este último en un tono irritado. Casi me da un infarto.

Obviamente, soy el único en ver ese destello de luz en la pantalla que muestra al infractor de perfil. Porque incluso Charles se ha girado para lanzarme una mirada sorprendida a través de sus gruesos anteojos. Sin embargo, no tengo ninguna dificultad en verlo. Literalmente salta de la pantalla. Está allí, ¡bien en medio! Justo al nivel de esa mano que sostiene la lata de pintura.

—¡Cállate un poco, y abre los ojos! —regaño a Henri, antes de dirigirme a Charles. Haz zoom en la mano, por favor.

El operador obedece sin discutir. Mientras la imagen se amplía, Henri se acerca.

—¿Qué es eso? —exclama de repente, señalando la pantalla con el dedo.

—Un anillo —responde lacónicamente Charles.

—Sí, parece ser un anillo —digo, pensativo. O más exactamente, un anillo de oro.

—Ahora tenemos en posesión una pista valiosa —se regocija Henri.

—¡Vaya! Esa pista es bastante delgada —murmuro entre dientes.

—Quizás, pero nos dice mucho —continúa Henri, todo contento de sí mismo. En primer lugar, nuestro culpable es zurdo, ya que usa su mano izquierda. El anillo adorna su dedo anular, lo que significa que está casado. Y viendo su complexión, estoy listo para apostar que es un hombre.

—¡Bien razonado! —lo felicito.

No suelo aplaudir las actuaciones de mi subordinado, pero aquí, francamente, me impresiona. A pesar de la hora tardía, muestra un espíritu deductivo que haría palidecer de envidia al mejor detective de Quebec. De ahora en adelante, lo pensaré dos veces antes de tratarlo de burro.

—Podríamos intentar ver lo que fue grabado por las otras cámaras de la reserva —añade Charles, tan alerta como Henri. Eso nos permitiría rastrear a nuestro hombre.

—¡Excelente idea! —lo felicito. Adelante. Muéstranos lo que las otras cámaras han registrado antes y después de la hora del delito.

—Voy a comenzar por las que están cerca del terreno baldío.

El operador está a punto de girar un dial en su pupitre cuando Henri detiene su brazo y lo detiene en su impulso.

—Espera un poco, Charles! —le pide seriamente, mientras presiona su índice contra la pantalla. Hay algo raro, ¡ahí! Deberíamos verificar qué es.

—No veo nada —protesto, con los ojos bien abiertos de tanto escudriñar la imagen.

—Yo tampoco —lamenta Charles.

—Les hablo de esa mancha oscura en la muñeca de nuestro hombre —insiste mi subordinado. Aumenta el contraste, y baja el brillo, Charles.

El operador obedece. Poco a poco, la mancha me aparece. A medida que los ajustes se afinan, se vuelve menos y menos borrosa. Las líneas se materializan, se cruzan, se cortan en ángulos más o menos agudos y terminan formando una figura geométrica que se parece a un águila con las alas desplegadas.

—¡El tatuaje de Standing Rock! —exclaman al unísono Charles y Henri.

—El pájaro del trueno de Standing Rock —añade este último, excitado. ¡Eso es una pista importante si es que hay alguna!

Asiento con la cabeza, tan febril como él. Porque el tatuaje que se extiende sobre la muñeca de nuestro infractor no es una representación estilizada entre tantas del pájaro del trueno, ese

rapaz mítico gigante que lanza rayos. No, este motivo es único en su género ya que fue creado por una artista de origen sioux que quería apoyar la lucha de su tribu.

En efecto, en 2016, el gobierno estadounidense quería construir un gigantesco oleoducto sobre las tierras ancestrales de los Sioux Lakotas en Dakota del Norte, lo que amenazaba su suministro de agua. Durante casi un año, los Sioux Lakotas de la reserva de Standing Rock protestaron pacíficamente contra este proyecto, mientras sufrían violentas represiones policiales. Aunque apoyados por numerosas estrellas de Hollywood y movimientos ecologistas, no lograron su objetivo. Enterrado por Barack Obama al final de su mandato, el proyecto *Dakota Access* fue relanzado por Donald Trump justo después de su elección. El oleoducto está ahora en funcionamiento. Y aunque sus operadores afirman que es hermético, los riesgos de fugas plantean una amenaza para las aguas del río Missouri.

—Este tatuaje prueba que nuestro infractor es uno de los nuestros —continúa Henri con entusiasmo. No tendremos ningún problema en atraparlo.

—A menos que simplemente sea un oponente al oleoducto *Dakota Access* —replico, menos optimista que él. Lo que amplía considerablemente nuestro campo de búsqueda.

—¿Y qué haría aquí un ecologista estadounidense? No tiene sentido, Christopher. Estoy convencido de que nuestro hombre es nativo americano. ¡Quizás incluso viva en nuestra reserva!

—Entonces, ¿por qué nos ataca? —se pregunta Charles.

—Buena pregunta… a la que no tengo respuesta —le digo, antes de bajar la mirada hacia sus manos. ¡Que todos me muestren sus muñecas!

Charles sube instantáneamente sus mangas. ¡Ningún tatuaje a la vista! Lógico, ¿no? Él no es el culpable. No podía estar detrás de su pupitre y cerca de la iglesia al mismo tiempo.

—No cuentes con esto —se ofusca Henri, cruzando los brazos sobre su pecho. ¿Confías en mí, o ya no soy tu amigo?

Al ver su expresión hosca, entiendo que no está bromeando. Así que, me arremango y muestro mis brazos.

—Todos estamos en las mismas, Henri. Tus muñecas, por favor.

Con el ceño fruncido, me mira fijamente durante un largo rato antes de exhalar ruidosamente.

—Tú y tus grandes principios de moralidad… —dice mientras me imita. Me muestra así sus numerosos tatuajes. Todo tipo de motivos geométricos, pero ningún pájaro del trueno de Standing Rock. No dudé de él ni por un segundo. Pero teníamos que dar el ejemplo. Para merecer el respeto de nuestros hombres.

—¡Bien! Ahora que estamos entre gente de confianza, podemos trabajar —declaro. Tomo una silla y me siento cerca de Charles. Henri hace lo mismo. Luego nos dedicamos a ver las grabaciones de las cámaras cercanas al terreno baldío. El sonido estridente de mi móvil me interrumpe. Mientras mis dos colegas continúan con las investigaciones, me aíslo en un rincón de la habitación y contesto mi teléfono. La voz furiosa de mi padre retumba y me obliga a alejar el altavoz de mi oído. Presiento que voy a pasar un mal rato.

—¿Qué me entero? ¿Ha habido de nuevo actos de vandalismo en mi reserva? ¿Pero qué esperas para atrapar a los culpables?

—Estoy trabajando en ello —replico secamente.

—Mientras tanto, pones en peligro el futuro de nuestra comunidad. Mañana por la tarde recibo a los representantes de Loto-Québec. Si se dan cuenta de que Mendake ha sido vandalizada, concluirán que no es un lugar seguro. Y nunca aceptarán instalar un casino allí. Eso significará menos empleos. Las consecuencias serán…

¡Blablablá!

¡Cada uno con sus problemas, viejo! El mío es encontrar al culpable. Arreglátelas con tus maniobras políticas —maldigo para mis adentros, con ganas de lanzárselo en la cara.

25

Estelle

Bandera de la nación hurón-wendat: *representa un círculo sobre fondo blanco. Debajo y encima, se encuentran respectivamente un canoa y un par de raquetas, que son los medios de transporte utilizados en el territorio. Dentro del círculo se dibuja un castor, símbolo de resistencia e inteligencia. Viaja sobre el lomo de una tortuga a través de una gran extensión de agua.*

Sábado 4 de agosto

Christopher no vino a verme esta noche. ¿Estará enfadado conmigo por haber arruinado su reputación? Todo es mi culpa. Nunca debí seguirlo al baño de hombres. Estoy segura de que Denis Vacheron no dudó en esparcir absurdos sobre nosotros. A esta hora, todo Mendake debe imaginarse que estamos fornicando todo el tiempo.

Me gustaría llamar a Christopher para hablar con él. ¿Disculparme? ¡De ninguna manera! Pero al menos, intentar calmarlo. Explicarle que hay problemas mucho más graves en la vida. Como enamorarse de un policía gruñón y no saber dónde estás parado.

Desde que desperté, no he dejado de preguntarme. ¿Cómo contactarlo? No tengo su número de teléfono. No sé dónde vive. Y como hoy es mi día libre, no lo cruzaré en el bar. ¡Qué más da! Solo tengo que pedirle ayuda a Nicole. No ahora, por supuesto. Es demasiado temprano para molestarla. A esta hora, todavía debe estar durmiendo.

Por ahora, todo lo que me queda por hacer es quedarme sabiamente en mi cama rumiando penas. Maquinalmente, enciendo mi smartphone. Hacía tiempo que no lo hacía. Mis viejos reflejos me empujan a revisar mi feed de Facebook. Hacía mucho que no me conectaba con el mundo exterior. Siete días, para ser exacta. Y no lo he extrañado. Ver desfilar las fotos de vacaciones de mis amigas tiende a deprimirme más. De hecho, me felicito por haber bloqueado al Pepinillo y al Espárrago. Nada podría hacerme más daño que verlos pavonearse como pareja.

Me apresuro a cerrar Facebook y abro mi correo electrónico. Encuentro un montón de publicidad, así como un SMS que me deja atónita. ¡Vaya! Es el Pepinillo quien me escribe.

[Buenas noches, mi adorada bolita.
¿Dónde te has metido? ¿Por qué no me respondes?

Espero que no sea por mi pequeña carta.
No debías tomarla en serio.
Vamos, deja de enfurruñarte. Necesito hablar contigo urgentemente.
Llámame pronto.
Te extraño.
Tu Steve que te ama.]

—¿Qué? ¿Está bromeando? —exclamo, indignada, mientras me enderezo.

Después de la mala jugada que me hizo, ¿cómo se atreve a llamar a mi puerta? Así que su "pequeña carta" de ruptura era solo una broma. Se llevó sus cosas del apartamento, solo por diversión. ¡Ja, ja! ¡Qué risa! Me duele el costado de tanto reír. Realmente me toma por una tonta, este desgraciado. ¿Y qué espera de mí? ¿Que lo llame para suplicarle que vuelva? ¿Que le perdone su pequeña escapada con el Espárrago? Furiosa, redacto una respuesta mordaz.

[Lo siento, mi pobre chico, pero no quiero verte más.
He encontrado el verdadero Amor y no quiero tener nada que ver contigo.
Te ruego que me dejes en paz.
Adiós.
Estelle]

Muy orgullosa del resultado, lo contemplo durante largo rato. Pero poco a poco, las dudas se insinúan en mi mente y arruinan mi placer. Ese "gran Amor" que menciono me evita. Él también terminará dejándome. ¡Da igual! El propósito de este mensaje no es decir la verdad. Después de reemplazar "mi pobre chico" por "Steve", presiono el botón de "enviar". ¡Qué bueno! ¡Toma eso, Pepinillo! Con mucho mejor humor, me visto y salgo de mi habitación. No he puesto un pie en el pasillo cuando el gato de Nicole viene a restregarse contra mis piernas, ronroneando.

—Hola, Tigrou. ¿Ya despierto?

Un maullido indignado me responde. Normalmente, duerme con su dueña hasta que ella se despierta y lo saca afuera. Nunca es antes de las ocho de la mañana. Miro mi reloj: son solo las 6:25. ¡Extraño!

Con el gato en mis talones, me dirijo a la cocina. Otra sorpresa me espera. Hay una agitación inusual. Mientras Annie se ocupa detrás de la estufa, su hija Hélène, su nieta Nicole, así como

Raymond y François, los amigos de las dos mayores, están sentados frente a una taza de café y un plato de pancakes. Incluso Daniel, el hermano de Nicole, participa en la comida. Es la primera vez que todo este pequeño mundo desayuna tan temprano. Aún más sorprendente: Henri les hace compañía. Como lleva su uniforme de policía, deduzco que está de servicio.

Al entrar en la habitación, todas las cabezas se giran hacia mí y las conversaciones se detienen.

—Buenos días, Estelle. Solo te estábamos esperando —dice Nicole, haciéndose espacio contra su madre para dejarme un lugar.

Otros saludos le hacen eco. Mientras saludo a la sala en general, me uno a mi amiga en el banco. Inmediatamente, Annie coloca un plato lleno y una taza frente a mí. Tigrou intenta acomodarse en mis rodillas, pero Nicole lo espanta con una mirada severa.

—¡Vamos, fuera! Deja tranquila a Estelle —le regaña.

—Parece que madrugaron hoy —exclamo, mientras recorro con la mirada la mesa.

—Era necesario —responde Hélène. Tenemos una emergencia que atender.

—Sí, la situación es grave —añade Annie. Y no tendremos suficientes manos para solucionarlo.

—Yo les aviso: apocalipsis o no, me vuelvo a la cama —masculla Daniel.

—¡De eso nada! —le reprende su madre, tirándole de la oreja.

—¡Ay!

—Vamos, Daniel, ¡ánimo! —lo anima Raymond, dándole una palmada amistosa en la espalda. Te necesitamos esta mañana. Podrás dormir todo lo que quieras cuando hayamos terminado.

Sus aires misteriosos y sus palabras enigmáticas me intrigan especialmente. Estoy a punto de preguntarles cuál es ese problema que tanto les preocupa, cuando Nicole me pasa el azucarero.

—No, gracias. ¿Qué se…? —empiezo, antes de ser interrumpida por François.

—No queremos presionarte, pero deberías apurarte.

Un silencio cómplice sigue. No me atrevo a romperlo. Solo se escuchan los sorbos de café y el tintineo de los cubiertos. Excepto Henri, que me mira de una manera extraña, todos mantienen la cabeza baja sobre su plato. Cuando François y Raymond se levantan, aún no he empezado mi comida. Sin decir palabra, salen de la cocina. Hélène los sigue, arrastrando a su hijo con ella.

—Tengo que irme —me dice Nicole, limpiándose la boca y saliendo del banco. ¡No tengo tiempo para explicarte!

—No te preocupes, me encargaré yo —interviene Henri.

Mientras Annie limpia la mesa, él se sienta frente a mí con su taza de café. Lo escucho explicarme lo que ha causado esta efervescencia.

—Esta noche, un delincuente ha pintarrajeado de rojo las tiendas del pow-wow. El resultado no es nada bonito. Es aún más problemático porque la fiesta se acerca y el Gran Jefe recibe una visita importante esta tarde. Como tendremos dificultades para borrar los grafitis, pensamos que es mejor cubrirlos con murales decorativos y representaciones de nuestra bandera. Nicole y Alphonse se encargarán de esbozarlos. Muchos voluntarios les ayudarán a realizarlos. Deberían haber terminado antes del mediodía. ¡Eso espero!

—No te preocupes por eso —lo tranquiliza Annie. Estoy convencida de que harán un buen trabajo.

—Puedo unirme a ellos, si lo desean —les ofrezco. Hoy es mi día libre, así que…

—De hecho, sería mejor si fueras a trabajar al bar —me interrumpe Henri, antes de ser él mismo interrumpido por la abuela de Nicole.

—Ya hemos discutido esto —se indigna esta última, dejando su esponja para volverse hacia nosotros. No puedes pedirle eso.

—¿Pedirme qué?

—Ayudarnos a encontrar al culpable —articula Henri.

Ignorando el gesto de desaprobación de Annie, el adjunto de Christopher me habla de lo que las cámaras de vigilancia les han revelado. También me explica lo que espera de mí.

—Hoy es día de mercado. Casi todo Mendake irá a comer o tomar algo en el Mandella. Tú eres la única que puede inspeccionar las muñecas de tus clientes sin levantar sospechas. Martha no está en condiciones de ayudarnos. En cuanto a Julie, está demasiado en contra de Christopher para cooperar.

—Pero si Christopher se entera de que estamos poniendo en riesgo a Estelle, él se enfadará —se irrita Annie.

—Estelle no corre ningún riesgo. Nuestro culpable no sabe que fue filmado, ya que nadie sabía que las cámaras habían sido reemplazadas ayer. Por lo tanto, está muy lejos de sospechar que la policía busca a un hombre con el tatuaje de Standing Rock en el brazo.

—Deja de molestarla con nuestras historias, Henri. Te recuerdo que…

No presto mucha atención a su discusión. La mención de Christopher ha reavivado mi molestia. Así que, es de dominio público que soy su protegida. Entonces, ¿por qué ha dejado que su adjunto nos mantenga informados de la situación? ¿Me está evitando?

—¿Qué decides, Estelle? —me pregunta de repente Henri, sacándome de mis pensamientos.

—¡Acepto! —exclamo de repente. ¿Cómo es el tatuaje que se supone que debo buscar?

—Te lo mostraré —me responde Henri, radiante, sacando su móvil del bolsillo.

Sí, iré a trabajar al Mandella hoy. Haré todo lo posible por encontrar al culpable. Y si me encuentro con Christopher, le diré lo que pienso de sus modales de bruto.

26

Christopher

Danza del Sol: *ritual religioso practicado por varias tribus amerindias de las llanuras del norte. En el solsticio de verano y durante casi una semana, los participantes demuestran su valentía superando el dolor. Largo tiempo prohibida por las autoridades estadounidenses y canadienses, que calificaban de bárbaras las prácticas asociadas de automutilación, esta ceremonia es ahora legal.*

Lunes 6 de agosto

Esta investigación acabará conmigo. Me tortura. Es como si participara en la Danza del Sol. Después de tres noches en vela, ya no sé ni cómo me llamo. Me esfuerzo por mantener los ojos abiertos.

He interrogado a una veintena de tatuadores en la ciudad de Quebec y sus alrededores sin conseguir información sobre la identidad de nuestro delincuente. Todos recuerdan haber empezado a tatuar el pájaro del trueno de Standing Rock en noviembre de 2016. Han sido capaces de contar los clientes que ahora lucen ese diseño. Pero tan pronto como se trataba de revelarme sus nombres, de repente se volvían amnésicos. Y como actuaba fuera de la reserva – lo que me quitaba todo poder –, me fue imposible consultar sus registros.

Henri predijo que perdería mi tiempo. Me duele admitirlo, pero tiene razón. Por su parte, ha jugado la carta de la solidaridad, apoyándose en ciudadanos de confianza para buscar al hombre tatuado. Por ahora, también ha fracasado.

A cinco días del pow-wow, nos encontramos con un sitio vulnerable, un criminal suelto y mi padre respirándome en el cuello todo el día. Henri había logrado calmarlo temporalmente haciéndoles repintar las tiendas. Nicole y Alphonse han hecho un trabajo de orfebrería al cubrir los grafitis con hermosos murales. Mi padre pudo así recibir a su delegación de inversores. Sin embargo, sigue dándome la lata con esta historia.

Por miedo a que nuestro hombre ataque de nuevo, paso mis noches en mi 4x4 vigilando el terreno baldío detrás de la iglesia. Mi termo de café es mi única compañía. Cuando me quedo dormido, sueño con Estelle. Mi dulce Estelle a quien no he visto desde el viernes pasado. ¿Qué acabará pensando? ¿Que la evito?

Henri no deja de regañarme para que deje de actuar como un niño. Según él, debería ir a verla

y dejar a nuestros operadores el cuidado de proteger el sitio del pow-wow. ¡Qué fácil suena! No es él quien tendrá que rendir cuentas a mi padre y al Consejo de la Nación si las vandalizaciones se repiten. Además, estoy empezando a dudar seriamente de la eficacia de nuestro sistema de vigilancia por vídeo.

—Vuelve a casa y acuéstate —me espeta Henri, irrumpiendo como un torbellino en mi oficina.

Inmediatamente, me enderezo en mi silla y parpadeo para mantener los ojos abiertos.

—No lo necesito.

—Claro que sí, lo necesitas —insiste, con una sonrisa exasperante en la comisura de los labios. Mírate, estás dormido en pie.

—No estoy dormido, estoy reflexionando.

—Tienes un aspecto terrible.

—No me pagan por participar en concursos de belleza —le respondo. ¿Cómo vas con tus investigaciones?

—Todavía nada. ¿Vienes a tomar una cerveza? Es hora del descanso.

—No.

¡De ninguna manera permitiré que Estelle me vea en este lamentable estado! Y además, estoy tan enfadado que podría terminar diciéndole algo hiriente.

—No te sorprendas si Estelle te deja —me suelta Henri entonces.

Aturdido por todo lo que sus palabras implican, me hundo la cabeza entre las manos. Mi mente puede estar embotada por el cansancio, pero no tengo problemas para vislumbrar el futuro. No solo terminaré solo como un idiota —algo a lo que ya me había preparado—. Más grave aún, perderé a la mujer que necesito. Sí, necesito a esa bocazas con corazón de oro.

—¿Qué se supone que debo hacer? —me lamento en voz baja. ¿Ir a hablar con ella? ¿Para decirle qué? ¿Que soy un fracasado?

—Eso es lo que pensaba: te falta sueño. Solo estás diciendo tonterías. Ve a verla, dile que la amas y deja de llorar.

—No estoy llorando —me defiendo, saltando de mi asiento como un resorte. Nunca.

Agotado por este arrebato, vuelvo a caer en mi silla y me hundo la cabeza entre las manos de nuevo.

—La voy a perder —repito, devastado. La voy a perder.

—A grandes males, grandes remedios.

Henri no ha terminado de decir esto cuando recibo el contenido de un vaso de agua en la cabeza. ¡Vaya! Eso aclara las ideas.

Unos minutos más tarde, me instalo en el asiento del pasajero de mi 4x4, y mi adjunto anuncia que nos dirige al Mandella. No tengo mejor aspecto – el espejo retrovisor lo confirma –, pero siento el coraje para enfrentar la ira de Estelle. Porque seguro, no me la va a perdonar. Tendré que ser astuto para calmarla.

—¿A dónde vas así? —le pregunto a Henri, cuando me doy cuenta de que no toma el camino hacia el bar.

—¿Crees que voy a dejarte presentarte con las manos vacías ante tu querida? Sueñas, pobre de ti. Vas a necesitar algo grande para apaciguarla.

Así es como termino en una tienda de bisutería comprando un collar de wampums para Estelle. Debo estar realmente perdido, porque sin entender cómo ni por qué, me encuentro unos momentos más tarde en el Mandella, sentado en mi mesa habitual, con una cerveza frente a mí. A través de la niebla que envuelve mi conciencia, veo pasar sombras. Me saludan. Trato de hacer lo mismo. Henri no está a mi lado. Tal vez haya ido al baño…

Forzándome a abrir los ojos que el sueño empaña, busco a Estelle con la mirada. Mientras tanto, aprieto fuerte el pequeño paquete que planeo darle. Poco a poco, mi visión mejora. Y la veo al fondo del bar. No está sola. Henri habla con ella. Hay otro hombre con ellos. ¡Vacheron!

Furioso de ver a este último tan cerca de Estelle, me levanto y me dirijo a ellos a grandes pasos.

—Hola, compañía —digo con sarcasmo. ¿Conspirando?

Me cruzo con la mirada de Estelle. Entrecierra los ojos. Definitivamente no es mi presencia lo que la deslumbra.

—¿Christopher? No sabía que seguías vivo —se burla. Incluso pensé que te habían secuestrado extraterrestres.

Al escuchar a mi adjunto y a Vacheron reír tontamente, veo rojo. Un torrente de juramentos se me escapa, lo que desencadena más risas.

—¡Encantador! —dice Estelle, burlona. La distinción personificada.

Si me quedo un segundo más escuchándolos reír, acabaré repartiendo golpes. Pero si me voy,

me desacredito para siempre. Así que, opto por la solución menos calamitosa. Ignorando los gritos de protesta de unos y otros, agarro a Estelle en brazos, la levanto sobre mi hombro y la saco del bar.

—Suéltame inmediatamente —protesta. Te estás haciendo el ridículo.

No le respondo. Me golpea con puños y patadas. Otra prueba digna de la Danza del Sol. Me exhorto a mantener la calma, dedicando el poco de energía que me queda a llegar a mi vehículo.

—¿Pero qué te pasa, te has vuelto completamente loco? —explota, mientras la bajo en el asiento del pasajero.

—¡Sí! Exactamente eso —mascullo.

Y odio que se burlen de mí. Después de recibir un golpe en la espinilla, le cierro la puerta en las narices, tomo el volante y arranco. ¡Dirección a casa!

—¿Se puede saber qué hacías con Vacheron? —le pregunto, con la mandíbula dolorida de tanto apretarla.

—No tengo que darle explicaciones a alguien que juega a estar muerto durante varios días.

—Tenía buenas razones para eso. Una investigación, ya sabes.

—¿Ah, sí? —replica con tono burlón. Esa investigación es la misma en la que participa Henri, ¿no? ¡Pues él sigue viniendo al bar todos los días, te informo!

—Es porque él tiene derecho a verdaderas noches de sueño…

—¿Dónde estamos? —me interrumpe, mientras aparco en mi calle.

—Delante de mi casa.

27

Estelle

El amor entre los amerindios: *entre los amerindios, "Te amo" se dice "Bailas en mi corazón" y "Yonnonhwe" en lengua wendat.*

El amor entre el hombre y la mujer es una danza de alegría, una gran celebración de la vida. El hombre y la mujer experimentan el amor universal en un mismo cuerpo.

Si acepto seguir a Christopher hasta su casa, es solo porque me da pena. Aunque su comportamiento hacia mí es inadmisible, no puedo guardárselo en contra. Parece exhausto, el pobre. No tengo la impresión de que se haya divertido mucho estos últimos días. De hecho, Henri me lo confirmó anoche. La búsqueda del individuo con el tatuaje y la vigilancia del sitio del pow-wow ocupan todo su tiempo.

Según su adjunto, Christopher está bajo una enorme presión por parte de su padre. Me lo creo. El Gran Jefe es un hombre exigente que lo quiere todo, y lo quiere ya. Desde el sábado pasado, asiste a cada una de mis clases de danza. Siento un peso considerable sobre mí. Sé que confía en mí. Pero no tolerará el más mínimo error. Afortunadamente para mí, mis jóvenes han asimilado bien la coreografía. El ballet está prácticamente listo. Solo nos queda ejecutarlo con los trajes que Alphonse nos trajo.

—Mi casa —murmura Christopher, mientras desbloquea su puerta de entrada y entra.

Él también vive en una casa larga. Lo sigo por el pasillo. Es la primera vez que vengo a su casa. No sé cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que se hizo la limpieza, pero hay bolas de polvo por todas partes.

—Mi oficina —me dice, mientras pasamos por delante de una habitación sumida en la oscuridad.

—Muy bonita —digo amablemente.

Porque mi enfado con él ha disminuido desde que vi en qué estado de fatiga estaba. Para venir hasta aquí, se saltó un semáforo en rojo y casi choca contra una acera. Eso no se parece a él. Además, me está mostrando su casa, lo que interpreto como un gesto de conciliación.

—La cocina.

—Muy…

¡Sucia! —añado para mis adentros, mientras veo un montón de platos sucios en el fregadero.

No se detiene. Le agradezco que no me haya presentado guantes de goma y un trapo. ¡Otro punto a su favor!

—Mi habitación —anuncia, cuando llegamos al final del pasillo.

—Ah, ya veo.

Lo que veo es una habitación desordenada con una cama deshecha y ropa esparcida por el suelo. Una luz rojiza filtra a través de las cortinas cerradas, de modo que todo me aparece en penumbra. Visiblemente avergonzado por el estado de su habitación, Christopher se apresura a recoger sus cosas y las apila en una silla. Luego vuelve hacia mí, me toma de la mano y me lleva al interior.

Inmediatamente, mis sentidos se alteran. Siento que me derrito con su contacto. No nos hemos tocado desde el viernes pasado. Casi había olvidado el efecto que este hombre tenía en mis nervios. Sus ojos de revolver se fijan en los míos. Empiezo a temblar. Nada es más perturbador que su mirada. Muestra una determinación feroz sin revelar sus pensamientos íntimos. Una sombra de barba oscurece su mentón y mandíbulas. Se ve aún más intimidante.

—Esto es para ti —me dice, extendiéndome un pequeño paquete rosa.

Intrigada, le suelto la mano para tomarlo. Lo desenvuelvo con nerviosismo y saco una caja, que abro.

—¡Oh! Un collar de perlas —exclamo, profundamente conmovida por su regalo.

—Perlas de concha. Wampums. ¿Te gusta?

—Sí. Mucho.

Con la mente vacía de todo pensamiento, me quedo largo rato contemplándolo.

—Espera. Te lo pondré.

Acto seguido, Christopher toma el collar y lo coloca alrededor de mi cuello. Una especie de locura se apodera de mí. Me agarro a sus hombros y lo beso apasionadamente. Rodeando mi cintura con sus brazos, me levanta del suelo y me lleva hasta la cama.

—¡Oh, Christopher! Te he echado tanto de menos —suspiro entre besos.

—Y yo a ti, mi amor.

Luego me suelta y se desploma de cabeza sobre la almohada. No tengo tiempo de protestar antes de que un ronquido sonoro se eleve.

—¿Christopher? ¿Christopher? —pregunto, un poco preocupada, mientras lo sacudo.

—Te amo, Estelle —masculla, con una sonrisa beatífica en los labios.

Con eso, se queda dormido. ¿He oído bien? No voy a despertarlo solo para estar segura. No, mejor dejarlo descansar. Necesita dormir. Le quito los zapatos. Luego, subo la sábana para cubrirlo y lo observo.

¿Aceptaré su oferta y me quedaré con él después del pow-wow? El Pepinillo insiste en volver a vivir conmigo. Me ha enviado varios SMS al respecto. Desde el sábado, me ha llamado unas quince veces. No le he respondido. No quiero volver a hablar con él. No sé qué ha pasado entre él y la Espárrago, pero su historia parece haber terminado. ¡Qué más da! Ahora es Christopher quien hace bailar mi corazón. Espontáneamente, le acaricio el cabello.

—Quédate, mi amor —susurra él con voz pastosa. Te necesito.

Conmovida, deposito un beso en su frente. ¡Y pensar que voy a tener que traicionarlo! Soy una traidora. Pero una promesa es una promesa, y le prometí a Henri no hablar con Christopher de nuestras maquinaciones.

A su solicitud, me lancé a la búsqueda del tatuaje de Standing Rock. No había encontrado nada hasta esta tarde. Mientras inspeccionaba las muñecas de varios clientes, Denis Vacheron se dio cuenta de lo que hacía. Me llamó a su mesa y, como es muy astuto, de inmediato comprendió que buscaba algo.

No me gusta mucho ese tipo, pero mi instinto me dictó confiar en él en un asunto tan delicado como la seguridad de Mendake. Así que me abrí a él. Muy brevemente, por supuesto. Evitando darle demasiados detalles. ¡Buen movimiento! Inmediatamente se jactó de conocer a un hombre que coincidía con la descripción del culpable. Henri llegó en ese momento. Estábamos discutiendo eso cuando Christopher nos interrumpió.

A partir de ahora, me lavo las manos en todo este asunto. ¡Que Henri se las arregle! Que se lo cuente o no a Christopher, este último nunca sabrá de mi implicación en el asunto. Sin embargo, mi problema sigue sin resolverse y no sé qué haré después del pow-wow.

—No, no te vayas —murmura de nuevo Christopher.

—Duerme, Christopher. Por ahora, no me voy a ningún lado.

28

Christopher

Rastreadores indios: *dotados de capacidades extrasensoriales que les permiten sentir la aproximación del peligro y capaces de moverse sigilosamente, fueron contratados regularmente por el ejército estadounidense, especialmente durante la guerra de Vietnam.*

Martes 8 de agosto

Hay un tiempo para todo. Y esta noche, es hora de pasar a la acción. ¡Voy a atrapar a ese bastardo! Y le enseñaré a usar una lata de pintura. En un lienzo destinado a ello. Eventualmente en las paredes de su propia casa. Pero definitivamente no en las tiendas, los tótems o las cámaras de mi reserva.

No sé cómo lo hizo Henri, pero logró encontrar a nuestro culpable. O mejor dicho, "nuestro sospechoso", ya que aún no tenemos pruebas suficientes para incriminarlo. Aun así, mi adjunto y amigo ha hecho un buen trabajo. Trabajo de rastreador. Lo juro, nunca más lo llamaré burro.

—¡Mira! Está saliendo de su casa —exclama Henri.

Sentados frente a las pantallas de la sala de vigilancia, hemos estado observando la casa de nuestro hombre durante un buen rato. Esta tarde, aprovechamos su ausencia para dejar una carta anónima en su buzón. La leyó al volver del trabajo alrededor de las seis de la tarde. No salió de casa en toda la noche.

En la carta, nos jactamos de tener pruebas contundentes contra él. Lo cual es, por supuesto, una mentira. Supuestamente estamos dispuestos a entregárselas por la módica suma de cuatrocientos dólares. En caso de que no se presente a nuestra cita en el cementerio, fijada a la 1 de la madrugada, entregaremos las pruebas a la policía. Adjuntamos en el sobre una memoria USB con un montaje de vídeo realizado por nuestros operadores. Se le ve pintando las tiendas del pow-wow, luego lo seguimos por las calles de Mendake mientras regresa a su casa.

Empecé a dudar de la eficacia de nuestro plan hacia la medianoche y media, porque todas las luces de su casa se apagaron sin que nuestro hombre saliera. Un cuarto de hora después, estaba sobre ascuas, y Henri no paraba de maldecir. Pero ahora que nuestro sospechoso está subiendo a su coche, tengo la certeza de que tenemos a nuestro culpable.

—Sí, ha mordido el anzuelo —replico, aliviado.

—¿Vamos? —me pregunta Henri, hirviendo de impaciencia.

—No, esperamos a que llegue al cementerio para intervenir —decreto, antes de dirigirme al operador de servicio. No lo pierdas de vista, Antoine.

Gracias a la habilidad de este último, observamos el avance de nuestro hombre en las pantallas. Conduce con las luces apagadas. Sin embargo, como las calles están desiertas, no tenemos problemas para seguirlo. Cuando su coche se detiene en un rincón oscuro del estacionamiento del cementerio, Henri salta de su asiento.

—¡Estás atrapado, amigo! —exclama.

—Vamos a atraparlo.

Nos apresuramos a unirnos a un vehículo no identificado que Jean nos prestó. Un Ford Mustang rojo, todo menos discreto. A menudo recurrimos al mecánico cuando necesitamos pasar desapercibidos. Esta vez, Jean insistió en conducir su coche. No solo porque valora mucho este modelo de colección. Sino porque el sospechoso es su primo hermano. Un tal Roland Priest que solo conozco de vista. ¿Cómo supo Jean la identidad de nuestro hombre? Prefiero no saberlo. Todo lo que me importa es que nuestra operación de esta noche sea un éxito.

—No puedo creer que Roland haya hecho eso. Es un buen tipo —masculla Jean, mientras nos lleva al punto de encuentro.

—Y sin embargo, tu primo es nuestro culpable —replico, seguro de mí mismo.

—Déjame hablar con él, Christopher. Lo vas a asustar.

—De ninguna manera, Jean —rechazo categóricamente. Quiero confesiones completas. Y tú no nos las conseguirás.

—Seré yo quien lo haga hablar —declara Henri.

—Nunca se confesará contigo —contradice Jean.

—No te preocupes, Castor Cobarde. No me reconocerá —replica mi adjunto mientras saca una capucha. Actuaré con el rostro cubierto.

—Eso es lo que decía —masculla aún Jean. Lo vas a asustar.

—Lo siento, Jean, pero tendrás que quedarte en el coche conmigo —le explico con calma. Y si la situación se pone fea, no quiero que te pase nada.

—Roland no haría daño a una mosca. Ha trabajado en el RCA durante veinte años y nadie jamás ha tenido quejas de él. Es un buen empleado de banco, un buen marido, un buen padre. ¡Un tipo leal!

Hace mucho que no oía a Jean pronunciar un discurso tan largo. Será el último, ya que

llegamos al estacionamiento del cementerio y el vehículo del sospechoso entra en nuestro campo de visión.

—Apárcate a buena distancia —le digo a Jean antes de girarme hacia Henri. Sabes lo que tienes que hacer.

—Sí.

Henri se pone la capucha y sale del coche. Vestido de negro, es muy convincente en su papel de chantajista. Con la mano en mi Glock 19, lo observo avanzar hacia el vehículo de nuestro sospechoso. Listo para intervenir si hay problemas. Henri lleva un chaleco antibalas, lo que no lo protege completamente de un golpe mal dado.

—Es lo que decía: Roland es inofensivo —murmura Jean, mientras su primo baja del coche.

Con el rostro pálido y los hombros caídos, nuestro hombre parece aterrorizado. Su mirada de perro apaleado da pena. Es cierto que no parece muy peligroso. Es más bien frágil, y Henri le saca una cabeza. Sin embargo, permanezco alerta.

"No tengo el dinero. Por favor, no vayan a la policía. No quiero hacerle daño a mi familia" —tartamudea.

Henri ha escondido un micrófono espía en su capucha, de modo que Jean y yo podemos escuchar su conversación a distancia.

"Lo siento, amigo. Pero son 400 dólares si no quieres volver a oír hablar de este asunto" —responde mi adjunto con tonos amenazantes en su voz. "Y son 200 dólares más por el vídeo donde te vemos pintando el tótem".

"Pero… eso no es posible… No… Las cámaras no pudieron haberme filmado… Las cubrí de pintura" —balbucea Priest.

—¡Sí! Es él, nuestro culpable —jubilo, lanzando una mirada satisfecha a Jean.

Como única respuesta, este último cruje los nudillos y se encoge de hombros.

"Yo te filmé con mi teléfono móvil" —se ríe Henri. "Y también te filmé pintando las cámaras que vigilarán el pow-wow. No entiendo qué pretendías, pero tus habilidades de pintor me van a reportar 600 dólares".

"No debería haber sido así… No, nadie debía verme… Mi esposa, mi hijo… No deben enterarse de lo que hice" —se lamenta Priest.

—Vamos, ¡detenlo ya! —mascullo entre dientes. ¿Qué esperas para esposarlo, burro?

"Escucha, estoy dispuesto a ser generoso" —continúa Henri, quien evidentemente no ha

decidido detener a nuestro culpable. "Si me dices por qué actuaste así, te entrego los vídeos por solo 500 dólares".

"¿500 dólares?" —pregunta Priest, temblando.

"Sí. 500 dólares y no volverás a oír hablar de mí".

"Es por el casino. No quiero que construyan uno en la reserva" —explica Priest.

—Sabía que era un buen chico —gruñe Jean, compartiendo la opinión de su primo.

—¡Silencio! —le ordeno.

"No se puede detener el progreso" —replica Henri con tono burlón. "Hay que vivir con los tiempos".

"Yo no veo ningún progreso. Si dejamos que un casino se instale aquí, el demonio del juego nos poseerá a todos. Se extenderá por Mendake como una droga. Y los jóvenes serán los primeros afectados".

"Estás arrestado" —comienza Henri, quien agarra a Priest por el brazo y lo empuja contra el capó de su coche. "Tienes derecho a guardar silencio. Si renuncias a este derecho, todo lo que digas podrá ser utilizado en tu contra en un tribunal. Tienes derecho a un abogado…"

—Estas confesiones no valen nada —me dice Jean con un tono áspero, mientras Henri le pone las esposas a nuestro hombre y continúa leyéndole sus derechos. No las obtuvieron en presencia de un abogado.

—Al menos prueban su culpabilidad —replico de inmediato.

—No respetaron los derechos de mi primo. Estas confesiones no podrán usarse como pruebas en su contra.

—¿De qué lado estás, Castor Cobarde? Te recuerdo que tu primo es un criminal.

—¡Oh, vamos! —se irrita Jean, crujendo sus dedos. No hagan un drama de esto. Solo es pintura. Pintura sobre cámaras que no sirven para nada.

—Y sobre nuestro tótem ancestral y las tiendas del pow-wow, por cierto. Lo que es muy grave.

—Déjalo ir —insiste. De todos modos, no podrán mantenerlo detenido más de veinticuatro horas.

—De eso nada.

—Ya que insistes, seré yo quien lo defienda. A partir de este momento, seré su abogado y no

admitiré ninguna violación de la ley.

La llegada de Henri y Priest pone fin a nuestra acalorada discusión. Mientras suben a la parte trasera del Ford Mustang, Jean apresura a su primo a guardar silencio. También le informa que se encargará de su defensa. El viaje hasta la comisaría transcurre en silencio. Una vez llegados, nos dividimos en dos grupos. Mientras Henri va a cambiarse, llevo a Priest a una celda de desintoxicación.

—Déjame solo con mi primo —me pide Jean, que me ha seguido.

A regañadientes, asiento y regreso a mi oficina. Estoy lejos de tener la sartén por el mango. Jean tiene razón. La confesión de Priest, que grabé en mi móvil, no vale nada. Según la sentencia Brydges, nosotros, los policías canadienses, debemos informar al detenido de su derecho a solicitar la presencia de un abogado. Lo que Henri hizo demasiado tarde.

En menos de veinticuatro horas, tendré que liberar a Priest. Y estará libre para volver a pintar todos los sitios estratégicos de la reserva. A cuatro días del pow-wow, ¡esto es grave! Mi padre estará encantado cuando se entere de que tengo al culpable, pero incapaz de impedirle hacer daño. Otra bronca en perspectiva.

—¿Cuál es el problema? —me pregunta Henri, al entrar en mi oficina y encontrarme con la cabeza entre las manos.

—Confesiones inadmisibles —mascullo.

—¡Mierda!

—¡Exacto! Lo único que podemos hacer es prolongar la detención preventiva de Priest veinticuatro horas. En el mejor de los casos, estará fuera el viernes a la 1:30 am.

—Lo que le dará toda la libertad para ejercer sus talentos de pintor.

—¡Y para arruinarnos el pow-wow! —añado, un poco deprimido. Ve a dormir, hablamos mañana por la mañana.

—¿Y tú?

—Yo, espero a que Jean termine de hablar con su primo para irme a casa.

Una vez Henri se ha ido, no tengo que esperar mucho para que Jean regrese. Entra en mi oficina como un torbellino y se planta delante de mí con aire decidido. ¡Decidido a enfrentarse!

—Bueno, hablemos claro —dice. Se está haciendo tarde y estoy ansioso por volver a casa.

—Te escucho —replico secamente, cruzándome de brazos.

—Liberas a mi primo. Olvidas todo este asunto. Y a cambio, él se mantendrá tranquilo el resto de sus días.

—Ja, ja —no puedo evitar reírme. ¿Y podrías explicarme por qué accedería a tu solicitud?

—Porque matar al mensajero no te beneficiará en nada. Roland está sufriendo. Hace una década, su hermano se suicidó. ¡Adicción al alcohol! Y eso lo marcó de por vida.

—Lo siento por él, Castor Cobarde. Pero ese argumento no me hará cambiar de opinión. Tu primo se quedará en la cárcel hasta que confiese, *en tu presencia* —decreto, enfatizando las últimas palabras.

El sonido de dedos crujientes recibe mi decisión.

—Lo liberas o nunca más repararé tu coche o los de tus colegas. Tu padre también puede buscar en otra parte. Y cuando me pregunte por qué, le contaré cuán caritativo has sido.

Jean es el único mecánico en Mendake. Sus amenazas son serias. No sé si es por la hora tardía, pero de repente, una idea maliciosa brota en mi mente. Una idea subversiva que, en circunstancias normales, nunca habría cruzado la mente de un policía tan íntegro como yo.

—Reparas gratis el coche de la señorita Duval. Mañana mismo. Vigilas a tu primo. No toleraré ni una gota de pintura en nuestra reserva. A cambio, borro la pizarra.

Más crujidos de dedos resuenan mientras nuestras miradas chocan. Estoy completamente desbocado. Apenas puedo creer que haya dicho eso. Desde que conozco a Estelle, no he dejado de infringir la ley.

—De acuerdo —finalmente dice Jean, sin darme tiempo a retractarme.

Parece satisfecho consigo mismo. ¡Normal! Ha conseguido lo que quería. Ningún cargo será presentado contra su primo. El historial delictivo de este último permanecerá limpio como la nieve. En cuanto a mí, seguramente estoy poseído por algún demonio. Un demonio tan peligroso como el del juego o el alcohol. Un demonio que me empuja a luchar por mantener a la mujer que necesito.

Parte 5

En su sociedad, hay personas extremadamente ricas y personas que sufren de hambre.
En la nuestra, si alguien tiene hambre, es porque todos estamos hambrientos.
En su sociedad, un hombre es tanto más importante cuanto más posesiones puede mostrar.
En la nuestra, un hombre vale por lo que es y lo que da.
Yo soy muy importante porque, a pesar de mis poderes, no poseo nada…

Toro Sentado, Jefe de los Sioux Lakota Hunkpapa (1831-1890)

29

Estelle

Pepinillo: *pequeño pepino encurtido en vinagre o salmuera, consumido como condimento. También se refiere a un completo imbécil.*

Miércoles 9 de agosto

El día ha sido bastante tranquilo. Como los clientes habían desertado el bar – probablemente encerrados en sus casas para protegerse del calor –, aproveché para limpiar los cristales, desinfectar los baños y lavar la cocina de arriba a abajo. Así, Martha no tendrá que esforzarse mucho para mantener el Mandella limpio. Su vientre ha crecido aún más. Está tan grande que le cuesta cada vez más moverse. Apuesto a que el parto está cerca.

¿Cómo se las arreglará después de mi partida? Supongo que contratará a una nueva camarera. Lo necesita. No puede contar más con Sophie, siempre postrada en cama por sus reumatismos. Julie tiene manos de lobo. En cuanto a Nicole, ya tiene bastante trabajo con la contabilidad, la caja y el servicio en el mostrador. Pero quizás los gemelos podrían ayudarla. Son buenos chicos. Solo me queda ir a encontrarlos.

Son las 16:25. Tengo una buena media hora para darles una charla. Es más que suficiente. A las cinco en punto, dejaré el delantal y el trapo, y correré a la mesa de Christopher. No puede seguir escondiéndome como si fuera una enfermedad vergonzosa. Quiero que todo el mundo sepa que somos… ¿Cómo decirlo? ¿Amigos? Sí, pero no solo eso. Amigos íntimos. No hay mal en admitirlo. Y no es porque vaya a volver a casa en unos días, que mis sentimientos hacia él cambiarán.

Tengo mucho am… afecto por él. Y creo que él también siente mucho am… afecto por mí. ¡Vamos! No tengamos miedo de llamar a las cosas por su nombre. Él me dijo "te amo". No lo soñé. Fue anteayer. Y si no vino a verme ni ayer ni esta noche, es por culpa de esa maldita investigación. De hecho, me gustaría saber si ha atrapado al autor de los grafitis.

—Ah, ¡aquí están! —exclamo, al ver a los gemelos sentados en la cocina. Necesito hablarles urgentemente.

—¿Qué han hecho ahora? —pregunta Martha, sentada frente a ellos, una taza de té humeante delante.

—Nada, mamá —se adelanta Gregory.

—¡Eh! No hace falta que nos mires así —añade Anthony. No hemos hecho nada malo.

—Con ustedes, he aprendido a desconfiar —suspira su madre.

—No te preocupes, Martha. Solo quiero darles algunos consejos para el ensayo de más tarde —le digo, intentando sonar tranquilizadora. Vamos, chicos, ¡vengan conmigo! Dejen descansar a su mamá. Ella necesita reposo.

Felices de escapar a posibles regaños, Anthony y Gregory se apresuran a seguirme fuera de la cocina. Nos sentamos en una mesa al fondo del bar. Aparte de tres abuelas sentadas cerca de las ventanas con sus pasteles de zanahoria y sus tés de arándano, la sala está desierta. Nicole se ha tomado el día libre para ultimar los preparativos del pow-wow. Y Julie, que se suponía que iba a atender la caja, ha desaparecido.

Empiezo a explicarles a los gemelos que deben cuidar a su madre y evitar que se canse demasiado. Lo que obligatoriamente pasa por su participación en las tareas del hogar. Una corriente de aire caliente me golpea el rostro y me hace girar la cabeza hacia la entrada. Reconozco inmediatamente al hombre que acaba de entrar en el bar. Mi corazón se salta varios latidos cuando cruzo su mirada.

¡El Pepinillo en carne y hueso! ¡Qué mala suerte! Por supuesto, un montón de preguntas inundan mi mente. Solo una capta mi atención. ¿Cómo diablos ha conseguido encontrarme? Sin embargo, no le revelé mi ubicación en mis respuestas a sus mensajes de texto.

—No tengo nada en contra. Ya hice de camarero el verano pasado —dice Anthony, aprovechando mi repentino silencio para hablar. Pero ella siempre está gritándonos. Es molesto, ¡de verdad!

—¡Sí! Duele los oídos —añade Gregory. Mejor preguntarle a papá.

—Papá está muy ocupado en la sierra. Va a regañar de nuevo.

Mientras los gemelos discuten la mejor manera de pedir ayuda a su padre, rezo con todas mis fuerzas para que el Pepinillo se vaya. No quiero verlo más. Nunca más. Al menos, no antes de mi regreso de vacaciones en septiembre. Desafortunadamente para mí, se dirige hacia mí. En el preciso momento en que llega a la altura de los baños, Julie sale y lo choca.

¡Uf! Salvada momentáneamente —pienso.

Porque la señorita Perezosa no tiene igual para distraer a los representantes del sexo masculino. Y seguro que ha encontrado un buen ejemplar en la persona del Pepinillo. Mientras ella le ofrece el menú y le insiste para que tome una mesa, observo al hombre con quien compartí mi cama durante casi un año.

¡Todavía tan guapo! Atlético, esbelto. Con ese mechón rubio que cae sobre sus ojos azules como el océano, parece un príncipe encantador. Solo le falta un caballo blanco y un atuendo de jinete para completar el cuadro. Excepto que esta vez, ¡no lo seguiré!

Nos conocimos el año pasado. En ese momento, yo era coreógrafa para una pequeña compañía de danza parisina y completaba mis ingresos dando clases de Zumba en gimnasios de la capital. Él aprovechaba sus vacaciones de verano para hacer un tour por Europa. En cada ciudad, daba talleres de dancehall, lo que le permitía financiar su viaje. Las chicas se peleaban por asistir a sus clases.

Todavía recuerdo nuestro primer encuentro. Fue en el snack bar del gimnasio donde trabajábamos como instructores. Me ofreció un vaso de jugo de frutas vitaminado. Estaba tan halagada de que se interesara por mí, que no tardé en caer en sus brazos. El resto de la historia, ¡ya lo saben! Lo dejé todo para seguirlo a Quebec, donde me esperaba un puesto de coreógrafa.

—¿Quién es él? —pregunta Anthony en voz baja, interrumpiendo mi contemplación.

No soy la única que ha notado la presencia del Pepinillo. Con la boca abierta, los gemelos no le quitan los ojos de encima. Julie todavía lo admira, pero parece que sus maniobras para retenerlo ya no funcionan. De hecho, el Pepinillo ha retomado su camino y ahora se dirige directamente hacia mí. ¡Re-mala suerte!

—Parece el tipo de los anuncios de pasta de dientes —susurra Gregory.

Es cierto que el Pepinillo tiene una sonrisa ultra blanca – un poco como la de Henri. Pero en este momento, me cuesta imaginarlo promocionando los beneficios de una pasta dental. ¡Está haciendo una de sus caras!

—Más bien un anuncio de perfume. Huele que apesta —masculla Anthony, antes de empezar a toser.

Cuando el Pepinillo se detiene a mi lado, me levanto de mi silla. Una nube de perfume me envuelve y me pica los ojos. Entonces tengo la certeza de lo siguiente: esa mezcla de vetiver y cítricos con la que se rocía diariamente no me ha hecho falta.

—Hola, Estelle —me dice secamente.

—Hola y adiós, Steve —replico en el mismo tono mientras sostengo su mirada furiosa.

—Me has hecho correr más de lo que imaginas. He sufrido para encontrarte. Por suerte, no desactivaste la localización a distancia en tu móvil.

¡Caramba! Ahora entiendo por qué pasaba tanto tiempo, supuestamente, configurando mi teléfono. Si acaso, ha instalado todo tipo de aplicaciones absurdas.

—Bueno, ahora que lo has hecho, puedes irte. No te detengo —digo bruscamente, deseando verlo partir.

—Parece que hay problemas —susurra uno de los gemelos.

—Te envié como un centenar de SMS —sigue el Pepinillo, como si no hubiera oído nada.

—Una decena, como mucho —rectifico enseguida.

—Sí, bueno, ¡tal vez! Y te llamé como unas cincuenta veces. ¡Ah, no digas que no! Lo sé porque tuve todo el tiempo del mundo para contarlas mientras me preocupaba por ti. ¿Qué te impedía responderme? Admito que mi carta fue un poco desubicada. Bueno, "desubicado" no es la palabra adecuada…

Y blablablá. Había olvidado que el Pepinillo era hablador como un loro. Cuando comienza, no hay quien lo pare. Estoy convencida de que ha aburrido al Espárrago con sus charlas sin fin. Con los brazos cruzados sobre mi pecho, apenas lo escucho. Ni siquiera intento argumentar.
¿Desubicada, su carta?

Yo prefiero decir "inaceptable". Violenta. Bárbara. Sin entender por qué, mis ojos se llenan de lágrimas. No dejaré caer ninguna. ¡Ah, eso no! Prefiero morir antes que empezar a llorar. Mientras respiro profundamente – el aire saturado de perfume –, fijo mi mirada en su mechón rebelde que flota sobre su frente. No hay manera de que me ablande con esa mirada suya tan tierna.

Mientras tanto, el Pepinillo habla, habla. Su monólogo parece no tener fin. Estóica, permanezco inmóvil. Pronto, el vacío se hace a nuestro alrededor. Los gemelos se van primero. Julie desaparece unos momentos después. Cuando solo quedamos las tres abuelas, el Pepinillo y yo en la sala, sucede lo impensable. El Pepinillo cae de rodillas ante mí y me agarra una mano.

—Mi bolita. ¡Oh, mi adorada bolita! Me has hecho tanta falta —me susurra mientras frota su mejilla contra el dorso de mi mano.

—No me llames nunca más así —digo con las mandíbulas apretadas.

—Por favor, no te enfades, Estelle. Te amo.

—¿Y a Jenny también la amas?

—Me siento realmente ofendido de que puedas pensar eso.
Diciendo esto, suelta un suspiro desgarrador que no convence a nadie más que a él mismo. Estoy lejos de ser ingenua. Tragando un sollozo de rabia, tiro de mi mano. Él la aprieta más y la cubre de besos repugnantes. ¡Este hombre y sus mentiras me dan asco!

—Jenny no significa nada para mí —sigue él, incansable. Cometí un grave error al mudarme con ella. Acepta mis disculpas más sinceras.

—Vete, Steve. Vete lejos de aquí, no quiero verte más —replico con la garganta apretada.

—No, no me iré. Quiero que todo vuelva a ser como antes. Te amo, Estelle. Volvamos a estar juntos. No te arrepentirás. Te cubriré de regalos, de flores. Te llevaré a cenar. Yo…

Un crujido en el parqué me hace levantar la vista. El Pepinillo se calla de inmediato. ¡Caramba! ¡Christopher! No lo había visto ni oído entrar. Está tan cerca de nosotros que no se le debe haber escapado ni un solo detalle de la escena.

Erguido como un palo en su uniforme de policía, me lanza una mirada fulminante. El verde de sus ojos se ha oscurecido peligrosamente. Ya no sé dónde meterme. Más aún porque el Pepinillo no quiere soltarme. Christopher sostiene entre sus manos un pequeño paquete blanco, atado con una cuerda. ¿Un regalo que me destina? ¿Cómo voy a salir de este apuro?

30

Christopher

Tomahawk: *hacha de guerra utilizada por los nativos americanos del norte. Cuando iban a la guerra (se decía que "desenterraban el hacha de guerra"), clavaban un tomahawk en un poste y no lo retiraban hasta que terminaban las hostilidades.*

¿Quién es ese guapo arrodillado a los pies de Estelle? Ese rubio sacado de un cuento de hadas. ¿Y qué le está diciendo para que ella tenga lágrimas en los ojos? Solo puede ser su ex prometido. La sostiene de la mano como si le estuviera pidiendo en matrimonio. Pero, ¿quién se cree que es, para venir a cazar en mis tierras?

Enardecido, me acerco a ellos sigilosamente. Estaría interesado en escuchar lo que este sujeto está balbuceando. El bar está prácticamente vacío, lo cual es una oportunidad. Cuando lance mi puño contra la cara del ex prometido, no habrá más de tres testigos. Tres venerables miembros del taller de costura de Mendake. Se reúnen aquí todos los miércoles y rara vez se meten en los asuntos de los demás.

—Quiero que todo vuelva a ser como antes. Te amo, Estelle. Volvamos a estar juntos. No te arrepentirás. Te cubriré de regalos, de flores. Te llevaré a cenar. Yo…

Ah, ¡ya entiendo! Le está sacando el gran juego. Ya he escuchado esta canción antes. Mi amigo y adjunto la cantó recientemente. Según este tonto, regalos, flores, cenas, uno tras otro, son la combinación perfecta para conquistar a las chicas. Sí, sé que había prometido no volver a llamar a Henri un burro. Eso fue antes de que tomara la peor decisión de mi vida. Todo por su culpa. Por intentar seguir sus consejos, traicioné mi juramento de policía.

Aparte de Jean, nadie sabrá nunca por qué liberé a Priest. Mi adjunto y los operadores de vigilancia creen que actué por caridad. De ahora en adelante, seré el policía de gran corazón. El que tuvo piedad de un pobre diablo traumatizado por el suicidio de su hermano. En realidad, los más viles propósitos guiaron mi acción. Solo buscaba favorecer mi causa con Estelle. Al arreglar su coche sin que ella pagara un céntimo, pensé que le estaba ofreciendo una prueba de afecto.

Esta mañana, Jean ha arreglado su Toyota. Estaba a punto de devolverle sus llaves, envueltas en papel de regalo. Pero ahora que veo a este guapo tirado a sus pies, me doy cuenta de lo idiota que soy. ¡El rey de los idiotas!

Abre los ojos, Christopher —me reprendo internamente, hirviendo de ira. *Esta mujer que*

adoras está a punto de huir con su ex prometido.

—Ah, buenos días, señor policía. Llega usted en el momento justo —me dice el guapo que, al darse cuenta de mi presencia, se levanta. Resulta que mi prometida está dudando si volver a vivir conmigo. Las peleas de enamorados, ya sabe cómo son. Van y vienen. Explíquele que su lugar no está aquí. Dígale que unas vacaciones de ensueño la esperan en el parque nacional de Saguenay. Explíquele que…

¡Oh, cállate! —gruño para mis adentros, aturdido por su palabrería.

Haciendo un esfuerzo por no golpearlo, lo agarro por el cuello de su camisa y lo obligo a soltar la mano de Estelle.

—¡Christopher! —exclama ella, ofendida.

Desagradablemente sorprendido al verla tomar partido por su ex prometido, lo suelto. Así que aún siente algo por él. Me siento furioso y decepcionado a la vez.

—¡Eh! ¡Con calma! —se indigna el guapo, empezando a gesticular en todas direcciones. No he hecho nada malo. Las declaraciones de amor no están penadas por la ley en este país, que yo sepa. Pero tal vez sea diferente en su pueblo. En ese caso, tienes que venir conmigo, Estelle. No puedo dejarte con esta banda de salvajes. ¡Sígueme! Mi coche está aparcado justo al lado. He traído la tienda. Si nos vamos ahora mismo, llegaremos al camping del Anse-Saint-Jean para cenar.

¿Pero esto qué es? ¡No contento con intentar robarme a mi mujer, me insulta! Le voy a enseñar a quién se está enfrentando. Es oficial, el hacha de guerra está desenterrada. Incapaz de mantener la calma, empujo con fuerza al guapo contra la pared. Abre la boca, pero se abstiene de hablar. Entonces encuentro el coraje para enfrentar la mirada desaprobadora de Estelle. Me penetra hasta lo más profundo de mi ser. El dolor que resulta es tan agudo que mis pulmones se vacían de aire. Empiezo a ahogarme. Es como si me hubieran disparado en el pecho. En el corazón.

—Tu coche está arreglado, Estelle. Eres libre de irte donde quieras —le digo mientras lanzo el paquete que contiene sus llaves sobre la mesa.

Luego, girándome rápidamente, me dirijo hacia la salida. Estelle corre tras de mí. La oigo trotar detrás de mí. Mientras cruzo la puerta del bar, intenta detenerme por el brazo.

—Espera, Christopher. No te vayas —me ruega.

Tapándome los oídos mentalmente, me suelto de su agarre y acelero el paso.

—No es lo que piensas —continúa ella.

Yo solo creo en lo que veo. Su prometido y ella parecían muy íntimos. Una vez afuera, cruzo la plaza del Totem a grandes zancadas bajo un sol abrasador. Estelle sigue pisándome los talones.

—¿Por qué no quieres escucharme? Eres un cabezota. ¿Lo sabías? Espera, Christopher. Puedo explicártelo todo.

¿Explicarme qué? ¿Que se va con el hombre de sus sueños y que tengo que adaptarme a la situación? Adaptarse a la situación. Cuántas veces he oído esa frase. Me la decían cada vez que le preguntaba a mi padre por qué nos había dejado mi madre. Lo que equivale a unas mil veces.

—¡Ay! ¡Qué terco puedes ser! —se enfada Estelle, justo cuando llego a mi 4 x 4.

Me apresuro a sentarme detrás del volante. Mientras enciendo el motor, Estelle se sienta en el asiento del pasajero.

—Vuelve con tu prometido —le digo enfadado.

—Mi ex prometido. Si quieres saberlo todo, yo… ¡Oh, no, no él! Rápido, arranca.

En ese momento, el mencionado aparece en mi retrovisor. Con el pelo al viento, corre en nuestra dirección. Mi sangre hierve. Meto primera y me alejo de allí.

31

Estelle

Mandela o escudo de la paz: *piel de animal tensada sobre un círculo de madera. Se le cuelgan plumas, cuentas y otras decoraciones. Originalmente, el mandella servía como protección en tiempos de guerra. En tiempos de paz, aseguraba salud, felicidad y prosperidad a su dueño.*

¡Caramba! El Pepinillo nos ha seguido. Por suerte, Christopher tiene la inteligencia de arrancar en un instante.

—¿A dónde vamos? —le pregunto, un tanto nerviosa.

—Lejos de tu ex-prometido. Necesitamos hablar, me debes unas explicaciones.

—Solo quiero eso…

Podría seguir con este juego de ping-pong verbal, pero su conducción deportiva me revuelve el estómago. Por el contrario, parece haber calmado a mi conductor, quien baja la voz.

—Esperemos a haber parado el coche antes —me dice.

—Buena idea.

Nos lleva fuera de la reserva, a una zona industrial desierta. Pasamos por varios almacenes abandonados antes de aparcar detrás de uno de ellos.

—Te escucho, Estelle. ¿Qué hacía tu ex-prometido en Mendake?

—Me encontró gracias a una maldita aplicación de localización. La había instalado sin mi conocimiento en mi smartphone. No fui yo quien le pidió que viniera. No quiero volver a verlo.

—¿Todavía estás enamorada de él?

—¡Nooo! —me indigno con fuerza.

¡Es a ti a quien amo! —añado en mi fuero interno.

¡Dios mío! Casi pronuncio esas palabras prohibidas. El Amor con mayúscula es una quimera, una abstracción para una chica como yo. No puedo aspirar a ello. No soy ni hermosa ni inteligente. Mi salario ahuyentaría a cualquier persona sensata. En resumen, no tengo nada atractivo. Esta triste realidad me insta a ser cautelosa. A no exteriorizar mis sentimientos.

Amo a Christopher. La vuelta del Pepinillo no va a empañar lo que siento por este hombre. Es

guapo, inteligente. Quizás un poco demasiado sombrío. Pero sobre todo, es leal. No es de los que traicionan a sus amigos.

—Así que ya no lo amas —rebota él.

No sé si está exponiendo un hecho o si me está preguntando. De todos modos, asiento. Entonces se inclina hacia mí y me abraza contra su pecho.

—¡Oh, Christopher! —susurro, antes de que me bese apasionadamente.

Nuestras lenguas se mezclan, se unen. Hablan un lenguaje que me conmueve. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que no me sentí en sintonía con alguien?

—¡Quédate! —me dice, mientras interrumpo nuestro beso.

No tengo ganas de moverme. Estoy tan bien en sus brazos. Pero se acerca la hora del ensayo de danza.

—Tengo que irme. Mis alumnos cuentan conmigo para…

—Esperarán —me corta con un tono posesivo. No hemos terminado de hablar.

—¿De qué quieres hablar? —le pregunto, después de apoyar la cabeza en el hueco de su cuello.

—De nosotros. Del fin de mi período de prueba. Quiero que te conviertas en mi esposa.

—¿Tu esposa? ¿Es una propuesta de matrimonio?

—Exactamente.

Inmediatamente me aparto hacia atrás y lo miro fijamente. Se ve muy serio. Mi temperamento impulsivo me llevaría a aceptar de inmediato. Sin siquiera tomarme el tiempo para reflexionar. Se podría decir que este tipo de comportamiento no me ha resultado muy bien en el pasado. Habría sido más prudente pensar dos veces antes de seguir al Pepinillo a Canadá o de dejar mis estudios literarios para convertirme en coreógrafa.

—Te mudarás a vivir conmigo. Estarás bien aquí —continúa Christopher con un tono lleno de consideración. La gente te adora aquí. Y además, no estarás lejos de la ciudad de Quebec. Podrás continuar con tu profesión.

Puede que no sea muy astuta, pero su propuesta es demasiado tentadora como para rechazarla. Amo a este hombre. Me gusta mucho Mendake, donde he hecho nuevos amigos. Y sobre todo, no me imagino volviendo a mi vida anterior.

—De acuerdo.

—Nos casaremos a finales de agosto —decreta.

—Sí, antes de que vuelva al trabajo… Apenas termino mi frase cuando Christopher me besa hasta dejarme sin aliento. Estoy loca por haber aceptado. Sí, completamente loca. Pero nunca he sido tan feliz como hoy. Es la primera vez que una decisión precipitada me llena de alegría.

Por otro lado, me siento mucho menos entusiasmada con la idea de volver a mi grupo de ballet. No quiero tener nada que ver con el Pepinillo o el Espárrago. Me repugnan. Me encantaría abrir una escuela de danza en Mendake y transmitir así mi pasión a los jóvenes. Me ha encantado montar este ballet para el pow-wow. Esta experiencia como profesora ha despertado en mí una verdadera vocación.

—¿Qué vamos a hacer con tu ex-prometido? —pregunta Christopher, mientras nuestro beso termina. ¿Quieres que le dé un susto para que te deje en paz?

—¡Por supuesto que no! —replico, un poco alarmada ante la idea de que lo meta en una celda de desintoxicación. Le pediré que se vaya, y me hará caso. Se irá, y espero bien no volverlo a ver nunca más.

32

Christopher

El Arbour o refugio: *una gran tienda situada en uno de los lados de la arena de danza durante un pow-wow, reservada para los tambores. Simboliza el vientre de la Madre Tierra, con los tambores representando sus latidos del corazón.*

Viernes 11 de agosto

Las festividades del pow-wow comenzaron esta mañana. Se extenderán durante tres días. Como es habitual, mi equipo y yo aseguramos la protección. Una empresa privada contratada para el evento nos apoya en nuestra tarea, de modo que somos no menos de cincuenta agentes asignados al servicio de orden.

Mientras muchos de mis administrados han vestido regalías o trajes tradicionales, yo llevo mi mejor uniforme de policía. Hay una buena razón para esto. También tengo planeado actuar. Una vez terminado el ballet de los adolescentes, los tambores cesarán y los altavoces transmitirán *Make You Feel My Love* de Adele. Espero no arrepentirme de esta elección inspirada por Henri. Nicole arrastrará a Estelle a la arena bajo el pretexto de presentarla al público. El comité organizador del pow-wow me ha dado su aprobación para que ella pueda entrar en el círculo de danza. Yo me uniré a ella. Delante de mis administrados y los turistas que asisten al pow-wow, me arrodillaré a sus pies y le pediré su mano oficialmente. Mientras tanto, Henri coordinará nuestro trabajo de vigilancia. Así tendré las manos libres. Todo ha sido planeado al detalle. Todo, excepto quizás el hecho de que mi padre podría sufrir un ataque al corazón.

Todavía no puedo creer que le haya pedido a Estelle casarse conmigo. Y mucho menos que ella haya aceptado. Esta decisión se impuso a mí por sí sola. Y pensar que me había prometido nunca casarme. A los treinta y tres años, me había resignado a la soltería. Como muestra, uno nunca puede estar seguro de nada.

De pie a la sombra del Arbour, espero con impaciencia que termine la danza del chal. El ballet creado por Estelle comenzará justo después. Las gradas que rodean la arena están llenas. Sin embargo, hace un calor abrumador que desalentaría a más de uno. Pero nuestro pow-wow es famoso en todo el país por sus competencias de canto, tambor y danza, lo que explica por qué mucha gente viene de lejos para asistir.

Con los ojos fijos en la quincena de bailarinas, me consumo de impaciencia. Sus trajes me parecen aún más coloridos que en años anteriores. Adornadas con chales que cubren sus

hombros, giran, dan vueltas al son de los tambores. El balanceo de sus brazos extendidos como alas evoca el vuelo de grandes mariposas multicolores. Mi corazón está lejos de ser tan ligero como ellas. Para ser honesto, tengo miedo. Miedo de que Estelle cambie de opinión. Miedo de que me rechace.

He preparado un pequeño discurso que he estado repitiendo en bucle desde esta mañana. Espero recordarlo cuando llegue el momento. También espero que el solitario en mi bolsillo sea de la talla correcta.

La danza del chal termina, comienza la de los jóvenes. La canción *Run Boy Run* empieza a sonar con sus primeros tintineos de campana, resonando dolorosamente en mi cabeza. Estoy en agonía. ¿Lograré pasar la prueba que me he impuesto?

Run boy run! This world is not made for you.
Run boy run! They're trying to catch you.

Estelle acaba de aparecer en mi campo de visión. Sentada en la primera fila, al otro lado de la arena, me hace una pequeña señal con la mano antes de centrar su atención en el ballet. En el vestido que le confeccionó la madre de Nicole, irradia belleza. Su cabello peinado en una trenza enmarca su rostro radiante. Esta es la mujer que compartirá mi vida hasta el final de mis días. Al menos, eso espero.

Run boy run! Running is a victory.
Run boy run! Beauty lays behind the hills.

Mientras observo a mi prometida, los jóvenes se mueven en la arena. Su actuación parece haber hipnotizado al público, que ha cesado sus murmullos. Hay que decir que realmente lo están haciendo bien. Al verlos ejecutar todo tipo de saltos y pasos complicados, me cuesta creer que son simples novatos. Hace menos de quince días, bailaban mal.

Run boy run! The sun will be guiding you.
Run boy run! They're dying to stop you.
Run boy run! This race is a prophecy.
Run boy run! Break out from society.

Hace menos de quince días, Estelle y yo éramos extraños el uno para el otro. Ella me odiaba. Yo no la tenía en alta estima. Ha pasado agua bajo el puente, y hemos aprendido a apreciarnos. Hoy, estoy a punto de pedirle matrimonio. Si todo va según lo planeado, mañana estaremos comprometidos. Y una nueva vida comenzará para mí.

> Tomorrow is another day.
> And you won't have to hide away.
> You'll be a man, boy!
> But for now it's time to run, it's time to run!

Para mí, es hora de bajar a la arena.

33

Estelle

El Eagle Staff**:** *un bastón de naturaleza espiritual usualmente cubierto de piel, cuero y de donde cuelgan plumas de águila. Guía la Gran Entrada, esa procesión que marca el inicio del pow-wow. Es la bandera oficial de los pueblos de las Primeras Naciones: tiene precedencia sobre todas las demás banderas.*

Desde que comenzó *Run Boy Run* y mis jóvenes entraron en la arena, estoy tensa como un arco. Me estremezco de preocupación cada vez que surge una dificultad.

¡Bravo! —me exclamo interiormente, al ver a Zoé ejecutar varios saltos mariposa.

Mientras ella golpea el suelo con su largo bastón, los chicos reunidos a su alrededor golpean grandes botes de basura de plástico.

—Saltos de cierva, grandes lanzamientos. ¡Perfecta, la secuencia! —suelto en voz baja, mientras las cuatro otras chicas cruzan el círculo.

—Se están defendiendo bastante bien —me susurra Nicole al oído.

Sentada a mi derecha, mi amiga graba el ballet con su móvil. A mi izquierda, Martha hace lo mismo. Su marido, a quien conozco por primera vez, está a su lado y parece tan ansioso como yo. Tiene motivos para estarlo. Sus hijos bailan frente a un buen millar de espectadores, y a su esposa no debería tardarle el parto. Según su médico, el trabajo de parto puede comenzar en cualquier momento.

—Sí, estoy orgullosa de ellos —replico, con la mandíbula apretada.

Sin embargo, no puedo evitar temblar como una hoja, mientras la canción termina. Tengo ganas de cerrar los ojos de lo estresada que estoy. Por ahora, mis jóvenes han realizado un trabajo sin fallos. Pero queda la secuencia final que requiere rapidez y destreza. La presión está al máximo. Y el silencio que se ha instalado en las gradas pesa sobre mis hombros, como sobre los de mis estudiantes. A diferencia de los bailarines de mi grupo, ellos no están acostumbrados a actuar frente a cientos de espectadores atentos.

—Deja de preocuparte, Estelle. Todo va a salir bien —me dice Nicole durante el interludio rítmico compuesto por una veintena de golpes de tambor.

¡Cómo me gustaría creerla! Con los dedos crispados sobre mi bolso, contengo la respiración

mientras comienza el último estribillo. Mi visión se vuelve borrosa. Ya no percibo más que un ballet de colores en la arena. Solo al oír estallar los aplausos del público me doy cuenta de que todo ha salido a pedir de boca. Empapada en sudor, relajo mis músculos hasta ahora contraídos.

Los espectadores se han levantado para aclamar a mis estudiantes. Aún un poco aturdida por la fuerte tensión a la que he sido sometida, no entiendo por qué Nicole me toma de la mano y me lleva hacia la arena. Los jóvenes ya la han dejado mientras llego a su centro. Los aplausos también han cesado. No me preocupa demasiado. Supongo que Nicole va a presentarme al público como la coreógrafa del ballet. Pero cuando los altavoces comienzan a emitir una canción de Bob Dylan, interpretada por Adele, me giro hacia mi amiga.

—¿Qué está pasando?

La llegada a la arena de un dúo peculiar me calla.

—Creo que Christopher tiene una pequeña sorpresa para ti —me responde Nicole, antes de alejarse.

En efecto, se trata de Christopher que avanza hacia mí. Está espléndido en su uniforme de policía. La manta colorida lanzada sobre sus hombros le da aires de guerrero indio. Alphonse camina a su lado. Vestido con una regalía muy colorida y aureolada de plumas de águila, sostiene el Eagle Staff en su mano derecha. Esta mañana, hacía lo mismo mientras dirigía la Gran Entrada, esa danza de apertura del pow-wow.

En el momento en que termina el primer verso de *Make You Feel My Love*, Christopher se detiene a unos pasos de mí. La visera de su kepi sombrea sus ojos, pero no logra ocultar el fuego que arde en sus pupilas. Un fuego brillante que chispea sobre mí. Su rostro serio, concentrado me indica que está a punto de salir de su zona de confort. Mientras se aclara la garganta, Alphonse levanta el Eagle Staff, y la música se detiene. Christopher entonces se arrodilla ante mí y me toma la mano izquierda.

Si su intención era crear una sorpresa, lo ha conseguido. No me esperaba que me hiciera una propuesta de matrimonio en público. Porque eso es lo que está a punto de hacer, ¿verdad?

34

Christopher

Hora indígena*:* *el programa establecido para los pow-wow puede estar sujeto a cambios. "Los eventos comienzan cuando comienzan y terminan cuando terminan" —dice la A.V.A.Q. (Asociación de Veteranos Indígenas de Quebec).*

Mientras me arrodillo a sus pies, Estelle abre grandes ojos sorprendidos. Necesito calmarme, ignorar al buen millar de espectadores que nos miran. Agarrado de la mano izquierda de mi prometida, respiro profundamente y trato de no emitir sonidos de deglución. El micrófono portátil enganchado en el reverso de mi chaqueta capta el menor sonido que sale de mi garganta. Los altavoces no solo transmitirán mi voz. Mejor no añadir nada más al ridículo de la situación.

¿Por qué no lo pensé dos veces antes de embarcarme en este peligroso ejercicio? Seguramente porque ese burro de Henri me lo sugirió. ¿Una propuesta de matrimonio pública? ¡Qué tontería! ¿Y por qué no saltar desde un trampolín de veinte metros de altura mientras estoy en ello?

Echo un vistazo a Alphonse. Insistió en acompañarme en la arena. Según él, todo guerrero que atraviesa una prueba necesita apoyo. ¡Como si lo creyera! Nuestras miradas se cruzan. La suya es plácida. Asiente con la cabeza, lo que enciende en mí un impulso de valentía. Así encuentro la fuerza para examinar a la audiencia.

Nunca adivinarían quién captura mi retina. Mi padre. En su regalía de Gran Jefe. Sentado en el palco del comité organizador. Con el rostro serio. Apuesto a que está furioso. Mi presencia en la arena causará un retraso en el horario, lo cual es propenso a irritarlo.

Me apresuro a sumergir mis ojos en los de Estelle. Ella me sonríe. Aliviado, me lanzo.

—Estelle, no te conozco desde hace mucho tiempo, pero mi corazón sabe que eres mi alma gemela. Si nuestros comienzos fueron tumultuosos, es porque intenté luchar contra lo evidente. Eres la mujer de mi vida. Y deseo sinceramente pasar el resto de mi existencia contigo. Acepta casarte conmigo. Te juro que no te arrepentirás. Te protegeré. Me aseguraré de que no te falte nada.

Pronuncié mi declaración a un ritmo tan sostenido que la termino sin aliento. Ansioso, espero la reacción de Estelle. Ella tiembla. Sus labios se entreabren. No los pierdo de vista.

—Sí… —termina por susurrar.

—Habla más fuerte, Estelle —le susurra Alphonse. No se ha escuchado nada.

En efecto, los altavoces ni siquiera han crujido.

—Sí, quiero ser tu mujer, Christopher —repite con una voz audible.

Esta vez, su respuesta se difunde por toda la arena. Cientos de personas, incluido mi padre, se enteran. Saco el solitario de mi bolsillo y lo deslizo en su dedo anular. Es un poco grande, pero no tengo tiempo de preocuparme por eso. Las lágrimas que brotan en la esquina de sus ojos son mucho más inquietantes.

Me apresuro a levantarme y envuelvo a Estelle en la manta que cubría mis hombros. Un estruendo de aplausos y aclamaciones resuena mientras la tomo en mis brazos y la llevo fuera de la arena.

—¿Gran guerrero lleva a su prometida a su tipi? —me pregunta en voz baja mientras sonríe con todos sus dientes.

—Eso es más o menos. Y además, me sentiría mal decepcionando las expectativas del público.

Antes de salir del círculo de baile, lanzo una última mirada hacia mi padre. Sonríe. Lo que me deja tan perplejo como la sentencia pronunciada por Alphonse.

—¡Les dije que el humo blanco era un presagio de felicidad!

FIN

Encuentra a los héroes de *Pánico en Canadá* en *Boda en Canadá* :



"Cualquier representación o reproducción íntegra o parcial hecha sin el consentimiento del autor o de sus herederos o causahabientes es ilícita (párrafo 1 del artículo L. 122-4). Esta representación o reproducción, por cualquier medio, constituiría por lo tanto una infracción castigada por los artículos 425 y siguientes del Código Penal."

©Ena Fitzbel, 2024, Pánico en Canadá